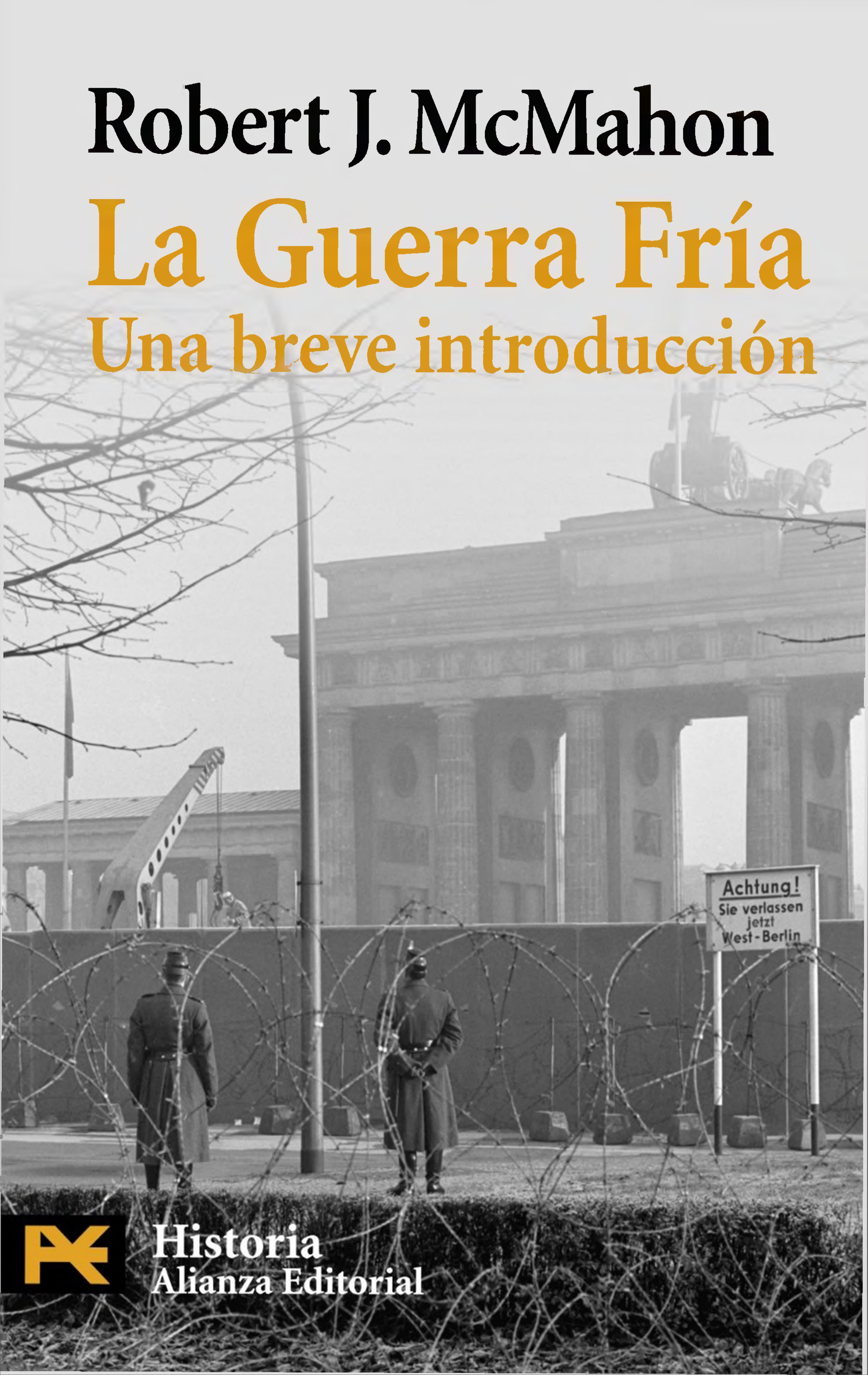


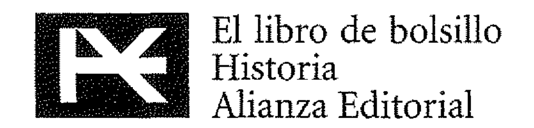
Robert J. McMahon
La Guerra Fría
Una breve introducción
Achtung!
Sie verlassen
jetzt
West-Berlin
Historia
Alianza Editorial

Humanidades

Robert McMahon

La Guerra Fría

Una breve introducción


El libro de bolsillo
Historia
Alianza Editorial

Título original: *The Cold War. A Very Short Introduction*

Publicado originalmente en inglés en 2003. Esta traducción se ha realizado por acuerdo con Oxford University Press

Traductora: Carmen Criado

Diseño de cubierta: Ángel Uriarte
Fotografía de cubierta: © Bettmann/CORBIS

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;
28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-206-4967-2
Depósito legal: M. 58.225-2008
Fotocomposición e impresión: EFCA, S. A.
Parque Industrial «Las Monjas»
28850 Torrejón de Ardoz (Madrid)
Printed in Spain

Prefacio a esta edición

Escribir una breve historia del conflicto que dominó, y determinó en gran parte, los asuntos internacionales durante casi medio siglo ha resultado una tarea tan estimulante como abrumadora. Sobre la gran mayoría de los acontecimientos, crisis, tendencias y personalidades de los que trata este libro, necesariamente breve, existen monografías detalladas, muchas de ellas excelentes y la mayor parte considerablemente más extensas que el presente volumen. Más aún, acerca de casi todos los aspectos de la Guerra Fría se han desarrollado encendidos debates académicos, a menudo ásperos, que se han avivado e intensificado en años recientes debido a la publicación de documentación anteriormente secreta, existente en archivos de Estados Unidos, Rusia, Europa del Este y China entre otros lugares, y a las nuevas perspectivas que ofrece el paso del tiempo. En consecuencia, este libro no pretende –no podría hacerlo– decir la última palabra sobre la Guerra Fría ni representar nada pa-

recido a una historia exhaustiva de ese complejo y polifacético conflicto.

En lugar de eso, mi propósito ha sido proporcionar una interpretación global, tan accesible a los estudiantes como al lector en general. Este libro ofrece una descripción general de la Guerra Fría, desde 1945 hasta el desenlace del enfrentamiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética en 1990, y elucida acontecimientos, tendencias y temas partiendo de algunas de las investigaciones más importantes sobre el conflicto publicadas recientemente. He procurado, sobre todo, poner al alcance del lector una base esencial para la comprensión y la valoración de uno de los acontecimientos seminales de la historia contemporánea.

Inevitablemente he tenido que llevar a cabo una difícil selección en cuanto a qué incluir y qué omitir de un enfrentamiento que abarcó cuarenta y cinco años y afectó prácticamente al mundo entero. La limitación del espacio me ha obligado a omitir algunos episodios significativos y a tratar otros de la forma más breve posible. Por otro lado, decidí prestar una menor atención al aspecto militar del conflicto.

Lo que sigue constituye, pues, como promete el título, una «breve introducción» a la Guerra Fría, escrita desde una perspectiva internacional y un punto de vista posterior a su desarrollo. Entre las cuestiones clave que aborda este texto figuran: ¿cómo, cuándo y por qué comenzó la Guerra Fría?; ¿por qué duró tanto tiempo?; ¿por qué pasó desde sus orígenes en la posguerra europea a abarcar prácticamente el mundo entero?; ¿por qué acabó tan súbita e inesperadamente?, y ¿qué impacto causó?

Quiero dar las gracias a Robert Zieger, Lawrence Freedman y Melvyn Leffler, que leyeron el manuscrito y me hicieron valiosas sugerencias para mejorarlo. Gracias también a Rebecca O'Connor por su aliento, sus consejos y su apoyo, y a todo el equipo editorial de Oxford University Press que convirtieron en un placer la tarea de escribir este libro.

1. La Segunda Guerra Mundial y la destrucción del viejo orden

Cualquier explicación del comienzo de la Guerra Fría debe tener como punto de partida la Segunda Guerra Mundial, en todos los aspectos el conflicto más destructivo de la historia de la humanidad, causante de un nivel de muerte, devastación, miseria y desorden sin precedentes.

«La conflagración de 1939-1945 fue tan dolorosa, tan total, tan profunda, que provocó un vuelco total del mundo –observa el historiador Thomas G. Paterson–, no sólo de un mundo de trabajadores, campesinos, comerciantes, financieros e intelectuales prósperos y productivos, no sólo de un mundo seguro de familias y comunidades unidas, no sólo de un mundo de guardias de asalto nazis y kamikazes japoneses, sino de todo eso y más.» Al alterar también «el mundo de la política estable, la sabiduría heredada, las tradiciones, las institucio-

nes, las alianzas, las lealtades, el comercio y las clases sociales», creó las condiciones que hicieron posible, si no inevitable, un gran enfrentamiento de poderes.

Un mundo trastocado

Aproximadamente 60 millones de personas perdieron la vida como resultado directo de la guerra, dos tercios de ellas no combatientes. Los países perdedores del Eje, Alemania, Japón e Italia, sufrieron más de 3 millones de bajas civiles; los vencedores, los aliados, soportaron pérdidas aún mayores: al menos 35 millones de bajas civiles. Asombrosamente, pereció entre el 10 y el 20% de la población total de la Unión Soviética, Polonia y Yugoslavia, y entre el 4 y el 6% de la población total de Alemania, Italia, Austria, Hungría, Japón y China. Aunque el cómputo exacto del número de víctimas provocado por esta devastadora conflagración mundial sigue desafiando los esfuerzos por alcanzar la precisión estadística, la magnitud de la pérdida en cuanto a vidas humanas continúa pareciéndonos hoy, dos generaciones después de la Segunda Guerra Mundial, tan inconmensurable como lo pareció en el período de la inmediata posguerra.

Al acabar la contienda gran parte del continente europeo se encontraba en ruinas. El primer minis-

tro británico Winston Churchill describió la Europa de la posguerra, en su prosa particularmente gráfica, como «un montón de escombros, un osario, un criadero de pestilencia y de odio». Berlín era «un verdadero yermo –observó el corresponsal William Shirer–: Creo que en ningún lugar se ha dado una destrucción a semejante escala». Lo cierto es que muchas de las grandes ciudades de la Europa central y oriental sufrieron un nivel comparable de devastación: el 90% de los edificios de Colonia, Düsseldorf y Hamburgo y el 70% de los edificios del centro de Viena fueron destruidos por los bombardeos aliados. En Varsovia, según informó John Hershey, los alemanes habían destruido sistemáticamente «calle tras calle, callejón tras callejón y casa tras casa. No queda más que un remedo de arquitectura». El embajador norteamericano Arthur Bliss Lane escribió en julio de 1945 al entrar en la ciudad arrasada por la guerra: «El repugnante olor dulzón a carne humana quemada fue la sombría advertencia de que estábamos entrando en una ciudad de muertos». En Francia, una quinta parte de los edificios del país habían sufrido daños o habían sido destruidos; en Grecia, una cuarta parte. Incluso Gran Bretaña, que nunca estuvo ocupada, sufrió daños importantes, debidos principalmente a los bombardeos nazis, y perdió aproximadamente la cuarta parte del total de su riqueza nacional en el curso del conflicto. Las pérdidas soviéticas fueron las más graves: 25 millones

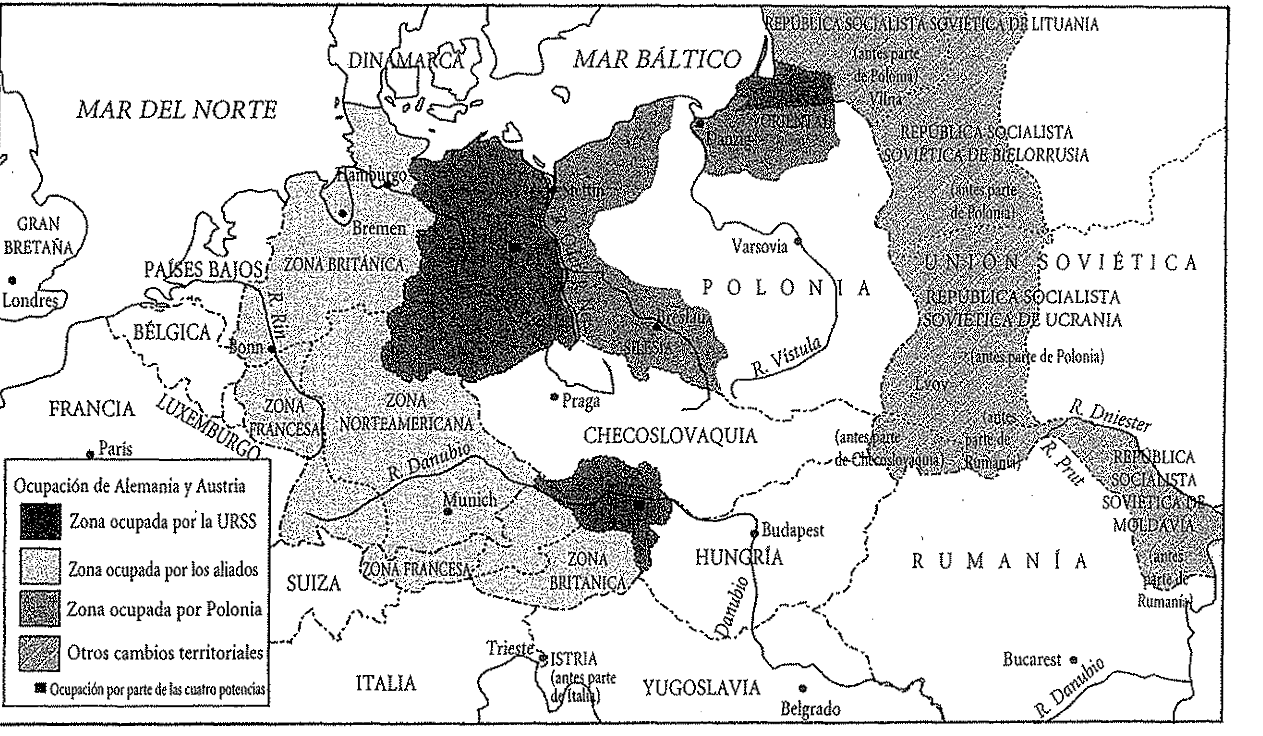
de personas murieron, otros 25 millones quedaron sin hogar, 6 millones de edificios fueron destruidos y gran parte de las instalaciones industriales y de las tierras productivas del país quedaron inutilizadas. Unos 50 millones de supervivientes de toda Europa se vieron obligados a abandonar sus hogares, 16 millones de ellos descritos por los vencedores con el eufemismo de «desplazados».

En la posguerra asiática las condiciones eran casi igual de sombrías. Prácticamente todas las ciudades de Japón habían sufrido los constantes bombardeos norteamericanos y el 40% de sus zonas urbanas habían sido completamente destruidas. Tokio, la ciudad más populosa de Japón, fue devastada por las bombas incendiarias aliadas, que destruyeron más de la mitad de sus edificios. Hiroshima y Nagasaki conocieron un destino aún más trágico cuando las dos explosiones atómicas que pusieron fin a la Guerra del Pacífico las arrasaron totalmente. Aproximadamente 9 millones de japoneses habían quedado sin hogar cuando sus líderes finalmente capitularon. En China, campo de batalla durante más de una década, las instalaciones industriales de Manchuria habían sido destruidas, y las fértiles tierras del río Amarillo se hallaban inundadas. Cuatro millones de indonesios habían muerto como consecuencia directa o indirecta del conflicto. Un millón de indios sucumbieron debido a la hambruna de 1943 provocada por la guerra, y un millón más murió en Indochina dos años más tarde.

Aunque gran parte del Sureste Asiático se libró de los horrores que sufrieron Japón, China y varias islas del Pacífico, otros lugares, como Filipinas y Birmania, no tuvieron tanta suerte. Durante la última fase de la contienda, el 80% de los edificios de Manila fueron destruidos en una confrontación salvaje. Según el testimonio del líder birmano Ba Maw, un combate igualmente brutal había tenido lugar en Birmania y había «reducido a ruinas una gran parte del país».

La gran oleada de muerte y devastación provocada por la guerra destruyó no sólo gran parte de Europa y de Asia, sino también el viejo orden internacional. «La estructura y el orden que habíamos heredado del siglo XIX habían desaparecido», observó el secretario de Estado norteamericano Dean Acheson. Efectivamente, el sistema internacional eurocéntrico que había dominado el mundo durante quinientos años se había desintegrado prácticamente de la noche a la mañana. Dos gigantes militares de proporciones continentales –que ya se calificaban de superpotencias– se habían alzado en su lugar y trataban de forjar, por separado, un nuevo orden acorde con sus particulares necesidades y valores.

Conforme la guerra se acercaba a su fase final, hasta el observador más despreocupado de la política mundial podía ver que Estados Unidos y la URSS tenían en sus manos las mejores bazas diplomáticas, económicas y militares. Sólo acerca de



Europa central tras la Segunda Guerra Mundial

un objetivo básico estaban esencialmente de acuerdo aquellos adversarios convertidos en aliados: era imprescindible restaurar rápidamente una apariencia de autoridad y estabilidad, y no sólo en las zonas directamente afectadas por la guerra sino en todo el sistema internacional. Como advirtió el subsecretario de Estado Joseph Grew, la tarea era tan urgente como abrumadora: «De la actual penuria económica y de la agitación política puede surgir la anarquía».

Las raíces inmediatas de la Guerra Fría, al menos en un sentido general y estructural, se hunden en la intersección entre un mundo postrado por un conflicto global devastador y las recetas opuestas para la creación de un orden internacional que Washington y Moscú pretendían imponer a un mundo moldeable destrozado por la guerra. Siempre que un orden internacional imperante y el equilibrio de poder que le acompaña se derrumban, surge invariablemente algún grado de conflicto, especialmente cuando la caída se produce con tan pasmosa brusquedad. En este sentido, la tensión, el recelo y la rivalidad que afectaron a las relaciones entre Estados Unidos y la URSS después de la guerra no representaron ninguna sorpresa. Sin embargo, el *grado* y el *alcance* del enfrentamiento, y especialmente su *duración*, no pueden explicarse aludiendo exclusivamente a fuerzas estructurales. Después de todo, la historia nos ofrece numerosos ejemplos de grandes potencias que si-

guieron la senda del compromiso y la colaboración, y optaron por actuar de común acuerdo con el fin de instaurar un orden internacional aceptable capaz de satisfacer los intereses fundamentales de cada una de ellas. Los estudiosos han empleado la expresión «condominio de grandes potencias» para describir ese sistema. A pesar de las esperanzas de algunos altos cargos tanto estadounidenses como soviéticos, en este caso no sucedería así por motivos directamente relacionados con los orígenes de la Guerra Fría. En resumen, lo que transformó unas tensiones inevitables en una confrontación épica de cuatro décadas de duración a la que damos el nombre de Guerra Fría fueron las aspiraciones, necesidades, historias, instituciones gubernamentales e ideologías divergentes de Estados Unidos y la Unión Soviética.

La visión norteamericana del orden de posguerra

Estados Unidos superó el desastre de la Segunda Guerra Mundial con pérdidas relativamente moderadas. Aunque unos 400.000 soldados norteamericanos murieron en la lucha contra las potencias del Eje, el 75% aproximadamente en el campo de batalla, conviene subrayar que esa cifra representó solamente el 1% del número total de víctimas mortales de la guerra y menos del 2% de la pérdi-

da de vidas humanas sufrida por la Unión Soviética. Para la mayoría de los ciudadanos estadounidenses, a diferencia de lo que ocurrió en Europa, Oriente, África del Norte y otros lugares, la guerra no significó sufrimiento y privaciones, sino prosperidad e, incluso, abundancia. El producto interior bruto del país se duplicó entre 1941 y 1945, ofreciendo las ventajas de una economía extremadamente productiva y de pleno empleo a una ciudadanía acostumbrada a las privaciones impuestas por una década de depresión. Los salarios subieron espectacularmente durante los años que duró la contienda y los norteamericanos se encontraron disfrutando de la abundancia de unos bienes de consumo que ahora estaban a su alcance. «El pueblo americano –observó el director de la Oficina de Movilización y Reconversión– se enfrenta al agradable dilema de tener que aprender a llevar una vida un cincuenta por ciento mejor de la que ha conocido hasta ahora.»

En marzo de 1945, el nuevo presidente, Harry S. Truman, simplemente expresó lo evidente al comentar: «Hemos surgido de esta guerra como la nación más poderosa del mundo, la nación más poderosa, quizá, de toda la historia». Y sin embargo, ni los beneficios económicos que la guerra había proporcionado a los norteamericanos, ni el poder militar, ni la capacidad productiva, ni el prestigio internacional creciente que había alcanzado la nación durante su lucha contra la agresión del Eje

podían atenuar la aterradora inseguridad que caracterizaba al mundo originado por la guerra. El ataque japonés a Pearl Harbor había destruido definitivamente la ilusión de invulnerabilidad que los norteamericanos habían experimentado desde el fin de las guerras napoleónicas a comienzos del siglo XIX.

La obsesión por la seguridad nacional, que se convertiría en el principal motor de la política exterior y de defensa a lo largo de toda la Guerra Fría, tuvo su origen en los acontecimientos que culminaron en el ataque del 7 de diciembre de 1941, y que acabó con el mito de la indestructibilidad de la nación. Los norteamericanos no volverían a experimentar un ataque a su país tan directo e inesperado hasta sesenta años después, con los atentados terroristas de Washington y Nueva York.

Los estrategas militares estadounidenses aprendieron varias lecciones del audaz ataque japonés, cada una de las cuales tuvo profundas repercusiones con respecto al futuro. Se convencieron, en primer lugar, de que la tecnología, y en especial el poder de la aviación, había contraído el mundo de tal forma que la tan cacareada barrera de los dos océanos ya no proporcionaba a Norteamérica suficiente protección ante un ataque exterior. Una auténtica seguridad exigía ahora una defensa que comenzaba mucho más allá de las costas del país, es decir, utilizando la fórmula militar, «una defensa en profundidad». Ese concepto llevó a los respon-

sables de Defensa de los gobiernos de Roosevelt y de Truman a abogar por el establecimiento de una red global integrada de bases aéreas y navales controladas por Estados Unidos y por la negociación de derechos generalizados de tráfico aéreo militar. Una y otros permitirían al país ejercer más fácilmente su poder en puntos potencialmente conflictivos y disuadir a posibles enemigos mucho antes de que consiguieran la capacidad de atacar territorio norteamericano. Una lista de emplazamientos «esenciales» compilada por el Departamento de Estado en 1946 da una idea aproximada de la amplitud de sus exigencias con respecto a bases militares estadounidenses. La lista incluía, entre otros lugares, Birmania, Canadá, las islas Fiji, Nueva Zelanda, Cuba, Groenlandia, Ecuador, Marruecos Francés, Senegal, Islandia, Liberia, Panamá, Perú y las Azores.

En segundo lugar, y en un sentido general, los estrategas norteamericanos decidieron que nunca más debería volver a permitirse que el poder militar de la nación llegara a atrofiarse. La fuerza militar de Estados Unidos, acordaron, debía ser un elemento esencial del nuevo orden mundial. Los gobiernos de Franklin D. Roosevelt y Harry S. Truman insistieron, pues, en mantener unas fuerzas navales y aéreas superiores a las de cualquier otra nación, además de una fuerte presencia militar en el Pacífico, el dominio del hemisferio occidental, un papel central en la ocupación de los países enemigos de-

rrotados –Italia, Alemania, Austria y Japón– y un monopolio continuado de la bomba atómica. Incluso antes del comienzo de la Guerra Fría, los responsables de la planificación estratégica de Estados Unidos operaban a partir de un concepto extraordinariamente expansivo de la seguridad nacional.

Una tercera lección que los líderes norteamericanos aprendieron de la experiencia de la Segunda Guerra Mundial vino a reforzar esta amplia visión de los requisitos de la seguridad nacional: nunca jamás habrían de permitir que una nación hostil, o una coalición de naciones hostiles, adquiriera un control preponderante sobre la población, el territorio y los recursos de Europa y del este de Asia. El corazón de Eurasia, como gustaban de llamar a esta región los expertos en geopolítica, constituía la presa económica y estratégica más preciada del mundo; la combinación de sus abundantes recursos naturales, su avanzada infraestructura industrial, su mano de obra cualificada y sus complejas instalaciones militares la convertían en la piedra angular del poder mundial, como tan dolorosamente vinieron a demostrar los acontecimientos de 1940-1941. Cuando las potencias del Eje se hicieron con el control de Eurasia a comienzos de la década de los cuarenta, consiguieron los medios necesarios para mantener una guerra prolongada, subvertir la economía mundial, cometer crímenes horrendos contra la humanidad y amenazar, y finalmente atacar, al hemisferio occidental. Los altos

cargos de Defensa estadounidenses temían que si esto volvía a ocurrir, el sistema internacional volvería a desestabilizarse, el equilibrio de poderes quedaría peligrosamente distorsionado y la seguridad del país correría un grave peligro. Más aún, aunque pudiera evitarse que se produjera un ataque directo a Estados Unidos, Norteamérica tenía que estar preparada para esa eventualidad, lo cual significaría un aumento radical tanto del gasto militar como del personal dedicado de forma permanente a la Defensa, una reconfiguración de la economía nacional y la limitación, dentro del país, de unas libertades muy apreciadas por los ciudadanos. En resumen, el control de Eurasia por parte del Eje o de cualquier futuro enemigo pondría también en peligro su sistema de libertades, un sistema crucial para las creencias y valores básicos estadounidenses. La experiencia de la Segunda Guerra Mundial ofrecía en este sentido unas lecciones muy duras sobre la importancia de mantener un equilibrio de poder favorable en Eurasia.

La dimensión estratégica y militar del orden mundial era, para la mentalidad norteamericana, inseparable de la dimensión económica. Los planificadores estadounidenses consideraban la instauración de un sistema económico internacional más abierto y más libre un factor indispensable con respecto al nuevo orden que estaban decididos a construir a partir de las cenizas de la más horrible conflagración de la historia. La experiencia les ha-

bía enseñado, como recordó el secretario de Estado, Cordell Hull, que la libertad de comercio era un prerrequisito esencial de la paz. La autarquía, las limitaciones comerciales y las barreras nacionales impuestas a la inversión extranjera y a la convertibilidad de la moneda que habían caracterizado la década de la depresión no hacían más que alentar la rivalidad y los conflictos. Un mundo más abierto, de acuerdo con la fórmula norteamericana, sería un mundo más próspero, que tendría como consecuencia, a su vez, un mundo más estable y más pacífico. Para alcanzar esos fines, Estados Unidos ejerció durante la guerra, en consejos diplomáticos, una fuerte presión en favor de un régimen económico multilateral de comercio liberalizado, igualdad de oportunidades de inversión para todas las naciones, un sistema de tipos de cambio estables y libertad de convertibilidad total. En la Conferencia de Bretton Woods, celebrada a fines de 1944, Estados Unidos consiguió una aceptación general de esos principios, además del apoyo para la creación de dos instituciones supranacionales clave, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (Banco Mundial), encargadas ambas de contribuir a estabilizar la economía global. Que Estados Unidos –el principal estado capitalista del mundo, que al final de la guerra producía un asombroso 50% de los bienes y servicios del mundo– sin duda se beneficiaría de este régimen comercial mul-

tilateral tan decididamente respaldado por los gobiernos de Roosevelt y de Truman y por los hombres de negocios del país, era algo que se daba por hecho. Los ideales norteamericanos estaban inextricablemente unidos a los intereses norteamericanos.

En un editorial del mes de diciembre de 1944, el *Chicago Tribune* reflejaba el optimismo y la confianza en sí misma de la sociedad estadounidense al proclamar orgullosamente que era «una suerte para el mundo», y no sólo para Estados Unidos, que «el poder y unas incuestionables intenciones» se hubieran unido ahora en la Gran República Norteamericana. Esta seguridad en el honroso destino de Estados Unidos estaba profundamente enraizada en la historia y la cultura norteamericanas. Tanto las élites como el resto de la población aceptaban la idea de que la responsabilidad histórica de su país consistía en crear un mundo nuevo más pacífico, próspero y estable. Sus líderes albergaban pocas dudas respecto a la capacidad de la nación para efectuar una transición tan trascendental, y no veían ningún posible conflicto entre el orden mundial que deseaban forjar y las necesidades e intereses del resto de la humanidad.

Con el orgullo desmesurado del pueblo que ha conocido contados fracasos, los estadounidenses pensaban que podían, como dijo Dean Acheson, «tomar en sus manos la historia y moldearla a su

gusto». Sólo acechaba un obstáculo significativo. La Unión Soviética, advertía la revista *Life* en julio de 1945, «es el problema número uno para los norteamericanos, porque es el único país del mundo que tiene el dinamismo necesario como para desafiar nuestra concepción de la verdad, la justicia y una vida digna».

La visión soviética del orden de posguerra

El proyecto soviético para el orden de la posguerra nació también de unos temores profundamente enraizados acerca de la seguridad del país. Como en el caso de Estados Unidos, esos temores se habían refractado a través de los filtros de la historia, la cultura y la ideología. El recuerdo que tenían los soviéticos del sorpresivo ataque de Hitler de junio de 1941 era tan vívido como el recuerdo que los norteamericanos conservaban de Pearl Harbor, aunque mucho más aterrador. No podía ser de otra manera en una tierra que había sufrido tantas y tan terribles pérdidas. De las quince repúblicas soviéticas, nueve habían sido ocupadas, totalmente o en parte, por los alemanes. Pocos eran los ciudadanos que no se habían visto afectados personalmente por la que habían sacralizado con el nombre de «La Gran Guerra Patriótica». Casi todas las familias habían perdido a algún ser querido; la mayoría de ellas, a varios. Además de los millones de

vidas humanas segadas por el conflicto, 1.700 ciudades, más de 70.000 pueblos y aldeas y 31.000 fábricas habían sido destruidos. Leningrado, la ciudad histórica por antonomasia del país, sufrió un prolongado asedio que se cobró más de un millón de víctimas. La invasión alemana causó estragos también en la base agrícola de la nación destruyendo millones de hectáreas de cultivos y causando la muerte de decenas de miles de cabezas de ganado, cerdos, ovejas, cabras y caballos.

Los recuerdos candentes del ataque y la ocupación alemana se mezclaban con otros recuerdos anteriores –los de la invasión alemana durante la Primera Guerra Mundial, los de la intervención de los aliados durante la guerra civil rusa o los del intento de conquista de Rusia por parte de Napoleón a comienzos del siglo anterior–, despertando en los líderes soviéticos una verdadera obsesión por asegurar la protección de su patria de futuras violaciones territoriales.

La extensión geográfica de la URSS, una nación que abarcaba una sexta parte de la masa terrestre y era tres veces mayor que Estados Unidos, agudizaba muy especialmente el problema de una defensa nacional adecuada. Las dos regiones principales desde el punto de vista de la economía, la Rusia europea y Siberia, ocupaban los extremos del país, y ambas habían resultado ser muy vulnerables a los ataques. La primera miraba hacia el tristemente famoso corredor de Polonia, la ruta a través de

la cual las tropas de Napoleón, el káiser y Hitler habían invadido el país. La segunda había sido víctima dos veces en los últimos veinticinco años de la agresión japonesa. Más aún, Siberia compartía una extensa frontera con China, un vecino inestable que aún experimentaba los ramalazos de la agitación revolucionaria. La Unión Soviética no tenía ni unos vecinos amistosos, como México o Canadá, ni dos barreras oceánicas que facilitaran la tarea de quienes planificaran su defensa.

En el meollo de todos los planes del Kremlin para el mundo de la posguerra se hallaba la imperiosa necesidad de defender la patria soviética. En este sentido, bloquear la ruta, o «puerta de acceso», polaca ocupaba un lugar primordial. En opinión de Stalin, Polonia era «un asunto de vida o muerte» para la Unión Soviética. «En el curso de veinticinco años los alemanes han invadido Rusia dos veces a través de Polonia –advirtió el dirigente soviético al enviado de Estados Unidos, Harry Hopkins, en mayo de 1945–. Ni el pueblo británico ni el norteamericano han experimentado unas invasiones semejantes por parte de Alemania, algo terrible de soportar... Es, pues, vital para Rusia que Polonia sea un país fuerte y amigo.»

Convencido de que los alemanes se recuperarían pronto y volverían a constituir una amenaza para la Unión Soviética, Stalin consideraba imprescindible tomar las medidas necesarias para asegurar la futura seguridad de su país mientras el mundo era todavía

maleable. Esa seguridad exigía, como mínimo, instaurar gobiernos sumisos en Polonia y en otros estados clave de Europa del Este, devolver las fronteras soviéticas a la situación prerrevolucionaria –lo cual significaba la anexión permanente de los estados bálticos y la zona oriental de la Polonia de preguerra– y maniatar a Alemania impidiendo sistemáticamente su industrialización e imponiéndole un duro régimen de ocupación y la obligación de pagar unas reparaciones cuantiosas. Éstas podrían contribuir además a la reconstrucción masiva que debía abordar la Unión Soviética en su esfuerzo por recuperarse de los estragos de la guerra. Sin embargo, esos planes, aunque basados en la vieja fórmula de lograr seguridad por medio de la expansión, tenían que equilibrarse con el deseo de preservar el marco de colaboración con Estados Unidos y Gran Bretaña, un marco desarrollado, aunque de forma imperfecta, durante los años de guerra.

El interés del Kremlin por mantener la asociación de la Gran Alianza forjada al calor de la contienda se basaba, no en el sentimiento, que no hallaba cabida en su diplomacia, sino en un conjunto de consideraciones prácticas. En primer lugar, los dirigentes soviéticos reconocían que tenían que evitar una ruptura abierta con Occidente, al menos en un futuro próximo. Dadas las pérdidas sufridas por el país durante la guerra en cuanto a mano de obra, recursos e infraestructura industrial, un conflicto prematuro con Estados Unidos y Gran

Bretaña colocaría a la Unión Soviética en una clara desventaja, una desventaja aún más evidente tras la demostración por parte de los norteamericanos de su capacidad nuclear en agosto de 1945. En segundo lugar, Stalin y sus principales lugartenientes esperaban poder inducir a Estados Unidos a cumplir su promesa de contribuir con una generosa ayuda financiera a su esfuerzo de reconstrucción. Una política de expansión territorial desenfrenada resultaría contraproducente, ya que provocaría la disolución de la alianza forjada durante la guerra y la consiguiente negación de ayuda económica, algo que querían evitar.

Finalmente, la Unión Soviética, que durante tanto tiempo había sido tratada como un estado paria, deseaba ser aceptada como una gran potencia responsable y respetada. Un tanto paradójicamente, los soviéticos ansiaban el respeto de aquellos estados capitalistas que sus convicciones ideológicas les enseñaban a aborrecer. Pero, naturalmente, no sólo querían respeto, sino que insistían también en tener en los foros internacionales una voz equivalente a la de otras potencias y en que se reconociera la legitimidad de sus intereses. Más aún, aspiraban al reconocimiento formal por parte de Occidente de sus fronteras, y a una aceptación, o al menos a una aquiescencia, respecto a su nueva esfera de influencia en la Europa del Este. Todas esas consideraciones actuaban como freno a cualquier inclinación imprudente a devorar tanto territorio

como la fuerza del Ejército Rojo pudiera poner a su alcance.

El hecho de que uno de los gobernantes más brutales, implacables y desconfiados de la historia presidiera el delicado equilibrio que debía mantener la URSS en ese momento crítico, añade un elemento personal inevitable a la historia de las ambiciones de Moscú durante el período de posguerra. El autoritario Stalin dominó completamente la política soviética antes, durante y después de la guerra sin tolerar la menor disensión. Como recordaría más tarde su sucesor Nikita Kruschev, «él hablaba y nosotros escuchábamos». El antiguo revolucionario bolchevique, «durante los años treinta, transformó el gobierno que dirigía, e incluso el

IOSIF STALIN

Bajo de estatura y no especialmente dotado de carisma o de talento para la oratoria, Stalin, nacido en Georgia, gobernó su país con puño de hierro desde mediados de la década de 1920 hasta su muerte, ocurrida en 1953. El dictador soviético aferró con mayor fuerza las riendas del poder durante los años treinta, con terribles resultados para su propio pueblo. Veinte millones de ciudadanos murieron a consecuencia, directa o indirecta, de la colectivización de la agricultura y la represión sistemática impuestas por él.

país que gobernaba, en una prolongación gigantesca de su propia personalidad patológicamente desconfiada», sugiere el historiador John Lewis Gaddis. Fue aquél «un supremo acto de egoísmo» que «dio lugar a innumerables tragedias». Al acabar la Segunda Guerra Mundial, Stalin veía a sus aliados occidentales como veía a todo posible competidor, tanto en su propio país como en el extranjero: con el mayor recelo y la máxima desconfianza.

Sin embargo, la política exterior rusa no puede entenderse como el producto, puro y simple, de la rudeza de Stalin y de su insaciable sed de dominación, aunque sin duda una y otra fueron importantes. A pesar de su brutalidad y su paranoia, y a pesar de la crueldad que mostró con respecto a su propio pueblo, el dictador ruso siguió una política exterior generalmente prudente y cautelosa, procurando equilibrar en todo momento la oportunidad con el riesgo. Calculó siempre con gran cuidado la «correlación de fuerzas», mostró un respeto realista hacia el poder superior militar e industrial de Estados Unidos y prefirió conformarse con una parte de lo que deseaba en aquellos casos en que tratar de conseguir la totalidad habría podido generar resistencia. Las necesidades del estado soviético –que siempre estuvieron para Stalin por encima del deseo de propagar el comunismo–, en lugar de una estrategia de expansión agresiva, dictaron una política en la que el oportunismo se mezclaba con la cautela y con una inclinación al compromiso.

La ideología del marxismo-leninismo que sustentaba el estado soviético influyó también en la perspectiva y la política de Stalin y sus más cercanos colaboradores, aunque de una forma compleja y difícil de precisar. Su profunda creencia en las enseñanzas de Marx y Lenin les transmitió una fe mesiánica en el futuro, la seguridad tranquilizadora de que, por muchas dificultades que tuviera que atravesar Moscú en el corto plazo, la historia estaba de su parte. Stalin y la élite del Kremlin admitían que el conflicto entre el mundo socialista y el mundo capitalista era inevitable, y tenían la seguridad de que las fuerzas de la revolución proletaria vencerían finalmente. En consecuencia, no estaban dispuestos a ejercer demasiada presión mientras la correlación de fuerzas pareciera favorable a Occidente. «Nuestra ideología propugna las operaciones ofensivas cuando es posible. Si no lo es, esperamos», puntualizó V. M. Molotov, ministro de Asuntos Exteriores. Pero si la convicción ideológica dio lugar en ocasiones a una prudente paciencia, en otras distorsionó la realidad. Los dirigentes rusos nunca pudieron comprender, por ejemplo, por qué tantos alemanes y europeos del Este veían las fuerzas del Ejército Rojo más como opresoras que como libertadoras, ni dejaron de creer que los estados capitalistas se enfrentarían finalmente entre ellos y que el sistema capitalista conocería pronto otra depresión mundial.

La ideología infundió en los soviéticos y los norteamericanos por igual una fe mesiánica en el papel histórico que sus respectivas naciones habían de jugar en el mundo. A cada lado de lo que pronto sería la línea divisoria de la Guerra Fría, líderes y ciudadanos creían que sus respectivos países actuaban impulsados por unos propósitos que trascendían con mucho sus intereses nacionales. Tanto los soviéticos como los norteamericanos consideraban, de hecho, que actuaban impulsados por nobles motivaciones y con el fin de conducir a la humanidad a una nueva era de paz, justicia y orden. Esos valores ideológicos opuestos, unidos al aplastante poder que ambas naciones poseían en un momento en que una gran parte del mundo yacía postrada, proporcionaron una receta segura para el conflicto.

2. Los orígenes de la Guerra Fría en Europa (1945-1950)

Una frágil alianza

Matrimonio clásico de conveniencia, la alianza que forjaron durante la guerra la principal potencia capitalista del globo y el principal defensor de la revolución proletaria internacional estuvo marcada desde el primer momento por la tensión, la desconfianza mutua y el recelo. Más allá del objetivo común de derrotar a la Alemania nazi, era poco lo que podía cimentar una asociación nacida de una necesidad incómoda y lastrada por un pasado cargado de conflictos. Después de todo, Estados Unidos había manifestado una constante hostilidad hacia el estado soviético desde la revolución bolchevique que lo alumbró. Por su parte, los gobernantes del Kremlin consideraban a los Estados Unidos el cabecilla de los países capitalistas que habían

tratado de estrangular su régimen desde su infancia. A ese intento habían seguido la presión económica y el aislamiento diplomático junto a las persistentes denuncias del gobierno soviético y todo lo que éste representaba. El tardío reconocimiento de la URSS por parte de Washington, que llegó diecisiete años después de su nacimiento, fue insuficiente para agotar toda la reserva de hostilidad acumulada, debida especialmente al hecho de que los esfuerzos de Stalin por organizar un frente común contra la Alemania de Hitler a mediados y finales de la década de los treinta habían chocado con la indiferencia de los Estados Unidos y otras potencias occidentales. Abandonado de nuevo por Occidente, al menos desde su punto de vista, y obligado a enfrentarse en solitario con los lobos alemanes, Stalin accedió a firmar el pacto germano-soviético de 1939 en gran medida como medio de autoprotección.

Por su parte, Estados Unidos entró en el período posterior a la Primera Guerra Mundial manifestando solamente desdén hacia un régimen intratable e impredecible que había confiscado propiedades, se había negado a reconocer deudas anteriores a la guerra y se había comprometido a ayudar a las revoluciones de la clase trabajadora en todo el mundo. Los estrategas norteamericanos no temían a la fuerza militar convencional de la Unión Soviética, que era decididamente limitada. Pero sí les preocupaba el atractivo del mensaje que los mar-

xistas-leninistas dirigían a las masas oprimidas de otros países –y también de Estados Unidos– y a la insurgencia revolucionaria, con la consiguiente inestabilidad que ésta pudiera provocar. En consecuencia, a lo largo de los años veinte y principios de la década siguiente, Washington se esforzó por poner en cuarentena el virus comunista y aislar a los líderes de Moscú. «Era como tener un vecino malvado y denigrante –recuerda el presidente Herbert Hoover en sus memorias–: No le atacamos, pero tampoco le extendimos un certificado de buena conducta invitándole a nuestra casa.» El reconocimiento diplomático de la Unión Soviética por parte de Roosevelt en 1933, motivado por cálculos geopolíticos y comerciales, vino a cambiar muy poco la situación. Las relaciones entre los dos países siguieron siendo gélidas hasta que Hitler traicionó a su aliado soviético en junio de 1941. Hasta ese momento, el pacto fáustico firmado entre Alemania y Rusia sólo había servido para intensificar la aversión de Estados Unidos con respecto al régimen de Stalin. Cuando el dictador soviético utilizó de forma oportunista la cobertura que le proporcionaba Alemania para lanzar su agresión contra Polonia, los estados bálticos y Finlandia en 1939-1940, el sentimiento antisoviético aumentó rápidamente en la sociedad americana.

Tras la invasión alemana de la Unión Soviética, la oposición ideológica cedió a los dictados de la *realpolitik.* Roosevelt y sus principales estrategas

reconocieron rápidamente las grandes ventajas geoestratégicas que revestía para Estados Unidos una Unión Soviética capaz de resistir el embate alemán; inversamente, le preocupaba el poder que Alemania podía conseguir si lograba sojuzgar a un país tan rico en recursos.

En consecuencia, a partir del verano de 1941, Estados Unidos comenzó a enviar material militar a la Unión Soviética con el fin de reforzar las oportunidades del Ejército Rojo. Lo que impulsó esencialmente la política de Roosevelt desde junio de 1941 en adelante fue, como ha señalado acertadamente el historiador Waldo Heinrichs, «la convicción de que la supervivencia de la URSS era esencial para la derrota de Alemania, y que la derrota de Alemania era esencial para la seguridad de Norteamérica». Hasta un anticomunista acérrimo como Churchill entendió inmediatamente la importancia decisiva que la supervivencia de la URSS tenía en la lucha contra la agresión alemana. «Si Hitler invadiera el infierno –dijo en una ocasión bromeando– yo haría al menos una referencia favorable al demonio en la Cámara de los Comunes.» Los norteamericanos, los soviéticos y los británicos se encontraron, pues, de pronto luchando contra un enemigo común, hecho que vino a formalizar la declaración de guerra que hizo Hitler a Estados Unidos dos días después del ataque a Pearl Harbor.

Estados Unidos envió a la Unión Soviética durante la contienda ayuda militar por valor de más

de 11.000 millones de dólares, la manifestación más concreta de una nueva política en la que un interés mutuo unía ahora a Washington y Moscú. Al mismo tiempo, la maquinaria de propaganda del gobierno estadounidense trató de suavizar la imagen tanto de Stalin como del indeseable régimen que encabezaba, un régimen que durante tanto tiempo había detestado.

Sin embargo, cómo, dónde y cuándo combatir al adversario común fueron cuestiones que casi inmediatamente generaron fricción en el seno de la Gran Alianza. Stalin apremió a sus socios angloamericanos para que abrieran cuanto antes un segundo frente contra los alemanes que aliviara la intensa presión militar que éstos ejercían sobre su patria. Pero, a pesar de las promesas de Roosevelt, Estados Unidos y Gran Bretaña decidieron no abrir ese frente hasta dos años y medio después de Pearl Harbor, optando en cambio por llevar a cabo operaciones periféricas, menos arriesgadas, en África del Norte y en Italia en 1942 y 1943. Cuando en junio de 1943 Stalin supo que aún tardarían un año más en abrir un segundo frente en el noroeste de Europa, escribió airado a Roosevelt afirmando que «la confianza del gobierno soviético en sus aliados... se está viendo sometida a una gran tensión», y hacía referencia también a «los enormes sacrificios que está llevando a cabo el ejército soviético, comparados con los cuales los sacrificios de los ejércitos angloamericanos son insignifican-

tes». No es de extrañar que Stalin mostrara una incomprensión total con respecto a los problemas de abastecimiento y preparación de las dos potencias. Éstas podían permitirse el lujo de esperar antes de enfrentarse al embate de la fuerza armada alemana, mientras que los rusos no podían hacerlo. Stalin sospechó que sus supuestos aliados simplemente no consideraban prioritario aliviar a los soviéticos, y sin duda no se equivocaba al pensar que norteamericanos y británicos preferían con mucho que fueran soldados rusos los que murieran luchando contra Hitler, si con eso conseguían salvar las vidas de sus propios soldados. Las fuerzas soviéticas tuvieron que contener a más del 80% de las divisiones de la Wehrmacht antes de que en junio de 1944 tuviera lugar la tan esperada invasión aliada de la costa normanda ocupada por los alemanes.

Las disputas políticas envenenaron también la alianza durante la guerra. Las más espinosas fueron las relativas a los términos de la paz que debía imponerse a Alemania y al estatus de la Europa del Este en la posguerra. En la Conferencia de Teherán, celebrada en noviembre de 1943, y durante todo el año siguiente, Stalin trató de transmitir a Roosevelt y a Churchill su convicción de que, acabada la contienda, Alemania recuperaría su poder industrial y militar, y volvería por tanto a suponer un peligro mortal para la URSS.

En consecuencia, el dirigente ruso insistió incansablemente en que se debía imponer a ese país una

paz muy dura que le despojara de una parte de su territorio y de su infraestructura industrial. Esto satisfaría la doble necesidad que tenía la Unión Soviética de mantener a Alemania bajo control mientras extraía de ella una considerable aportación para su propia reconstrucción. Roosevelt se mostró poco dispuesto a comprometerse a fondo con las propuestas punitivas de Stalin, aunque sí le comunicó que él también consideraba ventajoso el desmembramiento permanente de Alemania. De hecho, los expertos estadounidenses no habían tomado partido todavía entre dos impulsos opuestos: el de aplastar la nación que había provocado una masacre semejante, o el que les conducía a tratarla magnánimamente, utilizando el período de ocupación para contribuir a modelar una nueva Alemania que pudiera jugar un papel constructivo en la Europa de la posguerra, con sus recursos y su industria aplicados a la gigantesca tarea de reconstruir un continente desgarrado por la contienda. A pesar de la aprobación inicial de Roosevelt con respecto a una actitud punitiva, el asunto no quedó definitivamente resuelto, como vinieron a demostrar, lamentablemente, acontecimientos posteriores.

Las cuestiones relativas a la Europa del Este, que afectaban directamente a la seguridad vital de la URSS, tampoco tuvieron una fácil solución. Tanto en la teoría como en la práctica, los norteamericanos y los británicos se habían resignado a la existencia de una esfera de influencia soviética en la

Europa Oriental –sobre la cual los rusos ejercían ya una influencia predominante–. En la versión más rudimentaria de la diplomacia de esferas de influencia que tuvo lugar durante la guerra, Churchill y Stalin aprobaron provisionalmente, en noviembre de 1944, el «acuerdo de los porcentajes», lamentablemente famoso, por el que gran parte de los Balcanes quedaban divididos en zonas de influencia británica o rusa. Roosevelt nunca se adhirió, sin embargo, a ese *modus vivendi*, que representaba una violación demasiado flagrante de los principios de autodeterminación libre y democrática que constituían la piedra angular de los planes de Estados Unidos con respecto al orden político de la posguerra. Pero resolver ese problema resultaba tan imposible como la cuadratura del círculo.

Polonia, el país cuya invasión conjunta por parte de Alemania y la Unión Soviética había provocado la guerra europea, resumía la insoluble naturaleza del conflicto. Dos gobiernos polacos competían por el reconocimiento internacional durante la guerra: uno, con sede en Londres, estaba en manos de nacionalistas polacos acérrimamente antisoviéticos; el otro, establecido en la ciudad polaca de Lublin, era en esencia un gobierno títere de Moscú. En una situación tan polarizada no cabían términos medios; había, por lo tanto, poco margen para alcanzar un compromiso, como gustaba de hacer Roosevelt con respecto a los enfrentamientos políticos dentro de su país.



1. Churchill, Roosevelt y Stalin posan para los fotógrafos durante la Conferencia de Yalta. Febrero de 1945.

En la Conferencia de Yalta de febrero de 1945, Roosevelt, Churchill y Stalin trataron de resolver algunas de sus principales diferencias mientras planeaban la partida que había de jugarse acabada la guerra. La conferencia representó el punto álgido de cooperación durante la contienda; los compromisos alcanzados reflejaron tanto el equilibrio de poderes como la decisión de los líderes de los «Tres Grandes» de mantener el espíritu de colaboración y compromiso que la supervivencia de su extraña alianza requería. Sobre la cuestión crucial de Polonia, norteamericanos y británicos acordaron

reconocer al gobierno de Lublin apoyado por los soviéticos, a condición de que Stalin ampliara su representatividad y permitiera la celebración de elecciones libres. En gran parte para compensar a Roosevelt –que necesitaba una hoja de parra con la que ocultar su abandono de lo que Estados Unidos había proclamado como uno de los objetivos de la guerra–, al tiempo que para apaciguar también a los millones de norteamericanos originarios de Europa del Este (la mayoría de los cuales, detalle no precisamente insignificante, eran votantes del Partido Demócrata), Stalin aceptó una Declaración sobre la Europa Liberada.

Los tres líderes se comprometieron, en ese documento, a apoyar los procesos democráticos y la creación de gobiernos representativos en cada una de las naciones europeas liberadas. Se aseguró al dirigente soviético que se obligaría a Alemania a pagar unas reparaciones fijadas provisionalmente en 20.000 millones de dólares, 10.000 de los cuales irían a la Unión Soviética. Pero el acuerdo final sobre este asunto quedó pospuesto.

El compromiso soviético, también negociado en Yalta, de entrar en la guerra contra Japón tres meses después de acabada la contienda en Europa, así como la aceptación formal por parte de la Unión Soviética de formar parte de Naciones Unidas, significaron una gran victoria diplomática para Estados Unidos.

De la cooperación al conflicto, 1945-1947

Sin embargo, a las pocas semanas de las últimas sesiones de la Conferencia, la creciente insatisfacción angloamericana con respecto a las actividades de la Unión Soviética en el este de Europa vino a alterar el espíritu de Yalta. La brutal represión de los polacos no comunistas por parte de Moscú, unida a sus torpes actuaciones en Bulgaria, Rumanía y Hungría, zonas todas ellas recientemente liberadas por el Ejército Rojo, fueron interpretadas por Churchill y por Roosevelt como violaciones de los acuerdos adoptados en la Conferencia. El primero instó al presidente norteamericano a convertir Polonia en «un caso que siente jurisprudencia entre nosotros y los rusos». Roosevelt, por su parte, aunque igualmente preocupado por la conducta de Stalin, se opuso; hasta sus últimos días estuvo convencido de que podía mantenerse una relación razonable y de concesiones mutuas con los rusos. Cuando el 12 de abril sufrió una hemorragia cerebral masiva, esa abrumadora responsabilidad recayó en un Harry S. Truman carente de experiencia.

Hasta qué punto el cambio de liderazgo en ese momento crítico supuso una diferencia sustancial en el curso de las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética ha sido un tema sujeto a un intenso debate académico. Ciertamente Truman demostró estar más dispuesto que su antecesor a aceptar la recomendación de sus asesores

de la línea más dura, para los que mostrarse inflexibles con los rusos ayudaría a Estados Unidos a alcanzar sus objetivos. El 20 de abril, en un comentario revelador que se ha citado con frecuencia, Truman manifestó que no veía ninguna razón por la que Estados Unidos no debería conseguir el 85% de lo que solicitaba en relación con los asuntos más importantes. Tres días después, exigió ásperamente al ministro de Asuntos Exteriores soviético, V. M. Molotov, que se asegurase de que su país cumplía sus compromisos con respecto a Polonia. También Churchill se mostraba cada vez más contrariado con lo que describía como actitud intimidatoria de los soviéticos, creando así el marco idóneo para un conflictivo encuentro de los «Tres Grandes» en una Alemania devastada por la guerra.

En julio de 1945, dos meses después de la rendición alemana, los líderes soviético, británico y norteamericano se esforzaron una vez más por resolver sus diferencias –lo que lograron con desiguales resultados– durante la última de las grandes conferencias celebradas en el transcurso de la guerra. En las reuniones, celebradas a las afueras de Berlín, en un Potsdam bombardeado, trataron de una gran variedad de temas, incluidos los ajustes territoriales en Asia y el momento concreto de la entrada en guerra de los soviéticos en el Pacífico.

Pero los problemas más espinosos, los que dominaron las dos semanas de la conferencia, fueron

los que rodearon los acuerdos relativos a la Europa del Este y Alemania en la posguerra. Stalin consiguió pronto uno de sus principales objetivos diplomáticos: el reconocimiento por parte de Estados Unidos y Gran Bretaña del nuevo régimen de Varsovia. Sus socios de la Gran Alianza pensaron que no tenían más opción que aceptar como *fait accompli* una Polonia dominada por la Unión Soviética, incluso con unos límites occidentales ampliados a expensas del antiguo territorio alemán. Sin embargo, se negaron a reconocer los gobiernos establecidos por los soviéticos en Bulgaria y Rumanía. En lugar de eso, los participantes instituyeron un Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores que habría de encargarse, en futuras reuniones, de esa y otras cuestiones territoriales surgidas como consecuencia de la guerra, y de redactar tratados de paz con las potencias derrotadas del Eje.

Alemania –«la gran cuestión», como tan acertadamente la calificó Churchill– suscitó una violenta disputa antes de que una solución de compromiso propuesta por Estados Unidos impidiera que las negociaciones llegaran a un punto muerto, aunque a costa de una división económica *de facto* del país. De nuevo las reparaciones surgieron como el obstáculo principal. La insistencia de Stalin en recibir de Alemania los 10.000 millones de dólares, como, a su entender, se había acordado en Yalta, tropezó con la firme resistencia de Truman y sus asesores. Los norteamerica-

nos, convencidos ahora de que la recuperación económica y la futura prosperidad de la Europa Occidental –y de Estados Unidos– exigían una Alemania económicamente fuerte y se oponían a cualquier plan que dificultara ese objetivo.

El secretario de Estado, James F. Byrnes, propuso un compromiso que los soviéticos aceptaron finalmente, aunque no sin cierta renuencia, y según el cual las cuatro potencias ocupantes –Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética– obtendrían básicamente las reparaciones de sus propias zonas de ocupación; se prometió, además, a los soviéticos equipamiento procedente de las zonas occidentales, que incluían las partes más industrializadas y ricas en recursos del país, pero que quedarían aisladas de la influencia rusa. Dado que los participantes en la Gran Alianza no pudieron ponerse de acuerdo con respecto a la cuestión alemana –el asunto diplomático más conflictivo durante la contienda y el que estaba destinado a ser el problema central a lo largo de toda la Guerra Fría–, optaron esencialmente por la división, aunque tratando de mantener una apariencia de unidad.

Las ramificaciones de esa solución fueron trascendentales. Representó un primer paso hacia la integración de las zonas de Alemania ocupadas por la Unión Soviética y por Occidente en sistemas políticos y económicos opuestos y auguró la división del continente europeo en Este y Oeste.



2. Churchill, Truman y Stalin posan ante la residencia de Churchill durante la Conferencia de Potsdam. Julio de 1945.

Truman, a pesar de todo, se mostró satisfecho con las ominosas decisiones alcanzadas en Potsdam. «Me gusta Stalin –afirmó entonces–. Es directo. Sabe lo que quiere y es capaz de llegar a un

compromiso cuando no puede conseguirlo.» La confianza del dirigente norteamericano en su habilidad para lograr la mayor parte de sus objetivos en negociaciones futuras con su homólogo soviético radicaba esencialmente en las que tanto él como sus principales asesores consideraban las dos mejores bazas de Washington: su poder económico y su posesión exclusiva de la bomba atómica. La confianza de Truman aumentó significativamente cuando, durante las conversaciones de Potsdam, recibió la noticia de que las pruebas de la bomba se habían llevado a cabo con éxito en Nuevo México. Esta «escalera real», como la llamó el secretario de la Guerra Henry Stimson, mejoraba indudablemente la perspectiva de unos acuerdos diplomáticos favorables a los intereses americanos, o al menos eso creían Truman y su círculo de asesores.

El lanzamiento de dos bombas atómicas, sobre Hiroshima el 6 de agosto y sobre Nagasaki el 9 de agosto, que causaron la muerte instantánea de 115.000 personas y dejaron a otras decenas de miles al borde de la muerte a causa de la radiación, forzó la rendición de Japón. La utilización de la bomba cumplió simultáneamente varios objetivos militares y diplomáticos de Estados Unidos: condujo a un rápido final de la guerra evitando la muerte de miles de norteamericanos, hizo innecesaria la intervención de tropas soviéticas en el Pacífico (aunque no evitó su presencia en Manchuria) y cerró a la Unión Soviética la puerta a cualquier

pretensión realista sobre su posible papel en la ocupación de Japón una vez acabada la guerra.

Sin embargo, a pesar de las bazas con que contaba el gobierno de Truman, las relaciones entre Estados Unidos y la URSS se fueron deteriorando en los meses posteriores a la rendición de Japón. Aunque Europa del Este y Alemania seguían constituyendo los problemas de más difícil solución, a éstos se añadieron ahora los que suponían las visiones opuestas de los antiguos aliados acerca de cómo lograr el control internacional de las armas atómicas, sus intereses divergentes en Oriente Medio y en el este del Mediterráneo, la cuestión de la ayuda económica de Estados Unidos y el papel de la Unión Soviética en Manchuria. Aunque en las diferentes reuniones del Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores se alcanzaron varios compromisos, 1946 marcó la desaparición de la Gran Alianza y el comienzo de la auténtica Guerra Fría.

Durante ese año, el gobierno de Truman y sus principales aliados occidentales comenzaron a considerar más y más el país de Stalin como un matón oportunista aquejado de un apetito insaciable de territorios, recursos y concesiones. George F. Kennan, diplomático de Estados Unidos en Moscú, articuló y dio peso a esa valoración en su famoso «largo telegrama» del 22 de febrero de 1946. En él subrayaba Kennan que la hostilidad soviética hacia el mundo capitalista era tan inmutable como inevitable, resultado de una combinación de la inseguri-

dad tradicional rusa y el dogma marxista-leninista. Argumentaba que los líderes del Kremlin habían impuesto al pueblo soviético un régimen totalitario opresivo y que ahora utilizaban la supuesta amenaza de los enemigos externos para justificar la continuación de la tiranía que los mantenía en el poder. El consejo de Kennan era claro: renunciar a una actitud acomodaticia que, en cualquier caso, nunca habría de funcionar, y concentrarse, en cambio, en contener la expansión de la influencia y el poder soviéticos. El Kremlin, insistía, sólo cedería ante una fuerza superior. El día 5 de marzo, Winston Churchill, derrotado ahora en las elecciones, añadió públicamente su voz al creciente coro antisoviético. En Fulton, Missouri, mientras compartía podio con un Harry Truman que manifestaba su evidente aprobación, el líder británico clamó: «Un telón de acero ha caído sobre todo el continente, desde Stettin en el Báltico hasta Trieste en el Adriático». La civilización cristiana, advirtió, peligraba ahora a causa del expansionismo comunista.

La conducta soviética no justificaba por sí sola el grado de alarma que reinaba en las capitales de Europa Occidental, ni tampoco las catastróficas perspectivas que se bosquejaban en algunos círculos norteamericanos. Ciertamente, el régimen estalinista trataba de sacar provecho en todo momento. Así, impuso gobiernos serviles a Polonia, Rumanía y Bulgaria; se hizo con una esfera de influencia exclusiva en su zona de ocupación de Ale-

mania del Este; se negó inicialmente a retirar sus tropas de Irán precipitando la primera gran crisis de la Guerra Fría en marzo de 1946; intimidó a Turquía para lograr concesiones, llegando a concentrar tropas a lo largo de la frontera búlgara, y saqueó Manchuria. Sin embargo, también permitió que se celebraran unas elecciones relativamente libres en Hungría y Checoslovaquia, colaboró en la formación de gobiernos representativos en Finlandia y Austria, continuó participando en animadas negociaciones con las potencias occidentales a través del Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores, e incluso frenó a los poderosos partidos comunistas de Italia, Francia y del resto de los países de Europa Occidental. La conducta soviética requería una interpretación más sutil y equilibrada que las que ofrecían Kennan y Churchill.

De hecho, lo que más temían Estados Unidos y los analistas británicos no era el comportamiento de los soviéticos ni las intenciones hostiles que al parecer subyacían a su conducta. Tampoco les preocupaba excesivamente la capacidad militar soviética, al menos a corto plazo. Los principales expertos británicos y norteamericanos consideraban a la Unión Soviética demasiado débil para lanzarse a una guerra contra Estados Unidos, y en particular, creían sumamente improbable que el Ejército Rojo atacara Europa Occidental.

Lo que preocupaba a los dirigentes norteamericanos y británicos era la perspectiva de que la

Unión Soviética aprovechara en beneficio propio la agitación política y las lamentables condiciones sociológicas que marcaron el mundo de la posguerra, condiciones que habían provocado el ascenso de la izquierda en el mundo entero, un fenómeno que se reflejaba no sólo en la creciente popularidad de los partidos comunistas de Europa Occidental, sino también en el auge de movimientos nacionalistas, anticolonialistas y revolucionarios en el Tercer Mundo. Las graves conmociones económicas y sociales provocadas por la guerra convirtieron al comunismo en una atractiva alternativa para muchos pueblos del mundo. Los ministerios de Defensa y Asuntos Exteriores occidentales temieron que los partidos comunistas locales y los movimientos revolucionarios autóctonos se aliaran con la Unión Soviética, un estado cuya legitimidad y cuyo prestigio habían aumentado considerablemente gracias al papel que había jugado en la cruzada antifascista. De este modo, el Kremlin podía aumentar su poder y su radio de acción sin tener que arriesgarse siquiera a emprender una acción militar directa.

Para los estrategas estadounidenses, la sombra amenazadora del período 1940-1941 seguía cerniéndose sobre el mundo. Otra potencia hostil, armada de nuevo con una ideología amenazadora y ajena, podía llegar a controlar Eurasia inclinando la balanza de poder en contra de Estados Unidos, negando a este país el acceso a importantes merca-

dos y recursos, y poniendo en peligro su libertad económica y política.

Fijando límites

Para enfrentarse a esas graves, aunque difusas, amenazas, durante la primera mitad de 1947 Estados Unidos se apresuró a implementar, con una velocidad vertiginosa, una estrategia destinada a contener a la URSS y, al mismo tiempo, a reducir la atracción del comunismo. Una iniciativa británica, debida a la pérdida del poder y los problemas financieros de Londres, inspiró el primer paso crítico en la ofensiva diplomática estadounidense.

El 21 de febrero, el gobierno británico informó al Departamento de Estado de que no podía seguir proporcionando ayuda militar y económica a Grecia y a Turquía. La Administración norteamericana decidió inmediatamente que Estados Unidos debía asumir el papel que hasta ese momento había jugado Gran Bretaña con el fin de bloquear la posible expansión del control soviético sobre el Mediterráneo oriental y también sobre el Oriente Medio y su gran riqueza petrolífera. Para conseguir el apoyo de un Congreso consciente del coste que eso suponía y de una ciudadanía poco dispuesta a aceptar nuevas obligaciones internacionales, Truman pronunció el 12 de marzo un enérgico discurso ante los representantes de la nación en el que pidió 400 millones

de dólares en ayuda militar y económica para los gobiernos de Grecia y Turquía.

Hasta cierto punto, Estados Unidos actuaba en este caso para llenar un vacío de poder creado por el declive de Gran Bretaña. El gobierno griego de derechas libraba una guerra civil contra los comunistas del país, abastecidos por la Yugoslavia comunista. Los turcos, por su parte, se veían sometidos a una presión constante por parte de los rusos, que exigían concesiones en los Dardanelos. Moscú y sus aliados se mostraban dispuestos a beneficiarse de la retirada británica, una inquietante perspectiva que la iniciativa americana trataba de obstaculizar.

Sin embargo, lo particularmente significativo de la «Doctrina Truman» no es el hecho básico de la política de poder que representaba, sino la forma en que el presidente norteamericano eligió presentar su propuesta de ayuda. Utilizando un lenguaje hiperbólico, unas imágenes maniqueas y una simplificación deliberada para reforzar su llamamiento, Truman trató de conseguir un consenso entre los ciudadanos y en el Congreso que respaldara no sólo este compromiso concreto, sino una política exterior norteamericana más activa, una política que se mostrara al mismo tiempo antisoviética y *anticomunista.*

La «Doctrina Truman», pues, vino a significar la declaración de una Guerra Fría ideológica y de una Guerra Fría geopolítica. Sin embargo, abundaba en ambigüedades que tendrían serios efectos a lo

LA «DOCTRINA TRUMAN»

«En el momento presente de la historia mundial –dijo Truman al Congreso al solicitar un paquete de ayuda para Grecia y Turquía–, casi todas las naciones deben elegir entre distintos modos de vida.» Tras enumerar las insidias de la Unión Soviética, aunque sin nombrarla directamente, concluyó con la famosa exhortación según la cual «la política de Estados Unidos debe consistir en ayudar a los pueblos libres que luchan contra las minorías armadas o las presiones exteriores que pretenden sojuzgarlos». Este impresionante compromiso sin plazo definido recibió inmediatamente el nombre de «Doctrina Truman».

largo de todo el conflicto. ¿De qué tipo exactamente era la amenaza que justificaba un compromiso a tal escala? ¿Se trataba del posible aumento del poder soviético, o de la expansión de unas ideas opuestas a los valores norteamericanos? Estos dos peligros, muy diferentes, se fundieron imperceptiblemente en el pensamiento norteamericano.

Tres meses después del histórico discurso de Truman, Estados Unidos anunció públicamente la segunda fase de su ofensiva diplomática. En una alocución pronunciada en la Universidad de Harvard con motivo de la ceremonia de graduación, el secretario de Estado George C. Marshall prometió

ayuda norteamericana a todos los países europeos que estuvieran dispuestos a coordinar sus trabajos de reconstrucción. Los enemigos que Estados Unidos pretendía combatir con lo que pronto habría de recibir el nombre de «Plan Marshall» eran el hambre, la pobreza y la desmoralización que alimentaban el ascenso de la izquierda en la Europa de posguerra, un conjunto de circunstancias provocadas por la lentitud de la reconstrucción y exacerbadas por el invierno más crudo de los últimos ochenta años.

El ministro británico de Asuntos Exteriores, Ernest Bevin, y su homólogo francés, Georges Bidault, respondieron de forma inmediata y entusiasta a la propuesta de Marshall, organizando un encuentro de estados europeos que pronto sugirió un conjunto de principios organizativos para ese programa de ayuda. Gran Bretaña, Francia y otros gobiernos de Europa Occidental vieron en el Plan una oportunidad inmejorable para aliviar sus graves problemas económicos, hacer frente a los partidos comunistas locales y frenar la expansión de la Unión Soviética. Todos ellos compartían gran parte de los recelos de la Administración Truman acerca de los peligros inherentes a la posguerra, aunque tenían por lo general una fijación menor que sus homólogos norteamericanos respecto a la amenaza que la ideología comunista representaba. Los líderes de Europa Occidental recibieron con alegría –y solicitaron– una política norteamericana más

activa en la zona porque esto encajaba con sus necesidades económicas, políticas y de seguridad. El Plan Marshall significó 13.000 millones de dólares en ayuda para Europa Occidental, contribuyendo así a la recuperación e integración económica de la región y restableciendo un importante mercado para los productos norteamericanos. Stalin, temiendo que el Programa de Recuperación Europea viniera a relajar el control que Rusia ejercía sobre sus satélites, prohibió a los países del Este participar en él. Molotov, ministro soviético de Asuntos Exteriores, abandonó la Conferencia de París con la severa advertencia de que el Plan Marshall «dividiría Europa en dos grupos de estados».

Otra parte integrante de la ofensiva diplomática de la Administración Truman fue una decisiva reorientación de su política con respecto a Alemania. Los responsables de la política norteamericana consideraban esencial para sus propósitos la participación en el Plan Marshall de las zonas de Alemania ocupadas por las potencias occidentales, ya que la industria y los recursos de este país constituían un motor indispensable del crecimiento económico europeo. Aun antes de desvelar el Plan, Estados Unidos había tomado medidas para incrementar la producción de carbón en las zonas de ocupación británica y norteamericana, ya unidas por entonces. Los planificadores de Washington estaban convencidos de que la paz y la prosperidad mundiales, así como la seguridad y el bienestar económico de

Estados Unidos, dependían de la recuperación económica europea, y que para que esta recuperación se produjera era necesaria una Alemania fuerte y económicamente revitalizada, lo cual se oponía a cualquier compromiso diplomático con la Unión Soviética sobre esa cuestión primordial.

La insistencia de Marshall en que Alemania participara en el Programa de Recuperación Europea hizo imposible cualquier perspectiva de acuerdo a ese respecto entre las cuatro potencias y condujo directamente al fracaso de las reuniones del Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores mantenidas en noviembre de 1947. «No queremos ni proyectamos aceptar la unificación de Alemania en los términos que Rusia consideraría aceptables», admitió en privado un diplomático norteamericano de alto rango. Al preferir la división del país a correr el riesgo de una Alemania unificada que con el tiempo pudiera alinearse con la Unión Soviética o adoptar una postura neutral –algo tan peligroso como lo anterior–, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia dieron el primer paso, en 1948, hacia la creación de una Alemania Occidental independiente. El embajador británico, Lord Inverchapel, observó acertadamente que para los norteamericanos «la división de Alemania y la absorción de las dos partes por las esferas rivales, oriental y occidental, es preferible a la creación de una tierra de nadie en el límite de una zona de hegemonía soviética en expansión».

Dada la preocupación de Stalin, tantas veces formulada, acerca de la resurrección del poder alemán, esas iniciativas occidentales aseguraban una fuerte reacción soviética. Los líderes norteamericanos la esperaban y no quedaron decepcionados. En septiembre de 1947, durante una conferencia celebrada en Polonia, los soviéticos crearon la Oficina de Información de Países Comunistas (Kominform) como medio para reforzar su control sobre los estados satélites de Europa del Este y los partidos comunistas de Europa Occidental. Tras denunciar el Plan Marshall como parte de una estrategia organizada para forjar una alianza que pudiera servir de «trampolín para atacar a la Unión Soviética», el principal delegado ruso, Andrei Zhdanov, afirmó que el mundo estaba dividido ahora en «dos campos». En febrero de 1948, un golpe de estado auspiciado por los rusos en Checoslovaquia provocó la dimisión de todos los ministros no comunistas del gobierno y, posteriormente, la muerte del ministro de Asuntos Exteriores, Jan Masarik, una figura muy respetada, en circunstancias sumamente sospechosas. Junto con la dura represión de la oposición no comunista en Hungría, el golpe de estado en Checoslovaquia anunció una actitud mucho más dura en el «campo» soviético y contribuyó a que cristalizara la división entre el Este y el Oeste en Europa.

Más tarde, el 24 de junio de 1948, Stalin decidió pasar al ataque. En respuesta a la posición de los

franceses, británicos y norteamericanos con respecto a la reconstrucción y consolidación de Alemania Occidental, los soviéticos prohibieron el acceso por tierra de los aliados a Berlín Occidental. El propósito de Stalin al aislar el enclave occidental de esa ciudad dividida, situada en zona soviética a 160 kilómetros del punto más próximo de la zona norteamericana, era demostrar la vulnerabilidad de sus adversarios, impidiendo así lo que tanto temía: la creación de un estado alemán integrado en el bloque occidental. En uno de los episodios más tensos y celebrados del comienzo de la Guerra Fría, Truman respondió con un puente aéreo que durante las veinticuatro horas del día abasteció de alimentos y combustible a los residentes de un Berlín Occidental sitiado. En mayo de 1949, Stalin levantó finalmente lo que había llegado a convertirse en un bloqueo totalmente inútil y en una desastrosa operación de imagen.

La torpe réplica soviética sólo consiguió profundizar la división entre el Este y el Oeste, excitando en contra suya a la opinión pública de Estados Unidos y Europa Occidental, y acabando con el último resto de esperanza con respecto a un acuerdo sobre Alemania que resultara aceptable para los cuatro países ocupantes. En septiembre de 1949, las potencias occidentales crearon la República Federal Alemana. Un mes después, los soviéticos establecían en su zona de ocupación la República Democrática Alemana. Las dos zonas de la Guerra

Fría en Europa quedaban así claramente demarcadas; la división de Alemania reflejaba la existencia de una división más amplia en una esfera dominada por Estados Unidos y una esfera dominada por la Unión Soviética.

Algunos de los más destacados diplomáticos de Europa Occidental –y más decididamente que ningún otro el ministro de Asuntos Exteriores británico Ernest Bevin–, creían que la creciente colaboración entre Europa y Estados Unidos debía fundamentarse en un acuerdo de seguridad transatlántico. Con este propósito, el antiguo líder sindicalista se convirtió en el primer impulsor del Pacto de Bruselas de abril de 1948. Bevin esperaba que ese acuerdo mutuo de seguridad entre Gran Bretaña, Francia, Holanda, Bélgica y Luxemburgo sirviera de base para una alianza occidental de mayor alcance. Deseaba forjar un mecanismo con el que involucrar a los americanos más a fondo en los asuntos europeos, calmar la preocupación de Francia acerca del resurgimiento de Alemania y contener a los soviéticos, o, como expresó, tosca pero acertadamente, encontrar el medio para «mantener a los americanos dentro, a los soviéticos fuera y a los alemanes debajo».

La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) cumplía los requisitos de Bevin y también los de una Administración Truman decidida a añadir un ancla de seguridad a su nueva estrategia de contención. Constituida en abril de 1949, la OTAN agrupó

a los países firmantes de Bruselas, más Italia, Dinamarca, Noruega, Portugal, Canadá y Estados Unidos, en un pacto de seguridad mutua. Cada uno de los estados miembros accedía a considerar cualquier ataque a uno de ellos como un ataque a la totalidad.

El acuerdo representó para Estados Unidos un cambio histórico con respecto a una de las características tradicionales de su política exterior. Desde su alianza con Francia a fines del siglo XVIII, Washington no había participado en ningún pacto que exigiera tal grado de compromiso, ni había unido sus necesidades de seguridad tan estrechamente a las de otros estados soberanos.

La esfera de influencia, o «imperio», que Estados Unidos forjó en la Europa de posguerra respondía más a sus temores que a sus ambiciones. Fue el producto, además, de una coincidencia de intereses entre este país y las élites de Europa Occidental. Estas últimas merecen el reconocimiento de haber sido coautoras de lo que el historiador Geir Lundestad ha definido como el «imperio por invitación». En este sentido, existieron importantes diferencias entre un «imperio» soviético esencialmente impuesto a gran parte de la Europa del Este y un «imperio» norteamericano resultante de una asociación nacida de unos temores comunes respecto a seguridad y unas necesidades económicas coincidentes.

Aunque se trató sin duda de un proceso crucial en el comienzo de la Guerra Fría, la división de Euro-

pa en dos esferas hostiles de influencia constituye solamente una parte de la historia. Si el conflicto se hubiera limitado a una rivalidad por el poder y la influencia dentro de los límites de Europa, esa historia se habría desarrollado de un modo muy diferente de como finalmente lo hizo. En consecuencia, el siguiente capítulo se centra geográficamente en Asia, el segundo escenario en importancia de la Guerra Fría a comienzos de la posguerra.

3. Hacia la «guerra caliente» en Asia (1945-1950)

Asia se convirtió en el segundo escenario en importancia de la Guerra Fría y en el lugar en que ésta se convirtió en caliente. Naturalmente, Europa emergió tras la Segunda Guerra Mundial como el primer foco de tensión entre los antiguos aliados, generando más controversia y recibiendo una mayor atención por parte de Estados Unidos y de la URSS que el resto del mundo. Ambos países identificaron en este continente intereses que parecían vitales para su seguridad y su bienestar económico, tanto a corto como a largo plazo. Como se ha visto en el capítulo anterior, el desarrollo de la esfera de influencia de Estados Unidos en Europa Occidental y el de la esfera de influencia soviética en Europa del Este constituyen la verdadera esencia de la primera fase de la Guerra Fría, con Alemania como zona cero. Y sin embargo, ambas potencias consiguieron

evitar un conflicto abierto en Europa entre el Este y el Oeste, tanto a finales de los años cuarenta como a lo largo de las cuatro décadas siguientes.

Asia, donde Washington y Moscú tenían también intereses, aunque decididamente menos vitales, no fue tan afortunada. Seis millones de personas perderían la vida en Corea e Indochina en conflictos relacionados con la Guerra Fría. Más aún, el comienzo de la Guerra de Corea en junio de 1950 fue el acontecimiento que precipitó el primer enfrentamiento militar directo entre Estados Unidos y las fuerzas comunistas y, más que ningún otro, el que convirtió la Guerra Fría en una lucha global.

Japón: de enemigo mortal a aliado en la Guerra Fría

La Segunda Guerra Mundial produjo cambios de gran trascendencia a todo lo ancho del continente asiático. La asombrosa serie de conquistas que llevó a cabo Japón en los primeros meses de la contienda –en Singapur, Malasia, Birmania, Filipinas, las Indias Orientales Holandesas, la Indochina francesa y otros lugares– hizo zozobrar el sistema colonial de Occidente en Asia Oriental, al menos temporalmente, mientras destruía el mito de la superioridad racial de los blancos sobre el que descansaba en última instancia ese dominio. «El Im-

perio Británico del Lejano Oriente dependía del prestigio –observó un diplomático australiano en esa época–. Y ese prestigio se ha hecho añicos.» La posterior ocupación de las posesiones coloniales americanas, holandesas, francesas y británicas por parte de los japoneses, racionalizada por el eslogan, tan efectivo como interesado, de «Asia para los asiáticos», aceleró el crecimiento del sentimiento nacionalista entre los pueblos de ese continente y creó el marco idóneo para las revoluciones de corte nacionalista que surgirían al finalizar la guerra. El vacío de poder que dejó la precipitada rendición de Japón el 14 de agosto de 1945 proporcionó tiempo suficiente a los aspirantes nacionalistas para ganar apoyo popular y organizar alternativas locales al dominio japonés, y occidental, que inmediatamente trataron de poner en marcha.

Las luchas épicas por la independencia y la libertad nacional que sostuvieron los pueblos de Asia y de otras regiones del Tercer Mundo después de la Segunda Guerra Mundial figuran entre las fuerzas históricas más poderosas del siglo XX. Hay que subrayar que fueron algo muy distinto del enfrentamiento por el poder y la influencia que mantenían en aquel momento Estados Unidos y la Unión Soviética, y que habrían tenido lugar aunque la Guerra Fría no hubiera existido. Pero la Guerra Fría existió, y su carácter totalizador marcó inevitablemente el carácter, el ritmo y el resultado de esas luchas. La descolonización y la Guerra Fría estaban

destinadas a quedar inextricablemente unidas, moldeándose mutuamente, tanto en Asia como en cualquier otra parte del mundo.

Al comenzar la posguerra, ni Estados Unidos ni la Unión Soviética parecieron reconocer que el viejo orden había sido socavado irreversiblemente en Asia Oriental por la guerra en el Pacífico, como tampoco parecieron reconocer hasta qué punto las corrientes nacionalistas que esa guerra había desatado habrían de cambiar radicalmente las sociedades asiáticas. Inicialmente, los soviéticos siguieron en esa región una política característicamente oportunista pero cautelosa, coherente con su actuación en la Europa de posguerra. Stalin trató de recobrar el territorio controlado por la Rusia zarista, recuperar concesiones económicas en Manchuria y Mongolia Exterior y consolidar la seguridad de los 6.700 kilómetros de frontera que separaban a China de la Unión Soviética. Sus propósitos respondían a la necesidad de mantener esa nación como país amigo pero débil –y preferiblemente dividido– para evitar enfrentamientos con las potencias occidentales, y al deseo de reprimir los impulsos revolucionarios de los partidos comunistas locales. Por su parte, Estados Unidos puso en práctica una política exterior más ambiciosa, que consistía en desmilitarizar Japón, transformar el Pacífico en un lago americano, convertir a China en un aliado fiable y estable, e impulsar una solución moderada al problema colonial.

Sin embargo, primero y ante todo, los planificadores de la política exterior estadounidense consideraron de primordial importancia no permitir que Japón volviera a poner en peligro la paz de la región. Con ese propósito, Washington manifestó su decisión de que fuera Estados Unidos, y sólo Estados Unidos, el encargado de supervisar la ocupación de Japón y la reestructuración del país. Los objetivos de los norteamericanos a este respecto eran tan claros como ambiciosos: utilizar su poder para reconstruir la sociedad japonesa, destruir todo vestigio de militarismo y ayudar a fomentar el desarrollo de instituciones democráticas liberales. En gran medida, lograron su propósito.

Bajo la supervisión del autoritario general Douglas MacArthur, el régimen de ocupación norteamericano puso en marcha una amplia serie de medidas: se inició una gran reforma agraria, se aprobaron leyes que establecían derechos colectivos de negociación y la creación de sindicatos, se llevaron a cabo mejoras en la educación y se concedió la igualdad de derechos a las mujeres. La nueva Constitución de mayo de 1947 renunciaba formalmente a la guerra, prohibía la existencia de fuerzas armadas y sentaba las bases de un sistema representativo, un gobierno democrático sometido a la ley. En palabras de un historiador, fue «quizá la operación más exhaustivamente planificada de toda la historia de un cambio político masivo y dirigido desde el exterior».

A diferencia de Alemania, gobernada directamente por cuatro potencias distintas y dividida administrativa y políticamente entre ellas, Japón continuó bajo el dominio de un solo país, que lo gobernó indirectamente, prefiriendo ejercer su voluntad a través de una estrecha colaboración con la pragmática burocracia gubernamental japonesa. Naturalmente, también a diferencia de Alemania, la soberanía del país permaneció intacta.

Y sin embargo, a pesar de estas notables diferencias, Estados Unidos trató a Japón, especialmente después de 1947, como el equivalente asiático de Alemania Occidental, es decir, como una nación cuya avanzada estructura industrial, mano de obra especializada y capacidad tecnológica la convertían en el motor indispensable del crecimiento económico de la región y en un activo estratégico de incalculable valor en el marco de la Guerra Fría. Conforme aumentaban en Europa las tensiones entre el Este y el Oeste, el régimen de ocupación norteamericano en Japón pasó de concentrarse en la reforma y desmilitarización de un antiguo enemigo a preocuparse por facilitar su rápida recuperación económica. Los estrategas estadounidenses consideraban que un Japón estable, económicamente pujante y proamericano era algo tan esencial para los objetivos de su país en Asia durante la posguerra como lo era con respecto a Europa una Alemania estable, económicamente pujante y proamericana. En ambos casos, los obje-

tivos geopolíticos y económicos formaban un entramado perfecto.

Los expertos norteamericanos consideraban a Japón la nación más importante de Asia debido a su potencial como motor de la recuperación económica de la región y a su valor estratégico. Desde 1947 en adelante, el principal objetivo político del gobierno de Truman en Asia consistió en orientar un Japón próspero y estable hacia Occidente. La Junta de Jefes de Estado Mayor advirtió al presidente de que si Tokio caía bajo la influencia comunista «la Unión Soviética ganaría con ello un potencial bélico equivalente a un veinticinco por ciento de su capacidad». En diciembre de 1949, el secretario de Estado Dean Acheson expresó de forma semejante la importancia estratégica de Japón en relación con el equilibrio de poder entre el Este y el Oeste. «Si Japón se incorporara al bloque comunista –subrayó–, los soviéticos adquirirían una mano de obra especializada y un potencial industrial capaz de alterar significativamente el equilibrio de poder mundial.»

En vista de la enorme importancia de lo que estaba en juego, los estrategas norteamericanos acordaron que proteger a Japón de cualquier amenaza externa comunista y vacunarlo, al mismo tiempo, contra un posible contagio interno debía ser la máxima prioridad de su país en aquella región. A pesar de los notables éxitos que acompañaron en un primer momento a la ocupación, no dejaron de mostrarse inquietos acerca del futuro, temiendo

especialmente que los acontecimientos que tenían lugar al otro lado del Mar de la China pudieran venir a frustrar la perspectiva de un Japón firmemente anclado en Occidente. Con la victoria de Mao Tse-Tung en China a fines de la década de los cuarenta, los analistas estadounidenses temieron que la tradicional dependencia de Japón con respecto a este país, su principal mercado, pudiera atraerlo con el tiempo a la órbita comunista. Después de todo, como dijo el primer ministro japonés Shigeru Yoshida, «China, sea roja o verde, es nuestro mercado natural». La orientación de Japón y el futuro de China no eran problemas que pudieran separarse fácilmente.

El triunfo de los comunistas en China

La proclamación de la República Popular China el 1 de octubre de 1949 no sólo representó un enorme triunfo personal de Mao Tse-Tung y el resto de los líderes de un movimiento comunista que había sido derrotado, perseguido y casi suprimido dos décadas antes por el Kuomintang de Chiang Kai-Shek. Significó también un cambio fundamental en la naturaleza y localización de la Guerra Fría, con importantes implicaciones ideológicas y estratégicas.

Durante la Segunda Guerra Mundial, el gobierno de Roosevelt había apoyado al régimen de Chiang Kai-Shek con una ayuda sustancial, militar

y económica que el exigente generalísimo nunca consideró suficiente. Roosevelt quería transformar al ejército chino en una fuerza de combate antijaponesa efectiva y al régimen de Chiang en un aliado fiable de Estados Unidos, un aliado capaz de asumir un papel estabilizador y nivelador en la posguerra asiática. Para conseguir esos objetivos, se reunió con el líder chino en El Cairo en 1943, antes e inmediatamente después de la cumbre de los «Tres Grandes» celebrada en Teherán, a la cual no fue invitado el líder chino. Durante las conversaciones de El Cairo, el presidente americano halagó a China elevándola simbólicamente a la categoría de gran potencia y se refirió después a este país como a uno de los «cuatro policías» que, junto con Estados Unidos, la Unión Soviética y Gran Bretaña, ayudarían a mantener la paz después de la guerra. Lo hizo así en parte para cimentar la unión de este país con Estados Unidos, en parte para compensar el hecho de que Washington no iba a proporcionar a Chiang la ayuda material adicional que éste había solicitado, y en parte también para mantener a China en la guerra, evitando con ello la desastrosa posibilidad de que llegara a firmar por separado una paz con Japón. Pero ni los gestos simbólicos de Roosevelt ni las misiones diplomáticas y militares que envió con cierta regularidad a Chongqing, la capital del Kuomintang durante la guerra, bastaron para conseguir una colaboración significativa por parte de las tropas de Chiang.

En 1944 los diplomáticos norteamericanos destinados en la zona veían cada vez con mayor escepticismo las perspectivas que ofrecía a largo plazo un régimen hundido en la corrupción y la incompetencia. Por su parte, el gobierno del Kuomintang, nacionalista, estaba convencido de que la principal amenaza con respecto a su existencia procedía no de los japoneses, a quienes sus aliados norteamericanos derrotarían sin duda con o sin la ayuda de China, sino de los comunistas chinos. Bajo el competente liderazgo de Mao, estos últimos se habían convertido, durante los años de ocupación japonesa, en una fuerza militar y política formidable, haciéndose con el control de una vasta porción del centro y norte del país. En lugar de dedicar soldados y material al enfrentamiento con los invasores japoneses, Chiang y sus más cercanos colaboradores decidieron gestionar bien sus valiosos recursos y prepararse para una confrontación con los comunistas que, consideraban, habría de tener lugar, inevitablemente, una vez acabada la guerra.

En febrero de 1945, durante la Conferencia de Yalta, Roosevelt buscó en un lugar inesperado la solución al dilema que China planteaba a la política norteamericana. Desilusionado por la evidente desgana que Chiang Kai-Shek demostraba con respecto a la lucha, consiguió que la URSS se comprometiera a entrar en la guerra contra Japón tres meses después de que acabaran las hostilidades en



3. Mao Tse-Tung, secretario general del Partido Comunista Chino.

Europa. El precio que Stalin puso a ese gesto –que Roosevelt prometiera ayudar a los soviéticos a recuperar las concesiones de la era zarista en Manchuria y Mongolia Exterior– fue aceptado por el presidente norteamericano, para quien reducir la

pérdida de vidas humanas en el desenlace de la Guerra del Pacífico, que se esperaba extremadamente sangriento, revestía una gran importancia. El 14 de agosto, por el llamado oficialmente Tratado Chino-Soviético de Amistad y Ayuda Mutua, Chiang accedió a otorgar a la Unión Soviética esas concesiones a cambio del reconocimiento por parte de Moscú de la soberanía de su gobierno.

No es de extrañar que los comunistas chinos se sintieran traicionados por quienes supuestamente compartían su ideología. Era evidente que, para Stalin, los intereses nacionales rusos estaban por encima de cualquier inclinación sentimental que pudiera experimentar hacia la causa de sus compañeros revolucionarios. De hecho, el líder soviético prefería una China débil y dividida a una China fuerte y unificada, fuera cual fuese su gobernante. Quería que los comunistas chinos siguieran sometidos a Moscú y adivinaba una amenaza en un movimiento intensamente nacionalista que, de adquirir poder, tal vez quisiera imponer su soberanía sobre todo el territorio chino poniendo en peligro la esfera de influencia a la que él aspiraba. El reflexivo dictador soviético, siempre reacio a correr riesgos, deseaba evitar también provocar a Estados Unidos. Se conformó con saquear Manchuria en agosto de 1945 y consolidar los nuevos beneficios comerciales de Moscú allí y en otras zonas fronterizas. Las necesidades de Mao, a quien consideraba un advenedizo capaz de desmandarse y difícil de

controlar, líder de un grupo de comunistas «de margarina», quedaban en segundo plano frente a las necesidades de la patria soviética.

Tras la rendición japonesa, la situación política en China se deterioró progresivamente. Como Chiang Kai-Shek, Mao consideraba muy poco probable una auténtica paz entre los comunistas y el Kuomintang y creía inevitable un conflicto armado. El 11 de agosto ordenó a los cuadros y líderes militares del Partido Comunista «aunar nuestras fuerzas con el fin de prepararnos para una guerra civil». A lo largo del otoño de 1945, tropas nacionalistas y comunistas protagonizaron en el nordeste de China un enfrentamiento en el que Chiang utilizó el material proporcionado por Estados Unidos en un esfuerzo por desalojar a las fuerzas comunistas. Las esperanzas estadounidenses con respecto a una China unificada, pacífica y proamericana se fueron disipando poco a poco. Albert Wedemeyer, el general al mando del pequeño contingente de tropas norteamericanas en aquel país, aconsejó a Washington que respaldara a Chiang incondicionalmente. «Si China llegara a convertirse en un estado marioneta de los soviéticos –profetizó–, lo cual sería exactamente lo que significaría una victoria comunista, la Rusia soviética controlaría prácticamente los continentes europeo y asiático.» Otros analistas norteamericanos expresaron su desacuerdo con ese alarmismo. Convencidos de que Chiang no podía derrotar militarmente

a los comunistas chinos y de que sólo una paz negociada entre comunistas y nacionalistas podría evitar una guerra civil, que sin duda desestabilizaría el país y dificultaría la consecución de los objetivos políticos de Estados Unidos, insistieron en que el líder nacionalista debía llegar a un compromiso con sus rivales políticos en lugar de tratar de aplastarlos. A fines de 1945, el presidente Truman envió a China al general George C. Marshall, el militar norteamericano más experto y respetado de su generación, para que mediara en la búsqueda de una solución pacífica del conflicto.

A comienzos de 1946, Marshall logró una tregua temporal que duró poco tiempo. Los intentos del general norteamericano por conseguir un acuerdo entre Chiang y Mao descansaban en última instancia en la ilusión de que nacionalistas y comunistas podían compartir de algún modo el poder en un gobierno de coalición. A pesar de su imparcialidad, sus esfuerzos fracasaron debido a las diferencias irreconciliables entre las dos partes, ninguna de las cuales estaba dispuesta a compartir el poder con la otra. A fines de 1946, Marshall decidió, acertadamente, que sólo la fuerza de las armas podía poner fin a la lucha, y que en ese enfrentamiento Chiang no podía ganar. La Administración Truman siguió proporcionando ayuda al régimen de Chiang –un total de 2.800 millones de dólares entre la rendición japonesa y 1950–, más para protegerse de los ataques de los partidarios de los nacionalistas chinos

en el Congreso norteamericano y del llamado «lobby chino», que por la convicción de que la ayuda de Estados Unidos haría posible la victoria del Kuomintang. A fines de 1948, la derrota se convirtió en desbandada cuando Chiang y sus colaboradores más cercanos huyeron a la isla de Taiwán. La dramática proclamación de Mao de la nueva República Popular China desde la Puerta de la Paz Celestial de Pekín, en octubre de 1949, vino solamente a formalizar un resultado que la mayoría de los observadores informados anticipaban desde hacía mucho tiempo.

La victoria comunista en la guerra civil china, aunque producto en gran parte de fuerzas complejas generadas en el interior del país, tuvo inevitablemente ramificaciones relacionadas con la Guerra Fría. Un régimen nacionalista apoyado por Estados Unidos –a pesar de la inestable relación, cargada de desconfianza, que unía a Washington con Chiang– había sido derrotado por un movimiento comunista respaldado por la Unión Soviética –a pesar de la inestable relación, cargada de desconfianza, que unía a Moscú con Mao–. Espectadores tanto asiáticos y europeos como del resto del mundo consideraron el resultado de la guerra civil china una derrota importante para Occidente y una victoria de la mayor trascendencia tanto para la Unión Soviética como para el mundo comunista. Así fue valorado también por los críticos de Truman en Estados Unidos, quienes acusaron al

presidente de haber perdido China a causa de unas actuaciones deficientemente planeadas que rayaban en la traición.

Por su parte, los planificadores de Defensa del gobierno de Truman vieron el triunfo del comunismo en China con cierto grado de ecuanimidad, juzgándolo como un decepcionante revés para Estados Unidos más que como un auténtico desastre. En primer lugar, el secretario de Estado Dean Acheson y sus lugartenientes no consideraban una China empobrecida y asolada por la guerra un elemento crucial del equilibrio de poder en el mundo, al menos en un futuro próximo, por lo cual lo que estaba en juego en ese país no era comparable a lo que estaba en juego en Europa o en Japón, o incluso en Oriente Medio. En segundo lugar, concluyeron que una China comunista no conducía necesariamente a un bloque chino-soviético y antiamericano. Algunos estrategas estadounidenses experimentados creían que unas ambiciones geopolíticas enfrentadas obstaculizarían el desarrollo de unos vínculos fuertes entre la Unión Soviética de Stalin y la China de Mao. Finalmente esperaban que la apremiante necesidad de ayuda económica por parte de Pekín podría proporcionar a Estados Unidos la oportunidad que necesitaba de abrir una brecha entre las dos potencias comunistas.

Algunos historiadores creen que Estados Unidos desperdició una oportunidad única para establecer con China en esa importante coyuntura unas rela-

ciones amistosas, o al menos productivas. Había elementos del gobierno comunista chino favorables a mantener una relación positiva con Washington con el fin de conseguir la ayuda que necesitaban para la reconstrucción del país, evitando así una dependencia excesiva del Kremlin. Por parte de Estados Unidos, Acheson creía que, una vez que «se posara el polvo», Washington podía reconocer al gobierno de Pekín y salvar lo que pudiera del desastre de la guerra civil. Sin embargo, investigaciones recientes sugieren que esa «oportunidad perdida» nunca existió. Impulsado por su decisión de levantar el país –una determinación alimentada por su furia contra los imperialistas occidentales que durante tanto tiempo lo habían profanado, y por la necesidad de encontrar un enemigo exterior que le ayudara a conseguir el apoyo popular para sus grandes ambiciones revolucionarias–, Mao se inclinó de forma natural hacia el campo soviético, rechazando las sugerencias de los que le impulsaban a ofrecer a Washington una rama de olivo.

El líder chino viajó a Moscú en diciembre de 1949 y, a pesar de la fría recepción que le ofreció un Stalin todavía receloso, consiguió negociar un tratado de amistad y alianza con la Unión Soviética. Este tratado, que obligaba a las dos potencias a acudir en ayuda de la otra en caso de ataque por parte de una tercera, fue quizá el símbolo más ominoso de que la Guerra Fría se había asentado ahora firmemente en Asia.

La Guerra Fría llega al Sureste Asiático

Las luchas por la independencia en el Sureste Asiático de la posguerra estuvieron tan inextricablemente unidas a la Guerra Fría como lo había estado la guerra civil china. Los nacionalistas de cada país y las potencias coloniales europeas trataron de conseguir la legitimidad internacional y el apoyo externo que necesitaban invocando el enfrentamiento Este-Oeste y envolviendo sus respectivas causas con las vestiduras de la contienda para conseguir ayuda material y diplomática de una de las dos superpotencias. La «globalización» resultante de estas disputas locales inauguró un esquema que había de repetirse a lo largo de todo el período. En un principio, ni Estados Unidos ni la Unión Soviética detectaron intereses vitales en el Sureste Asiático, ni hallaron una conexión significativa entre las luchas por el poder en ese distante rincón del mundo y los conflictos diplomáticos de mucha mayor trascendencia que tenían lugar en Europa. Sin embargo, los retos que planteaban estas dos distintas regiones del globo no podían separarse fácilmente, y a fines de la década de los cuarenta, coincidiendo con el triunfo del comunismo en China, Washington y Moscú comenzaron a considerar el Sureste Asiático otro importante escenario del enfrentamiento Este-Oeste.

Antes de la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética no había dedicado una gran atención a

esta zona. Más aún, su lentitud en reconocer las ventajas geopolíticas que podía cosechar si llegaba a alinearse con las insurrecciones lideradas por comunistas en esa región fue sorprendente. Por su parte, Washington, como Moscú, prestó escasa atención al Sureste Asiático en el período siguiente a la Segunda Guerra Mundial. Renunció a sus posesiones coloniales en Asia, presidiendo en Filipinas, en julio de 1946, un ordenado traspaso de la soberanía a un gobierno independiente y proamericano, y mantuvo una presencia visible en el archipiélago exigiendo el derecho a unas bases que contribuyeron a proporcionar al ejército norteamericano un formidable potencial aéreo y naval que podía proyectar a todo el Pacífico. Pero aparte de esas bases militares y de un deseo general de paz, de estabilidad y de un régimen comercial más abierto con respecto a esa región, el interés de Estados Unidos por el Sureste Asiático parecía mínimo.

El gobierno de Truman alentó a los británicos, franceses y holandeses a seguir su ejemplo en Filipinas y a transferir gradualmente las riendas de la autoridad civil a las élites locales prooccidentales, sin renunciar a cierto grado de influencia política, comercial y de seguridad en las antiguas colonias, un modelo que parecía a los expertos norteamericanos el más adecuado para conseguir a largo plazo la paz y la prosperidad que los intereses de Estados Unidos requerían, allí y en cualquier otra parte.

Los británicos, bajo el gobierno laborista del primer ministro Clement Attlee, adoptaron básicamente la misma fórmula, negociando la devolución pacífica del poder en la mayoría de sus posesiones asiáticas. India y Pakistán consiguieron la independencia en 1947; Birmania y Ceilán, en 1948. Sin embargo, los franceses y los holandeses estaban decididos a recuperar el control de Indochina y las Indias Orientales, que habían sido ocupadas por los japoneses durante la guerra. Su poca disposición a ceder frente a lo que Gran Bretaña y Estados Unidos juzgaban acertadamente una fuerza histórica irreversible no sólo causó un derramamiento de sangre innecesario, sino que añadió una clara coloración de Guerra Fría a las dos luchas por la descolonización más conflictivas del primer período de la posguerra.

Estados Unidos trató inicialmente de mantener una postura pública de imparcialidad y neutralidad con respecto a los enfrentamientos de Francia con Vietnam y de Holanda con Indonesia. Se esforzó por evitar, en la medida de lo posible, la enemistad tanto de los colonialistas europeos como de los nacionalistas asiáticos, manteniendo al mismo tiempo cierta influencia sobre unos y otros. Sin embargo, en la práctica, el gobierno de Truman se puso, desde un principio, de parte de sus aliados europeos; consideraba a Francia y a Holanda países demasiado valiosos para la emergente coalición antisoviética como para arriesgarse a provocar su rechazo al ondear la bandera anticolonialista.

Ho Chi Minh y Sukarno, los líderes de los movimientos nacionalistas de Vietnam y de Indonesia, acudieron a Estados Unidos en busca de ayuda basándose en las promesas que había hecho este país durante la guerra en favor de la autodeterminación. Ambos quedaron decepcionados cuando Washington hizo oídos sordos a sus peticiones. Por otra parte, la ayuda que prestaba indirectamente a los imperios que deseaban derrocar despertó en ellos un claro resentimiento.

Entre 1948-1949 una serie de factores relacionados entre sí y ajenos a la región llevó a los líderes estadounidenses a preocuparse por los asuntos del Sureste Asiático y a intervenir en ellos. Los violentos conflictos coloniales de Indochina y las Indias Orientales, junto con la insurgencia liderada por los comunistas en la Malasia británica, constituyeron un obstáculo significativo en la recuperación de Europa Occidental. Las materias primas del Sureste Asiático habían contribuido tradicionalmente a la vitalidad económica y a la capacidad de obtención de dólares por parte de Gran Bretaña, Francia y Holanda. Sin embargo, la inestabilidad en aquella región no sólo dificultó dicha contribución, sino que absorbió un dinero, unos recursos y una mano de obra necesarios para el Plan Marshall y la incipiente Alianza Atlántica, uno y otra prioritarios para Estados Unidos durante la Guerra Fría.

Los expertos norteamericanos estaban convencidos de que la agitación política y el consiguiente

estancamiento económico en aquella zona obstaculizaban también la recuperación de Japón, un país que necesitaba de mercados extranjeros para su supervivencia económica. Con la consolidación del control comunista en China, los responsables de la política exterior estadounidense desaconsejaron el comercio con este país, el mayor mercado para Japón antes de la guerra, temiendo que unos estrechos vínculos comerciales pudieran acercar políticamente a Tokio y a Pekín. La respuesta más prometedora para el dilema que se presentaba a las exportaciones japonesas consistía en encontrar mercados alternativos, pero antes era necesario poner fin al desorden político y económico de la región. La emergencia de un régimen comunista en el país más populoso de Asia fue el otro factor externo que impulsó a Estados Unidos a adoptar una postura más activa con respecto al Sureste Asiático. Los analistas norteamericanos temían las tendencias expansionistas de China; si la posibilidad de que utilizara su potencial militar para controlar una parte del Sureste Asiático suponía una amenaza, la probabilidad de que proporcionara ayuda a las insurgencias revolucionarias añadía una más a la anterior.

Como respuesta a estos problemas, Estados Unidos estableció una serie de nuevos compromisos destinados a impulsar la estabilización política de la zona y, al mismo tiempo, a contener la amenaza china. Más significativo fue que abandonara

su postura casi neutral con respecto al conflicto de Indochina para apoyar abiertamente a los franceses, reconociendo oficialmente, en febrero de 1950, el gobierno títere instaurado por los franceses y encabezado por el anterior emperador Bao Dai, al que prometió apoyo militar directo. La Administración Truman incrementó también su ayuda a las fuerzas británicas que combatían la insurrección comunista en Malasia y se comprometió a proporcionar asistencia técnica y económica a los gobiernos de Birmania, Tailandia, Filipinas e Indonesia. Este último país consiguió la independencia en diciembre de 1949, tras sostener con los holandeses una dura lucha debida en parte a que Estados Unidos había abandonado también allí su postura casi neutral, aunque en este caso para presionar a un aliado europeo con el fin de que reconociera lo que parecía un movimiento nacionalista moderado y decididamente no comunista.

Donde los Estados Unidos percibían peligros, sus adversarios de la Guerra Fría veían oportunidades. Fuertes vínculos fraternales e intereses paralelos contribuyeron a que Mao, Stalin y Ho Chi Minh forjaran un frente común. Este último –comunista desde hacía tres décadas con una larga experiencia en la Internacional Comunista y patriota vietnamita con impecables credenciales– viajó secretamente a Pekín en enero de 1950 con el fin de conseguir del nuevo gobierno chino recono-

cimiento diplomático y ayuda material. Al mes siguiente se trasladó a la Unión Soviética, donde pidió personalmente ayuda a Stalin, y también a Mao, que se encontraba en aquel momento en Moscú negociando, no sin dificultades, el que habría de convertirse en tratado de alianza chino-soviético. Los esfuerzos de Ho Chi Minh dieron fruto. A comienzos de 1950, tanto Moscú como Pekín reconocieron oficialmente la recién nacida República Democrática de Vietnam; poco después,

HO CHI MINH

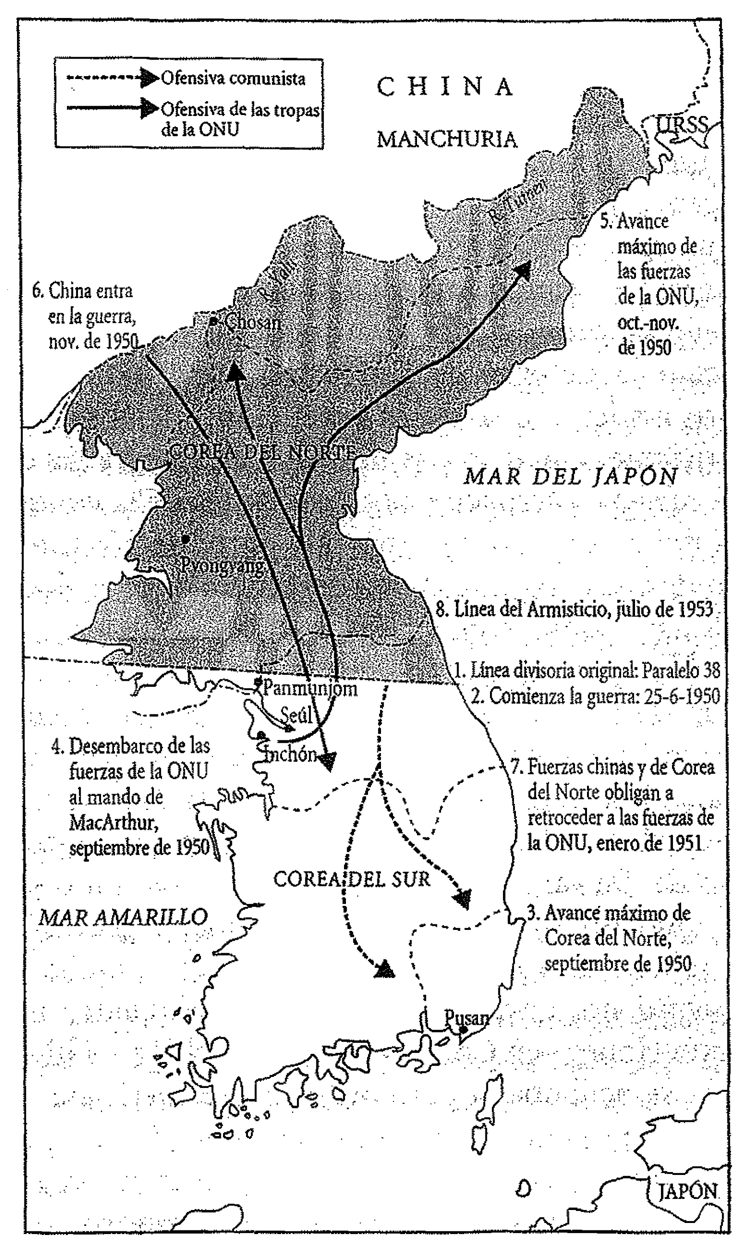
El legendario líder nacionalista de Vietnam nació en 1890 en el seno de una familia relativamente culta y privilegiada. Tras negarse a trabajar para el régimen colonial francés, abandonó su hogar en 1912 y más tarde se instaló en París, donde pasó a formar parte de la comunidad de exiliados vietnamitas. Ingresó en el Partido Comunista Francés en 1920, recibió adiestramiento ideológico y organizativo en la Unión Soviética y trabajó como agente de la Internacional Comunista (Komintern) durante los años veinte y treinta. En 1930 fundó el Partido Comunista de Indochina. Al volver a Vietnam en 1941, tras una ausencia de casi treinta años, organizó el Vietminh como alternativa nacionalista al dominio francés y japonés. El 2 de septiembre de 1945, tras la rendición de Japón, proclamó la República Democrática de Vietnam independiente.

Mao proporcionaba material y entrenamiento militar a los combatientes del Vietminh. El líder chino creía que con su apoyo a los comunistas de Vietnam podía contribuir a defender la frontera meridional de China, a reducir la amenaza que suponían Estados Unidos y sus aliados, y a conseguir un papel central en la lucha contra el imperialismo en el continente asiático. Mao creó un Grupo Asesor Militar que envió a Vietnam del Norte para que colaborara en la organización de la resistencia de Ho Chi Minh contra los franceses y aportara experiencia a su estrategia militar. El comienzo del conflicto de Corea en junio de 1950 intensificó tanto el interés de Mao por el Vietminh y su apoyo a dicha causa como el interés de Estados Unidos por la causa y la actividad militar francesas en Indochina.

La guerra llega a Corea

A primera hora de la mañana del 25 de junio de 1950, una fuerza de ataque compuesta por cerca de 100.000 norcoreanos, armados con más de 1.400 piezas de artillería y acompañados por 126 tanques, cruzó el paralelo 38 y entró en Corea del Sur. La inesperada invasión marcó el comienzo de una nueva fase, mucho más peligrosa, de la Guerra Fría, no sólo en Asia sino en el mundo entero. Convencido de que el ataque sólo podía haber te-

nido lugar con la ayuda de la Unión Soviética y de China –una valoración correcta, confirmada por la información ahora disponible–, y seguro de que anunciaba una ofensiva más audaz y agresiva de alcance mundial por parte de las potencias comunistas, el gobierno de Truman respondió con firmeza enviando inmediatamente fuerzas navales y aéreas para detener el avance norcoreano y reforzar la defensa de Corea del Sur. Cuando se hizo evidente que esa intervención inicial no era suficiente, envió tropas de combate integradas en las fuerzas internacionales resultantes de la condena del ataque norcoreano por parte de Naciones Unidas. «El ataque a Corea deja fuera de toda duda –declaró Truman en su discurso del 27 de junio al pueblo norteamericano– que el comunismo ha pasado de utilizar la subversión a conquistar naciones independientes, y que utilizará la invasión armada y la guerra.» En ese mismo discurso reveló que había ordenado enviar a la VII Flota al estrecho de Taiwán, aumentar la ayuda a los franceses en Indochina y enviar ayuda adicional al gobierno proamericano de Filipinas, que se enfrentaba al movimiento guerrillero huk. Tras esas cuatro intervenciones –en Corea, China, Indochina y Filipinas– se ocultaba la percepción norteamericana de que un movimiento comunista global liderado por la Unión Soviética y su nuevo aliado chino suponía una amenaza de formidables proporciones contra los intereses de Occidente.



La Guerra de Corea (1950-1953)

Es difícil exagerar el impacto que el conflicto de Corea causó en la Guerra Fría. No sólo condujo a su intensificación y su expansión geográfica, amenazando con provocar un enfrentamiento más amplio entre Estados Unidos y las potencias comunistas, y fomentando la hostilidad entre el Este y el Oeste, sino que tuvo también como resultado un enorme aumento de los gastos de Defensa estadounidenses y una militarización y globalización de la política exterior norteamericana.

Fuera de Asia, el conflicto de Corea aceleró también el fortalecimiento de la OTAN, el rearme de Alemania y el emplazamiento de tropas estadounidenses en suelo europeo. «Fue la guerra de Corea, y no la Segunda Guerra Mundial, la que convirtió a Estados Unidos en una potencia política y militar mundial», aseguró el diplomático Charles Bohlen. Los investigadores han corroborado su opinión con rara unanimidad, al reconocer en ese conflicto el punto de inflexión en la historia internacional de la posguerra. «El compromiso real de Estados Unidos de contener el comunismo allá donde se originara partió de los acontecimientos que rodearon la guerra de Corea», afirma John Lewis Gaddis. Warren I. Cohen la define como «una guerra que vino a alterar la naturaleza del enfrentamiento entre la Unión Soviética y Estados Unidos; lo que era una rivalidad política sistémica pasó a ser una confrontación militarizada que obedecía a motivos ideológicos y suponía una amenaza para la supervivencia del planeta».

Sin embargo, como afirma Cohen, «que una guerra civil en Corea se convirtiera en el punto de inflexión de las relaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos en la posguerra dando lugar a la posibilidad de una guerra mundial parece retrospectivamente, como mínimo, extraño». Ciertamente, tras la Segunda Guerra Mundial, pocos lugares parecían tener menos probabilidades de convertirse en el foco de la rivalidad de las grandes potencias.

Ocupada y gobernada como colonia por Japón desde 1910, Corea se mencionaba durante la guerra sólo como un territorio de poca importancia cuyo destino recaía sobre los hombros ya sobrecargados de los aliados. En la Conferencia de Potsdam, norteamericanos y soviéticos acordaron compartir las responsabilidades de la ocupación dividiendo temporalmente el país por el paralelo 38, y acordaron también trabajar por el establecimiento de una Corea unificada e independiente en cuanto fuera posible. En diciembre de 1945, durante una reunión de ministros de Asuntos Exteriores en Moscú, los soviéticos aceptaron la propuesta de Estados Unidos de crear una comisión conjunta para preparar la elección de un gobierno provisional coreano como primer paso para la independencia. Pero ese plan fracasó, víctima de las tensiones de la Guerra Fría, que actuaban en contra de toda colaboración o compromiso entre Moscú y Washington. En 1948, la división entre los ocupantes se había agudizado. En el norte, un régimen prosoviético lide-

rado por Kim Il-Sung, que había luchado contra los japoneses, adoptaba la apariencia de un régimen independiente. Lo mismo hacía en el sur un régimen proamericano liderado por un acérrimo anticomunista, Syngman Rhee, nacionalista coreano de larga experiencia. Ambos hacían sonar sus sables regularmente a ambos lados de la frontera; ni Corea del Norte ni Corea del Sur estaban dispuestas a aceptar una división permanente de su patria.

En 1948, el gobierno de Truman había comenzado a retirar sus tropas de la península en un esfuerzo por liberarse airosamente del compromiso adquirido con Corea. Sus estrategas creían no sólo que el despliegue de fuerzas norteamericanas en el mundo entero había sobrepasado los límites convenientes, y que por lo tanto se hacía necesaria una retirada, sino que, de hecho, Corea poseía un valor estratégico mínimo. La invasión de Corea del Sur dos años después cambió este planteamiento. Aunque quizá careciera de un gran valor estratégico, Corea se convirtió en un poderoso símbolo, especialmente en vista del papel que Estados Unidos jugaba como partera y protector del régimen de Seúl. Más aún, el ataque de Corea del Norte, autorizado y apoyado por la Unión Soviética y por China, amenazaba la credibilidad de Estados Unidos como potencia global y regional en la misma medida en que amenazaba la supervivencia del gobierno surcoreano. A juicio de Truman, Acheson y

otros políticos experimentados, lo que estaba en juego en aquel país tenía una enorme importancia. En consecuencia, el presidente autorizó rápidamente la intervención militar norteamericana sin que se alzara en su contra ni una sola voz. «Si la ONU cede ante la fuerza de esta agresión –declaró públicamente Truman el 30 de noviembre–, ninguna nación estará a salvo. Si la agresión triunfa en Corea, podemos esperar que se extienda a través de Asia y Europa a este hemisferio. En Corea luchamos por la seguridad y la supervivencia de nuestro país.»

Esa afirmación se produjo inmediatamente después de que tropas integradas por «voluntarios» chinos entraran en la contienda, un acontecimiento que cambió el carácter del conflicto, y podría decirse que también el de la Guerra Fría. Truman y sus asesores militares se confiaron en exceso cuando MacArthur cambió el curso de los acontecimientos, en septiembre de 1950, con su legendario desembarco de Inchón. Las fuerzas de Naciones Unidas entraron bajo su mando en Corea del Norte el 7 de octubre; el 25 del mismo mes, algunas unidades avanzadas llegaron al río Yalu, frontera de Corea del Norte con China. Conforme se acercaban a territorio chino, Mao informó a Stalin de que había decidido enviar tropas al otro lado del río. «La razón –explicó– es que si permitimos a Estados Unidos ocupar Corea y las fuerzas revolucionarias coreanas sufren una derrota decisiva, los ame-

ricanos actuarán sin freno en perjuicio de todo Oriente.» Mao vio también implicaciones globales y regionales en el resultado del conflicto de Corea. MacArthur, que tan desdeñosamente había subestimado la amenaza militar china y cuyas fuerzas casi habían sido expulsadas de Corea del Norte para fines de noviembre, informó a la Junta de Jefes de Estado Mayor: «Nos enfrentamos a una guerra totalmente nueva».

Para entonces el mundo se enfrentaba también a una Guerra Fría totalmente nueva, una guerra cuyas fronteras llegaban mucho más allá de Europa. El régimen de Mao en China, la alianza de chinos y soviéticos, la ayuda prestada por China y la Unión Soviética al aventurismo norcoreano, la intervención de fuerzas de Estados Unidos y la ONU en Corea, la consiguiente intervención de tropas chinas, la presencia de elementos comunistas en los movimientos nacionalistas del Sureste Asiático, todo ello aseguraba que la Guerra Fría mantendría una presencia abrumadora en Asia durante largo tiempo. La Guerra de Corea se prolongó sin resultado concluyente hasta julio de 1953, cuando los dos bandos enfrentados firmaron un armisticio que se redujo a poco más que un intercambio de prisioneros de guerra y a una vuelta al *statu quo ante bellum.* El paralelo 38 siguió constituyendo una ominosa línea divisoria, no sólo entre Corea del Norte y Corea del Sur, sino también entre los dos bloques, el oriental y el occidental.

4. Una Guerra Fría global (1950-1958)

Con el conflicto de Corea, la Guerra Fría adquirió una proyección cada vez más global. En la década siguiente al comienzo de esa contienda, pocos rincones del mundo consiguieron mantenerse ajenos a la red de rivalidad, competición y conflicto en que se hallaban atrapadas las superpotencias. De hecho, los principales puntos críticos en los años cincuenta y sesenta –Irán, Guatemala, Indochina, Taiwán, Suez, Líbano, Indonesia, Cuba y el Congo– se encontraban muy alejados de los límites originales de la Guerra Fría. Sólo el conflicto de Berlín, que provocó las crisis entre la Unión Soviética y Estados Unidos de 1958 y de 1961-1962, corresponde al conjunto de enfrentamientos que precipitaron la ruptura entre el Este y el Oeste inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial.

Entre 1950 y 1958, la Guerra Fría se trasladó desde el centro de la política internacional a la periferia. Los norteamericanos y los soviéticos localizaron intereses económicos y psicológicos de crucial importancia en las zonas en desarrollo de Asia, el Cercano Oriente, Latinoamérica y África, y, en consecuencia, trataron de adquirir en ellas recursos, bases, aliados e influencia. En los años cincuenta, esas regiones se convirtieron en el foco del enfrentamiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética, una posición que mantendrían a lo largo de las tres décadas siguientes. La división en Europa entre el Este y el Oeste, por el contrario, alcanzó un grado notable de estabilidad; la idea de que se desencadenara un enfrentamiento militar en ese continente se convirtió en algo cada vez más difícil de aceptar para los líderes soviéticos y norteamericanos, quienes reconocían que, de producirse, se convertiría sin duda en un enfrentamiento nuclear. El hecho de que prácticamente todas las guerras que surgieron durante la Guerra Fría se libraran en el Tercer Mundo –y de que, de los aproximadamente 20 millones de personas que perdieron la vida como consecuencia de acciones bélicas entre 1945 y 1990, todas menos 200.000 murieran en distintos lugares del Tercer Mundo– es especialmente revelador.

Sin embargo, durante la segunda década de la Guerra Fría se desarrolló una carrera armamentística entre los Estados Unidos y la Unión Soviética

que provocó el temor a un error de cálculo o una escalada incontrolable que resultara en una terrible devastación y en la pérdida de millones de vidas humanas. Estos temas –la expansión geográfica de la Guerra Fría hacia la periferia, la consecución de una estabilidad y una paz relativas en Europa y el constante desarrollo del arsenal militar en ambos bandos– constituyen el objeto de este capítulo.

Estabilización de las relaciones Este-Oeste

Aunque la Guerra de Corea impulsó la militarización y la globalización de la Guerra Fría, también, irónicamente, puso en marcha diversas fuerzas que ayudaron a estabilizar las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética, institucionalizando al mismo tiempo la división de Europa en Este y en Oeste de un modo que redujo la posibilidad de una guerra entre las superpotencias. Convencidos tras el ataque de Corea del Norte de que se enfrentaban a un enemigo más agresivo y peligrosamente oportunista de lo que creían, y cada vez más preocupados por la vulnerabilidad de Europa Occidental frente a una ofensiva militar soviética, los responsables de la política exterior norteamericana redoblaron sus esfuerzos por fortalecer la OTAN. A finales de la década de 1950, Truman había enviado cuatro divisiones a Europa a pesar de la opo-

sición de destacados senadores y diputados republicanos, había comenzado la transformación de la OTAN en una auténtica alianza militar con una estructura de mando integrada, había nombrado al general Dwight Eisenhower, muy popular desde la Segunda Guerra Mundial, primer comandante supremo de la organización y había iniciado planes para rearmar a Alemania.

El rearme de este país constituyó la máxima prioridad para el gobierno de Truman. Los estrategas norteamericanos consideraban a los soldados alemanes esenciales para la defensa de Europa; creían también que una Alemania rearmada que hubiera recuperado su total soberanía era necesaria para la integración del país en la órbita de Occidente y para apuntalar el gobierno del canciller proamericano Konrad Adenauer. Sin embargo, el fantasma de una Alemania rearmada al poco tiempo de la desaparición de un régimen que había traído a Europa horrores sin precedentes aterraba a Francia y a otros aliados europeos. Para tranquilizarlos, Estados Unidos aceptó la propuesta sugerida por los franceses de crear una Comunidad de Defensa Europea (CDE), cuyos complejos acuerdos permitirían un aumento limitado de las fuerzas armadas de Alemania Occidental, fuerzas que quedarían después integradas en un ejército europeo.

Los soviéticos trataron en vano de frustrar el proceso del rearme alemán presentando a los alia-

dos occidentales, en la primavera de 1952, una serie de notas diplomáticas que exigían una Alemania unificada y neutralizada. Una vez más, la posibilidad de una nación alemana revitalizada, con un poder económico y militar supervisado por Estados Unidos y vinculada al bloque occidental, obsesionaba a Stalin y al Politburó, impulsándolos a proponer una solución menos amenazadora, aunque arriesgada, al problema. Pero Washington rechazó la propuesta de Moscú sin contemplaciones. Una Alemania unificada y neutralizada representaba una pesadilla estratégica para los norteamericanos; un estado semejante podía, con el tiempo, inclinarse hacia la esfera soviética alterando así el equilibrio de poder en Europa. Y eso precisamente era lo que el gobierno de Truman estaba decidido a impedir.

Los soviéticos se resignaron pronto al *fait accompli* de una Alemania permanentemente dividida y, como respuesta, tomaron medidas que resultaron en el reconocimiento de la llamada República Democrática Alemana como estado soberano en marzo de 1954. Stalin y sus sucesores sabían que la integración de una Alemania Occidental soberana y rearmada en la esfera de Estados Unidos inclinaría significativamente la balanza de poder económico y militar hacia Occidente, pero sabían también que esa posibilidad suponía un riesgo menor que el que significaba el resurgimiento de un estado alemán autónomo y unificado que actuara como mecanis-

mo regulador de la política europea y representara una amenaza potencial a la seguridad soviética.

A comienzos y mediados de la década de 1950 se dio una sorprendente convergencia entre el pensamiento de los estrategas occidentales y soviéticos con respecto a la cuestión alemana, una convergencia que facilitó la estabilización de Europa e hizo posible una moderada reducción de la tensión entre el Este y el Oeste. Como expresó en privado el ministro de Asuntos Exteriores británico Selwyn Lloyd, en junio de 1953, «unificar Alemania mientras Europa está dividida, si ello es posible, supone un peligro para todos. Por lo tanto, cada uno de nosotros –el doctor Adenauer, los rusos, los americanos, los franceses y nosotros mismos– cree que, por el momento, una Alemania dividida es más segura. Pero ninguno se atreve a decirlo abiertamente por el efecto que ello causaría en la opinión pública alemana. Por esa razón apoyamos públicamente una Alemania unida, cada uno a su manera».

Cuando en el verano de 1954 la Asamblea Francesa rechazó el tratado de la Comunidad de Defensa Europea, los británicos idearon inmediatamente un medio alternativo para conseguir una Alemania Occidental integrada y rearmada. Su plan, al que se adhirió el gobierno de Dwight Eisenhower, exigía utilizar la OTAN como marco restrictivo dentro del cual debía tener lugar el rearme alemán. Más tarde, ese mismo año, durante una solemne confe-

rencia celebrada en París, los países de la OTAN aceptaron esta nueva fórmula para rearmar a Alemania Occidental, devolverle la soberanía y terminar con la ocupación estadounidense, británica y francesa. En mayo de 1955, una República Federal Alemana soberana ingresó en la organización.

A pesar de los numerosos reveses sufridos durante el camino, Estados Unidos logró alcanzar sus principales objetivos en Europa con la negociación de los acuerdos contractuales alemanes, consiguiendo una OTAN reforzada y, al mismo tiempo, una Alemania Occidental soberana y rearmada. Había logrado también propiciar una reconciliación entre París y Bonn y promover una Europa Occidental políticamente más integrada y económicamente pujante. «El plan norteamericano consistía en crear una Europa no comunista próspera –observa el historiador Melvyn P. Leffler–. Su meta era neutralizar cualquier intento del Kremlin por apoderarse del Occidente europeo en tiempo de guerra, intimidarlo en tiempo de paz y atraer a Alemania Occidental hacia su órbita en cualquier momento.» Casi diez años después del fin de la guerra en Europa, esa meta parecía a punto de alcanzarse.

A comienzos de 1953 tuvieron lugar en Washington y Moscú los primeros cambios de liderazgo desde el comienzo de la Guerra Fría. Pero los nuevos dirigentes hicieron poco por reducir la desconfianza mutua y el recelo causante de que la rela-

ción entre las dos superpotencias hubiera llegado a un punto muerto. Eisenhower y su principal asesor para política exterior, el secretario de Estado John Foster Dulles, estaban, de hecho, decididos a proseguir con la Guerra Fría con mayor vigor aún que sus predecesores demócratas. El programa del Partido Republicano de 1952, en un pasaje debido a Foster Dulles, denunciaba los «trágicos errores» cometidos por los demócratas en política exterior, y condenaba la estrategia de contención de la Administración Truman como una política «negativa, inútil e inmoral» que dejaba «a incontables seres humanos a merced de un comunismo ateo y despótico». Ni siquiera la muerte de Stalin, ocurrida en marzo de 1953, ni las vagas propuestas de paz de los líderes que habían sustituido al que durante tanto tiempo había gobernado como dictador, hicieron mella en la convicción de Eisenhower y sus principales estrategas de que se enfrentaban a un enemigo taimado e implacable. Estaban persuadidos de que la Unión Soviética representaba una amenaza ideológica, política y militar de primer orden; era un adversario que parecía insensible a las concesiones mutuas de la diplomacia tradicional, y con el que sólo se podía tratar desde una posición de fuerza abrumadora. «Se trata de un conflicto irreconciliable», aseguró Dulles al Comité de Asuntos Exteriores del Senado durante las sesiones de su confirmación. El venerable Winston Churchill, que de nuevo ocupaba el cargo de primer mi-

nistro en Gran Bretaña, exigió una cumbre para tantear la posibilidad de llegar a un compromiso diplomático con Moscú, pero Eisenhower rechazó su propuesta, juzgándola privadamente de bandazo insensato y prematuro hacia el apaciguamiento.

Por su parte, los nuevos líderes de la Unión Soviética respondieron al rearme de Alemania y al fortalecimiento de la OTAN consolidando su dominio sobre Europa del Este. La oleada de huelgas, protestas y otras formas de resistencia al dominio soviético que tuvo lugar en la Alemania del Este en junio de 1953 –junto al camino hacia la independencia que había abierto el dirigente yugoslavo Josip Broz Tito– acabó con la vaguedad del control de Moscú en su propia esfera de influencia. El 14 de mayo de 1955, los soviéticos formalizaron los lazos que les unían con sus «aliados» de la Europa del Este –la República Democrática Alemana, Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumanía, Bulgaria y Albania– con la formación del Pacto de Varsovia, una laxa alianza militar surgida como reacción defensiva frente a las actuaciones del bloque occidental en Alemania y en el seno de la OTAN, y que simbolizó el endurecimiento de la división en el continente. Sólo un día después, los soviéticos firmaron, junto con los aliados, un tratado de paz con Austria que implicaba el fin de la ocupación en ese país a cambio de la creación de un estado neutral y soberano. Moscú ofreció también a Occidente nuevas propuestas para detener la carrera de

armamento, trató de llegar a un *modus vivendi* con Yugoslavia y lanzó una serie de audaces iniciativas diplomáticas en el Tercer Mundo.

La actuación del exuberante pero flexible Nikita Kruschev, el líder del Partido Comunista que había surgido como figura dominante en la Unión Soviética postestalinista, contribuyó a hacer posible la cumbre que tanto deseaba Churchill. En julio de 1955, los jefes de gobierno de Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética se reunieron en Ginebra por primera vez desde la Conferencia de Potsdam, diez años antes. Aunque no dio lugar a avance alguno con respecto a Alemania, al desarme o a ninguna otra cuestión importante, el hecho de que la cumbre se celebrara pareció anunciar un capítulo más conciliatorio y de mayor cooperación en las relaciones entre el Este y el Oeste. En el sentido más amplio, la Conferencia de Ginebra vino a confirmar la táctica de ambos bandos de aceptación del *statu quo* existente en Europa, junto con el entendimiento implícito de que ninguno de los dos se arriesgaría a iniciar una guerra para derribarlo. Significativamente, dos meses después de terminar la conferencia, Moscú estableció relaciones diplomáticas con la República Federal Alemana.

En un discurso trascendental pronunciado durante el XX Congreso del Partido Comunista en Moscú en febrero de 1956, Kruschev censuró duramente los crímenes y los errores de política ex-

terior de Stalin. En ese discurso secreto, de cuatro horas de duración, el líder soviético abogó por una «coexistencia pacífica» con los poderes capitalistas e incluyó el reconocimiento de que existían diferentes caminos para llegar al socialismo. Su contenido, que se difundió muy pronto, sorprendió tanto a los comunistas como a los no comunistas.

La perspectiva de una posible reducción del control soviético animó a los aspirantes a reformistas de la Europa del Este. Pero intelectuales, estudiantes y trabajadores descubrieron pronto las limitaciones de la tolerancia del Kremlin con respecto a la diversidad y la independencia nacional. En junio, las protestas de los trabajadores en Polonia, un país tranquilo durante largo tiempo, se convirtieron en la expresión de una resistencia directa a la Unión Soviética. Después de utilizar al Ejército Rojo para sofocar los disturbios de inspiración nacionalista en Varsovia, Kruschev cambió de táctica y accedió al nombramiento de Wladyslaw Gomulka, un reformista expulsado del gobierno en una purga estalinista, como secretario general del Partido Comunista Polaco.

Una agitación semejante en Hungría tuvo un final más trágico. El 23 de octubre, lo que comenzó como una serie de protestas estudiantiles en todo el país se convirtió en una insurrección en toda regla contra la presencia militar soviética. Cuando, a fines de ese mismo mes, el gobierno reformista de Imre Nagy anunció la decisión de Hun-

gría de abandonar el Pacto de Varsovia, declararse una nación neutral y pedir el apoyo de Naciones Unidas, Kruschev llegó al límite de su tolerancia con respecto al cambio político en Europa del Este. No hacer nada, reflexionó privadamente el líder soviético, «daría un gran impulso a los americanos, los ingleses y los franceses». La invasión anglofrancesa de Egipto, ocurrida el 31 de octubre, unida a la campaña de Eisenhower por la reelección presidencial, que entraba entonces en su etapa final, proporcionó al líder soviético lo que él consideró un «momento favorable» para el uso de



4. Protesta contra la Unión Soviética en Hungría. Noviembre de 1956.

la fuerza militar. En consecuencia, el 4 de noviembre, 200.000 soldados soviéticos y del Pacto de Varsovia, respaldados por 5.500 tanques, sometieron a los rebeldes húngaros con una fuerza avasalladora. El desigual enfrentamiento costó la vida a unos 20.000 húngaros y a 3.000 soviéticos. El 8 de noviembre la rebelión había sido sofocada.

El gobierno de Eisenhower, que tanto había hecho por alentar la resistencia antisoviética con su retórica proliberación y con las emisiones de la radio «Free Europe», poco pudo hacer aparte de lamentar la brutalidad rusa. Los norteamericanos estaban tan poco dispuestos a provocar una conflagración mundial a causa de unos acontecimientos ocurridos en la esfera de influencia soviética como lo estaban los soviéticos con respecto a cualquier acontecimiento ocurrido en Europa Occidental.

A mediados de la década de 1950, un nuevo orden emergía en el continente europeo; de hecho, unos cuantos estudiosos han usado la expresión «la larga paz» para describir la Europa posterior a la Segunda Guerra Mundial. Algunos, sin embargo, como descubrieron dolorosamente los húngaros, tuvieron que pagar por ese orden un alto precio.

Agitación en el Tercer Mundo

Por diferentes razones, los países en desarrollo del Tercer Mundo, la mayoría de los cuales desperta-

ban ahora de décadas, si no siglos, de dominio colonial occidental, se convirtieron en el foco del enfrentamiento entre la Unión Soviética y Estados Unidos en la década de 1950. Los planificadores de la seguridad nacional norteamericana consideraban los recursos y mercados de esa zona esenciales para la salud de la economía del mundo capitalista, la recuperación económica de Europa Occidental y Japón, y las necesidades militares y comerciales de Estados Unidos. Efectivamente, gran parte de la vitalidad militar y económica de Occidente procedía de sus vínculos con los países en desarrollo; la crucial importancia del petróleo del Oriente Medio para Europa Occidental en tiempos de paz, y para la OTAN en tiempos de guerra, era solamente el caso más obvio en ese sentido. La Unión Soviética, especialmente tras la muerte del doctrinario Stalin y el ascenso al poder de Kruschev, diplomáticamente más hábil que su antecesor, trató de ganarse amigos y aliados entre los países no alineados con el fin de reducir ese aspecto de la fuerza de Occidente. Utilizando la diplomacia, el comercio y generosos préstamos para el desarrollo, trató de adquirir influencia, además de acceso a recursos y bases, especialmente entre los países afroasiáticos, debilitando en ellos el control de Occidente. El modelo de desarrollo marxista-leninista atraía a muchos líderes políticos e intelectuales del Tercer Mundo, que se mostraban impresionados por el salto que había dado la Unión Soviética des-

de su atraso inicial hasta convertirse en un gigante industrial y militar en tan sólo una generación.

Esta atracción favoreció el esfuerzo del Kremlin por conseguir amigos y apoyo, del mismo modo que el imperialismo, el racismo, la arrogancia y el control continuado de los recursos de esos países dificultaron el trabajo de la diplomacia norteamericana. Los responsables de la política exterior de Estados Unidos se convencieron durante esta década de que el resultado de la lucha por la periferia podía inclinar la balanza del poder mundial en favor –o en contra– de Occidente. El secretario de Estado Dean Rusk anunció al Senado en febrero de 1961 que los esfuerzos soviéticos –muy acrecentados– en los países en desarrollo demostraban que el enfrentamiento entre la Unión Soviética y Estados Unidos había dejado de ser «un problema militar localizado en Europa Occidental para convertirse en una auténtica disputa por los países subdesarrollados». Advirtió que «las luchas en África, Latinoamérica, Oriente Medio [y] Asia se llevan a cabo ahora principalmente no en un plano militar, sino para conseguir, entre otras cosas, influencia, prestigio y lealtad, y es mucho lo que está en juego».

La crisis de Irán de 1951-1953 incluyó casi todos esos objetivos. Surgió de un enfrentamiento entre un régimen nacionalista, decidido a recuperar el control de su economía, y una potencia occidental que no estaba dispuesta a renegociar los términos de una concesión de petróleo muy lucrativa. Un líder

ardientemente nacionalista, Mohammed Mossadeq, precipitó la crisis al nacionalizar los yacimientos de petróleo y las refinerías de la Anglo-Iranian Oil Company (AIOC) en la primavera de 1951. El primer ministro iraní trataba así de conseguir mayores beneficios para su país de las grandes reservas de petróleo que constituían el recurso más valioso de Irán y que durante largo tiempo habían sido monopolio del gigante británico. La inflexible negativa de Gran Bretaña a negociar de buena fe con el gobierno de Mossadeq y el boicot que impuso más tarde al petróleo iraní provocaron una tensión que pronto adquirió las características de la Guerra Fría. Si bien Estados Unidos se mostró comprensivo al principio con lo que consideraba el incómodo desafío de un régimen advenedizo a las normas no escritas que durante largo tiempo habían regido los acuerdos entre los países industrializados y los países menos desarrollados, sin embargo vio una seria amenaza en la oportunidad que ese desafío ofrecía al vecino del norte de Irán. El gobierno de Truman ofreció sus servicios como mediador en el conflicto, principalmente porque temía una confrontación desestabilizadora de la que sin duda se aprovecharían los soviéticos. Sin embargo, la negativa de Gran Bretaña a llegar a un compromiso frustró los esfuerzos norteamericanos y condujo a Mossadeq a aceptar la ayuda soviética y buscar el apoyo del partido prosoviético Tudeh dentro de su propio país. En respuesta, la Administración Eisenhower

puso en marcha, junto con Gran Bretaña, una operación secreta con la que derrocó a Mossadeq y devolvió el poder al sha prooccidental, Mohammed Reza Pahlevi, que gobernó como un autócrata.

Aunque los orígenes de la disputa anglo-iraní no tuvieron nada que ver con la Guerra Fría, fue el exagerado temor de Estados Unidos al aventurismo soviético lo que impulsó su política. Tras su intervención secreta en los asuntos iraníes se ocultaban dos de sus principales objetivos con respecto a Oriente Medio durante la primera parte de la Guerra Fría: contener a la URSS evitando que influyera en los estados poscoloniales emergentes en la región, y proteger el acceso de Europa Occidental a un abastecimiento de petróleo que consideraba vital. «Un abastecimiento adecuado de petróleo es casi tan prioritario para Europa Occidental como lo es para nosotros –comentó Eisenhower a un asesor tras la caída de Mossadeq–. Occidente, para su supervivencia, debe seguir teniendo acceso al petróleo de Oriente Medio.»

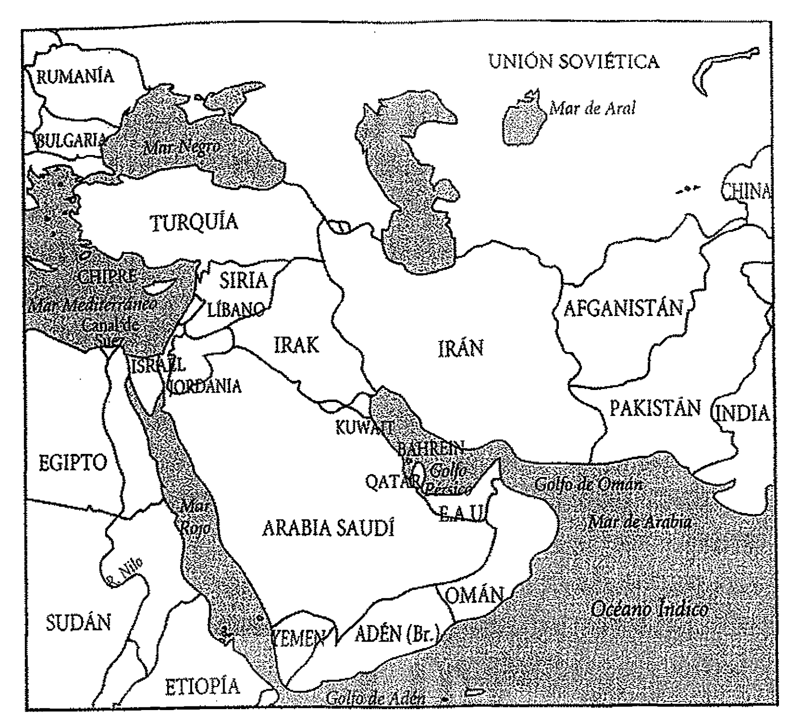
Un segundo conflicto de marcadas características neocolonialistas fue el que surgió entre Gran Bretaña y Egipto sobre el control del gigantesco complejo militar Cairo-Suez, el cual dificultó los esfuerzos de Estados Unidos por forjar un Oriente Próximo estable y prooccidental y condujo indirectamente al incidente internacional más grave de la época: la crisis de Suez de 1956.

La crisis se originó por la negativa de Egipto a adherirse a alguna de las organizaciones de defensa antisoviéticas que americanos y británicos habían creado a comienzos y mediados de la década de 1950. Debido a la animosidad engendrada por la disputa con Londres, los egipcios se mostraron poco dispuestos a colaborar con un Occidente al que asociaban con continuas maquinaciones imperialistas. Dado que Egipto y la mayor parte de los estados árabes más importantes se negaban a participar en un acuerdo de seguridad colectivo con las potencias occidentales, los americanos y los británicos se inclinaron por la alternativa de lo que denominaron «nivel norte». En consecuencia, en febrero de 1955, Gran Bretaña, Turquía, Pakistán, Irán e Irak firmaron el Pacto de Bagdad, un tratado de defensa mutua que respondía al propósito de extender el escudo de contención al Oriente Medio. Aunque la presión norteamericana, junto con sus promesas de generosidad económica y militar, contribuyó a facilitar las negociaciones que condujeron al acuerdo, Washington prefirió no participar directamente en él para evitar un innecesario distanciamiento de los estados árabes con los que seguía cultivando relaciones amistosas.

Sin embargo, esa iniciativa vino precisamente a fomentar la inestabilidad regional que trataba de contener. El líder nacionalista egipcio Gamal Abdel Nasser consideró la firma del Pacto de Bagdad un

acto de abierta hostilidad, ya que Irak, el único país árabe integrante del pacto, era el rival tradicional de Egipto. En el otoño de 1955, Nasser firmó un acuerdo sobre armamento con Checoslovaquia para contrarrestar a un Irak reforzado militarmente por su asociación formal con el grupo de Bagdad patrocinado por Occidente. Alarmado por la aparente deriva de Egipto hacia el campo soviético, el gobierno de Eisenhower le ofreció una zanahoria en diciembre de 1955: una generosa ayuda económica para el proyecto de la presa de Assuán, el más ambicioso de los planes de desarrollo egipcios. Pero el apoyo de Egipto a las incursiones de comandos en Israel, su continua línea de neutralidad en cuanto a política exterior y su reconocimiento de la República Popular China en mayo de 1956 provocaron la ira de Norteamérica. El 19 de julio de 1956, el secretario de Estado John Foster Dulles anunció bruscamente que Estados Unidos rescindía su compromiso de ayuda financiera para la construcción de la presa. «Morid ahogados en vuestra propia furia», clamó desafiante Nasser dirigiéndose a Estados Unidos. El presidente del Banco Mundial, Eugene Black, advirtió a Dulles de que «podían abrirse las puertas del infierno».

El 26 de julio Nasser demostró que la advertencia de Black había sido profética. Ejecutando una maniobra audaz y completamente inesperada, nacionalizó la Compañía del Canal de Suez, una empresa anglo-francesa, comprometiéndose a gestio-



Oriente Medio, 1956

nar eficientemente esa vía internacional de fundamental importancia y a utilizar los beneficios que generara para financiar la presa, su proyecto prioritario. Tras unas negociaciones caóticas en las que Dulles trabajó afanosamente para encontrar una alternativa al conflicto, la connivencia entre Gran Bretaña, Francia e Israel condujo a una acción militar conjunta contra Egipto en octubre de 1956. Para sorpresa y consternación de sus aliados, Estados Unidos condenó sin paliativos la invasión, ca-

lificándola de agresión militar manifiesta e injustificada que violaba las leyes establecidas. Cuando el 5 de noviembre los soviéticos denunciaron el ataque y amenazaron con tomar represalias contra Gran Bretaña y Francia si la agresión no cesaba de forma inmediata, la crisis de Suez se transformó en una confrontación entre el Este y el Oeste potencialmente grave. La persistente presión de Estados Unidos sobre sus aliados contribuyó a que se produjera un alto el fuego, desactivando así el peligro que suponía lo que los norteamericanos consideraban una bravata soviética vacía pero inquietante.

A partir de la crisis de Suez, Estados Unidos asumió una responsabilidad aún mayor en Oriente Medio. El principal temor de Eisenhower consistía en que la URSS ocupara el vacío creado por la disminución del poder de Gran Bretaña y de Francia en la región. Como dijo a un grupo de congresistas el 1 de enero de 1957: «Estados Unidos debe llenar el vacío que existe hoy en Oriente Medio antes de que lo ocupe Rusia». La llamada «Doctrina Eisenhower», que el presidente propuso al Congreso el 5 de enero, creaba un fondo especial para proporcionar ayuda económica y militar a los regímenes prooccidentales de la zona y amenazaba con el uso de la fuerza militar en caso necesario, para detener «la agresión armada de cualquier nación controlada por el comunismo internacional». Esta vaga doctrina puso de manifiesto el creciente com-

promiso de Estados Unidos en una región que los estrategas norteamericanos consideraban ahora el frente de la Guerra Fría. Proporcionó también a Eisenhower el pretexto para enviar tropas estadounidenses al Líbano al año siguiente, después de que un sangriento golpe de estado derrocara la monarquía prooccidental en Irak y pusiera en duda la credibilidad de Estados Unidos en Oriente Medio. Sin embargo, las causas más profundas de la inestabilidad en esa zona –el conflicto árabe-israelí, el resentimiento profundamente arraigado de los árabes contra el imperialismo occidental y el atractivo de un nacionalismo panárabe radical– permanecieron inmunes al despliegue de tropas, las tentaciones económicas, las intrigas diplomáticas y las propuestas de mediación estadounidenses.

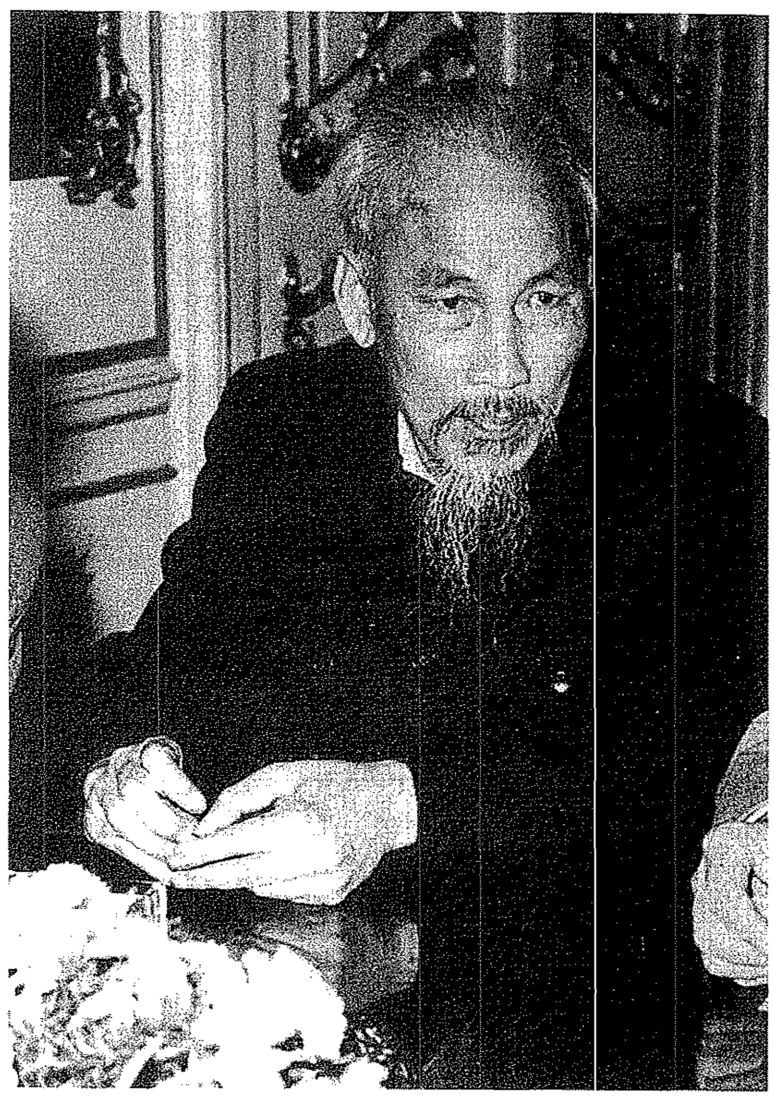
El Sureste Asiático pasó a primer plano en ese momento como nuevo escenario de intensos enfrentamientos en el marco de la Guerra Fría. Los líderes norteamericanos temían que la inestabilidad imperante en una zona acosada por enormes dificultades económicas, una transición incompleta del colonialismo a la independencia y los conflictos coloniales que aún hacían estragos en Indochina y Malasia la hicieran terreno abonado para la penetración comunista. Para los analistas estadounidenses el riesgo era extremadamente alarmante. Charles Bohlen, uno de los principales especialistas en la Unión Soviética del Departamento de

Estado, declaró que «la pérdida del Sureste Asiático» ejercería un impacto tan profundo sobre el equilibrio de poder que, si ocurriera, «habríamos perdido la Guerra Fría». A mediados de 1952, el secretario de Estado, Dean Acheson, expresó la misma idea cuando dijo a Anthony Eden, ministro británico de Asuntos Exteriores: «Si perdemos el Sureste Asiático sin luchar, estaremos perdidos»; por tanto, «tenemos que hacer todo lo posible por salvarlo».

Si el principal temor de Estados Unidos con respecto al Oriente Medio era la perspectiva de que la Unión Soviética explotara la agitación existente en aquella zona, la posibilidad de que China llevara a cabo una agresión militar para lograr sus propósitos expansionistas constituía su mayor preocupación con respecto al Sureste Asiático. En un informe aprobado por Truman en junio de 1952, el Consejo de Seguridad Nacional exponía con todo detalle esa inquietud. La integración de un solo país de la zona en el bloque chino-soviético, advertía el documento, «tendría consecuencias psicológicas, políticas y económicas de fundamental importancia», y «probablemente provocaría una sumisión relativamente rápida al comunismo, o un alineamiento con éste, por parte de los restantes países del grupo». En resumen, que podría producirse un «efecto dominó», en virtud del cual el control comunista en un solo país podría conducir, si no se contrarrestaba de forma rápida y contundente, al

control comunista de toda la región y posiblemente de una zona aún mayor. Tal eventualidad tendría efectos económicos muy perjudiciales tanto para Europa occidental como para Japón, privaría de recursos estratégicos de vital importancia a Occidente, supondría un duro golpe para la credibilidad y el prestigio de Estados Unidos como potencia mundial y daría crédito a la idea de que la historia jugaba a favor del comunismo y no de las democracias occidentales.

Indochina, donde las fuerzas rebeldes del Vietminh habían frustrado desde 1946 los intentos franceses de acabar con ellas, gracias en parte al inestimable apoyo logístico y militar que recibían de China, parecía el lugar más probable para el avance del comunismo. Por consiguiente, se convirtió en el foco de los esfuerzos de contención de Estados Unidos en el Sureste Asiático. La ayuda militar norteamericana apoyó esencialmente las actuaciones bélicas francesas desde poco antes de la Guerra de Corea y con creciente intensidad en los años siguientes. Sin embargo, a comienzos de 1954 el pueblo y el gobierno francés estaban ya cansados de lo que era un conflicto costoso, prolongado y profundamente impopular. En contra del consejo de Estados Unidos, buscaron una salida diplomática airosa. En consecuencia, en mayo de 1954 se celebró en Ginebra una conferencia sobre Indochina, a la que siguió poco después un triunfo decisivo del Vietminh sobre la guarnición francesa



5. Ho Chi Minh, presidente de la República Democrática de Vietnam.

de Dien Bien Phu, en el remoto noroeste del país. Estos acontecimientos precipitaron el fin del dominio francés en Indochina. Incapaces de ganar en la mesa de negociaciones lo que habían perdido en el campo de batalla, las potencias occidentales aceptaron la división temporal de Vietnam por el paralelo 17, adjudicando la mitad norte del país al Vietminh de Ho Chi Minh. Los aliados chino y soviético del líder vietnamita le indujeron, para su frustración, a conformarse con lo que se le ofrecía, pues querían evitar desafiar a los norteamericanos y arriesgarse a provocar otro enfrentamiento militar con Occidente cuando tan poco tiempo había transcurrido desde que se acordara el alto el fuego en Corea.

Por su parte, el gobierno de Eisenhower trató de remediar en lo posible lo que representaba no sólo una humillante derrota nacional para Francia sino también un revés para la posición global de Estados Unidos en la Guerra Fría. En su esfuerzo por impedir un mayor avance del comunismo en el Sureste Asiático, los norteamericanos se apresuraron a formar, en septiembre de 1954, la Organización del Tratado del Sureste Asiático (SEATO). Se trataba de una alianza sin gran poder efectivo que reunía a Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Australia, Nueva Zelanda, Filipinas, Tailandia y Pakistán, y que respondía al deseo de mostrar una actitud de firmeza frente a chinos y soviéticos. Eisenhower y Dulles procedieron inmediatamente

a sustituir la influencia francesa por la norteamericana en Vietnam del Sur, proporcionando dólares, asesores y material a la joven República de Vietnam para impedir su absorción por parte de Vietnam del Norte, ya fuera por medio de la fuerza de las armas o por medio de las urnas. Convencido de que las elecciones previstas para todo Vietnam en 1956 resultarían en una aplastante victoria de Ho Chi Minh, el presidente proamericano Ngo Dinh Diem decidió cancelarlas. Vietnam se convirtió así, como Alemania y Corea, en una nación dividida por las tensiones propias de la Guerra Fría, que hacían la unificación demasiado arriesgada.

Durante los años cincuenta, Estados Unidos recurrió con frecuencia en Oriente Medio, en el Sureste Asiático, y en general en todo el Tercer Mundo, a operaciones secretas para conseguir sus objetivos de política exterior. La CIA se convirtió, para los líderes norteamericanos, en su instrumento favorito durante la Guerra Fría, ya que prometía operaciones eficaces y rentables que eliminaban la necesidad de utilizar fuerzas armadas convencionales y que, de ser descubiertas, siempre podían negarse. Entre 1949 y 1952, el número de empleados de la agencia aumentó exponencialmente, al igual que su presupuesto, mientras que sus bases pasaban de 7 a 47. En 1953, como ya hemos visto, la CIA intervino de forma decisiva en Irán al derrocar a Mossadeq. Al año siguiente jugó un papel igualmente

crucial al provocar la caída del líder izquierdista guatemalteco Jacobo Arbenz Guzmán.

La nacionalización de la United Fruit Company (de propiedad estadounidense) por parte de éste y su tolerancia con respecto al minúsculo partido comunista del país le hicieron aparecer a los ojos del gobierno norteamericano como un peligroso extremista capaz de proporcionar a la Unión Soviética la oportunidad que ésta necesitaba para introducirse en el hemisferio occidental. Aunque, como han demostrado sin duda la mayor parte de los estudios recientes, la valoración de Mossadeq y de Arbenz como protocomunistas estuvo muy lejos de ser acertada, las intervenciones en Irán y Guatemala demostraron el alcance del temor de Estados Unidos con respecto a la dirección de los cambios políticos en el Tercer Mundo.

El éxito de la CIA en ambos países rodeó a la agencia de un aura de misteriosa invencibilidad y probablemente animó a Eisenhower y sus sucesores a llevar a cabo actividades secretas que a menudo resultaron contraproducentes. Así, por ejemplo, en 1957 fracasó una intervención secreta contra el régimen sirio opuesto a Occidente y un año después se frustró una descabellada operación paramilitar destinada a derrocar al indonesio Sukarno. Ambas operaciones fueron descubiertas, lo cual perjudicó, más que benefició, a la causa norteamericana. Sin embargo, la adicción a las intervenciones secretas resultó difícil de superar. En

parte se debía al aliciente que ofrecía un éxito fácil y no muy costoso, es decir, a las mismas presiones presupuestarias que hicieron que Estados Unidos dependiera en gran medida de las armas nucleares para conseguir sus objetivos en cuanto a política exterior.

La carrera armamentística

Tanto Estados Unidos como la Unión Soviética iniciaron un importante proceso de rearme a partir del comienzo de la Guerra de Corea. Entre 1950 y 1955, Estados Unidos reforzó sus fuerzas armadas con más de un millón de soldados, mientras incrementaba significativamente la producción de aviones, barcos, vehículos blindados y otros instrumentos de guerra convencional. El desarrollo de su arsenal nuclear fue aún más impresionante. En octubre de 1952 probó con éxito un artefacto termonuclear, la bomba-H, exponencialmente más potente que las utilizadas en Hiroshima y Nagasaki. En octubre de 1954 llevó a cabo las pruebas de otra bomba aún más destructiva. Los «sistemas de entrega» se desarrollaron al mismo ritmo. Hasta fines de los años cincuenta la fuerza nuclear disuasoria norteamericana dependía de bombarderos de alcance medio que podían atacar territorio soviético en misiones de ida y vuelta sólo si despegaban de bases europeas. A finales de esa misma década,

Estados Unidos había aumentado su capacidad de ataque nuclear con el despliegue de 538 bombarderos B-52 intercontinentales, capaces cada uno de ellos de atacar objetivos soviéticos partiendo de bases norteamericanas. En 1955, Eisenhower ordenó también el desarrollo de misiles balísticos intercontinentales (ICBM), que permitirían lanzar cabezas nucleares contra la Unión Soviética desde suelo estadounidense. Cinco años después, Estados Unidos empezó a desplegar su primera generación de misiles intercontinentales junto con los primeros misiles balísticos submarinos.

El ejército norteamericano contaba ahora con la codiciada «tríada» de armas nucleares (bombarderos, misiles balísticos intercontinentales y misiles balísticos submarinos), cada una de las cuales tenía capacidad suficiente para destruir objetivos soviéticos. La totalidad del arsenal nuclear estadounidense había pasado de aproximadamente 1.000 cabezas nucleares en 1953, el primer año del mandato de Eisenhower, a 18.000 en 1960, último año de su mandato. Para entonces, el Mando Aéreo Estratégico disponía de un total de 1.735 bombarderos capaces de lanzar bombas nucleares sobre objetivos soviéticos.

La Unión Soviética se esforzó por no quedarse atrás. Entre 1950 y 1955, el Ejército Rojo pasó de contar con 3 millones de soldados a constituir una fuerza armada de casi 5.800.000 hombres antes de que, a mediados de la década, Kruschev ordenara

una reducción dirigida a recortar el exorbitante presupuesto de Defensa. Pero la notable superioridad numérica de los soldados de la Unión Soviética con respecto a Estados Unidos y la OTAN quedaba invalidada por una inferioridad significativa en prácticamente todos los demás aspectos del potencial militar. La desigualdad era especialmente patente en la esfera nuclear. Los soviéticos probaron con éxito su primera bomba termonuclear en agosto de 1953 y otra más potente en noviembre de 1955. Sin embargo, su capacidad en cuanto a los «sistemas de entrega» seguía siendo muy limitada. Hasta 1955, la Unión Soviética siguió sin tener posibilidad de llevar a cabo un ataque nuclear contra Estados Unidos y, en consecuencia, dependía, en cuanto a fuerza disuasoria, del alcance de sus bombarderos para atacar objetivos en Europa Occidental. A fines de esa década, la flota de bombarderos soviéticos sólo podía llegar a objetivos situados en la Norteamérica continental en misiones de ida que partieran de bases situadas en el Ártico, misiones que podían ser fácilmente interceptadas por Estados Unidos. Sólo a comienzos de la década de 1960 comenzó la Unión Soviética a producir y desplegar misiles balísticos intercontinentales, y, a pesar del lanzamiento del primer satélite artificial, el *Sputnik*, que tuvo lugar en 1957 rodeado de una intensa campaña propagandística, se hallaba también rezagada con respecto a Estados Unidos en cuanto a capacidad tecnológica. Resulta

revelador que Eisenhower, tras un debate en el Consejo de Seguridad Nacional en 1953 sobre el potencial nuclear de las dos superpotencias, observara refiriéndose a sus homólogos soviéticos: «Deben de estar muertos de miedo».

Y sin embargo, paradójicamente, en ciertos círculos de Estados Unidos comenzó a criticarse al presidente, a finales de la década de 1950, por permitir que se produjera un desequilibrio en cuanto a misiles entre los norteamericanos y los soviéticos a favor de estos últimos *(missile gap)*. La crítica obedecía al temor de que la primera prueba de un misil balístico intercontinental ruso, que se llevó a cabo con éxito en agosto de 1957, y el lanzamiento del *Sputnik*, que tuvo lugar dos meses después, vinieran a significar una amenaza a la tan cacareada superioridad tecnológica norteamericana. No sólo habrían batido, al parecer, los rusos a los americanos en el espacio, sino que la inclinación de Kruschev a fanfarronear sobre el número de misiles de largo alcance que estaba desarrollando su país llevó incluso a algunos serios estrategas a preocuparse acerca de un avance militar y tecnológico soviético. No eran pocos los que creían que la balanza podía estar inclinándose hacia el Este, una tendencia que algunos atribuían al reblandecimiento de la sociedad americana y a la falta de interés de los niños por la ciencia y las matemáticas. Eisenhower se mantuvo firme. Gracias a las fotografías tomadas por vuelos secretos de reconoci-

miento sobre territorio soviético, sabía que eso no era cierto, que los Estados Unidos mantenían una formidable ventaja sobre su rival en cuanto a armamento nuclear. Aun así, una locura política rodeó ese supuesto desequilibrio, el cual emergió como una cuestión galvanizadora en las elecciones presidenciales de 1960.

La carrera armamentística ha caracterizado las rivalidades internacionales a lo largo de toda la historia. Lo que convierte en única la que se produjo durante la Guerra Fría es, indudablemente, su dimensión nuclear. Investigadores, analistas políticos y estrategas se han preguntado hasta qué punto disponer de unas armas capaces de causar una destrucción sin precedentes condicionó las características y el curso del conflicto. La cuestión es tan crucial como difícil de responder con alguna precisión. Por una parte, las armas nucleares proporcionaron quizá cierto grado de estabilidad a la relación de las superpotencias y, casi con certeza, redujeron la probabilidad de que se produjeran hostilidades abiertas en Europa. La estrategia esencial de la OTAN frente a una invasión convencional soviética descansaba en el reconocimiento de que una guerra en el continente europeo sería necesariamente una guerra nuclear; existían pues incentivos poderosos para que ambas partes evitaran un conflicto que habría de causar la pérdida de un número incalculable de vidas humanas, tanto entre los atacantes como entre los atacados. En

enero de 1956, durante una reunión del Consejo de Seguridad Nacional, Eisenhower insistió sabiamente en lo que llamó la «consideración decisiva» presente en todos los debates sobre estrategia nuclear: «a saber, que nadie puede ganar una guerra termonuclear». Por otra parte, el presidente norteamericano aceptó también como doctrina oficial durante su primer año en la Casa Blanca que, en el caso de que se produjeran hostilidades, Estados Unidos se plantearía utilizar las armas nucleares en la misma medida en que se plantearía utilizar cualquier otro tipo de armamento. Su gobierno autorizó la introducción de armas atómicas en Alemania en noviembre de 1953, gestionó el desarrollo del arsenal nuclear y de los «sistemas de entrega», proclamó la «represalia masiva» como principio esencial de la posición de defensa de Estados Unidos, y amenazó con la utilización de armas nucleares durante la última etapa de la Guerra de Corea y también, como táctica disuasoria, con respecto a Pekín durante la crisis del estrecho de Taiwán en 1954-1955.

En resumen, durante los primeros quince años de la era atómica, Estados Unidos mostró una actitud hasta cierto punto contradictoria con respecto a las armas nucleares y su utilidad en la seguridad nacional. Al mismo tiempo que, tanto en privado como públicamente, calificaba de locura un conflicto en el que ninguno de los dos bandos podía

ganar, se esforzaba por alcanzar una clara superioridad en armas atómicas. Como mostrará el siguiente capítulo, esa superioridad animó a Estados Unidos a asumir riesgos en las crisis posteriores de Taiwán, Berlín y Cuba, contribuyendo así a agravar lo que era ya una peligrosa fase de la Guerra Fría.

5. De la confrontación a la distensión (1958-1968)

A fines de los años cincuenta, la Guerra Fría entró en la que fue quizá su fase más peligrosa, el momento en el cual la amenaza de una guerra nuclear generalizada llegó al punto álgido. Una sucesión de crisis, que culminaron en 1962 con la confrontación entre Washington y Moscú debida a la presencia de misiles soviéticos en Cuba, acercó peligrosamente al mundo a una conflagración nuclear. Las posturas arriesgadas y la retórica discordante alcanzaron en ambos bandos niveles desconocidos desde finales de los años cuarenta.

Nikita Kruschev estremeció a los observadores norteamericanos con sus alardes acerca de los progresos tecnológicos y económicos soviéticos, y con su infame observación de que la Unión Soviética comenzaría pronto a producir misiles como si fueran salchichas. En enero de 1961 se comprometió a

que Moscú prestaría un apoyo activo a las guerras de liberación nacional, guerras que, según dijo, «continuarán mientras existan el imperialismo y el colonialismo». El mundo comunista estaba destinado a enterrar a Occidente, solía decir el líder ruso.

Para no ser menos, el presidente John F. Kennedy, recién elegido, imploró al Congreso en ese mismo mes, en su primer discurso sobre el estado de la nación, que proporcionara fondos suficientes para hacer «la fuerza del mundo libre tan poderosa que cualquier agresión resultara claramente inútil». Ni la Unión Soviética ni China, dijo, «han renunciado a su ambición de dominar el mundo». El joven presidente ofreció una sombría visión de la situación mundial, señalando que hablaba «en una hora de peligro nacional» y declarando que no era «de ningún modo seguro» que el país pudiera sobrevivir. «Cada día que pasa se multiplica la crisis –subrayó Kennedy–. Cada día la situación se hace más difícil. Cada día, conforme las armas se multiplican y las fuerzas hostiles se robustecen, nos acercamos más a la hora de máximo peligro.»

Este capítulo estudia los acontecimientos y las fuerzas que hicieron de finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta un período de crisis aparentemente perpetua. Estudia también el acercamiento parcial entre Washington y Moscú iniciado en 1963 y la creciente implicación de Estados Unidos en Vietnam, que amenazó con dar al traste con ese acercamiento.

Los años de «máximo peligro» (1958-1962)

Los años comprendidos entre 1958 y 1962 trajeron una sucesión sin precedentes de conflictos entre el Este y el Oeste, algunos de los cuales implicaron una política nuclear arriesgada. Sólo en el año de 1958 tuvieron lugar una intervención secreta de Estados Unidos en Indonesia, un golpe de estado sangriento que derrocó al gobierno prooccidental de Irak, el subsiguiente envío de marines al Líbano y una serie de peligrosos enfrentamientos entre Washington y Pekín a causa de Taiwán y entre Washington y Moscú a causa de Berlín.

El 17 de julio de 1958, sólo dos días después de que los marines desembarcaran en el Líbano, Mao Tse-Tung autorizó los preparativos para una confrontación en el estrecho de Taiwán. Con ello se proponía «detener a los imperialistas de Estados Unidos [y] demostrar que China apoya los movimientos de liberación nacional de Oriente Medio no sólo con palabras sino también con hechos». Su audacia, creía el líder chino, pondría en evidencia la despreciable moderación de Kruschev, otorgaría a Pekín un papel de liderazgo entre las fuerzas revolucionarias del Tercer Mundo y contribuiría a que el pueblo chino se solidarizara con su radical política interior. El 23 de agosto, las fuerzas de Mao comenzaron a bombardear las islas de Quemoy y Matsu, reivindicadas y defendidas por los nacionalistas chinos de Chiang Kai-Shek. Eisenhower y

Dulles sospecharon inmediatamente –como habían sospechado durante la crisis de 1954-1955– que la cortina de fuego de artillería podía ser el prólogo de una invasión a gran escala de la isla de Taiwán, a la cual los Estados Unidos se habían comprometido a defender por medio de un tratado. Como respuesta, el presidente puso al ejército norteamericano en situación de alerta, envió inmediatamente una formidable flota al estrecho de Taiwán y autorizó el envío a la zona de tropas equipadas con armamento nuclear. Su intención era, esencialmente, impedir la agresión china con una exhibición de fuerza abrumadora, combinada con una inconfundible declaración pública de firmeza.

A primeros de septiembre, Kruschev envió a su ministro de Asuntos Exteriores, Andrei Gromyko, a Pekín en un esfuerzo por desactivar la crisis. El visitante ruso se quedó «atónito» al escuchar las repetidas bravatas chinas; en determinado momento sus anfitriones le informaron de que, aunque reconocían que probablemente sus acciones conducirían a una «guerra local» con los Estados Unidos, estaban preparados para «recibir los más duros golpes, incluidas bombas atómicas y la destrucción de [sus] ciudades». Estados Unidos preparaba, de hecho, una respuesta nuclear. Los asesores militares de Eisenhower insistían en utilizar bombas nucleares de bajo rendimiento contra las instalaciones militares chinas, una acción, reconocían, que causaría la muerte de millones de civiles. Kruschev subió la

apuesta el 19 de septiembre con una carta amenazadora dirigida al presidente americano, en la que subrayaba que Moscú «también tiene armas atómicas y de hidrógeno». Si Estados Unidos utilizaba armas de ese tipo contra China, advertía, «provocaría una conflagración mundial», condenando así «a una muerte cierta a los hijos del pueblo americano». La crisis cedió cuando, el 6 de octubre, Mao anunció unilateralmente que dejaría de bombardear Quemoy y Matsu durante una semana si Estados Unidos dejaba de enviar fuerzas al estrecho de Taiwán.

Aunque acabó con un quejido y no con una gran explosión[1], el episodio ilumina algunos temas importantes relacionados con esta etapa, extraordinariamente tensa, de la Guerra Fría. En primer lugar, Mao buscó intencionadamente una confrontación militar con Estados Unidos que habría podido desencadenar una serie de ataques nucleares devastadores contra la China continental. Su temeridad al hacerlo indica el papel peligrosamente impredecible que su país jugó en la política de la Guerra Fría. En segundo lugar, la crisis del estrecho de Taiwán demuestra la voluntad de Estados Unidos de volver a cruzar el umbral nuclear, aunque fuera a causa de un pedazo de tierra en absoluto vital para sus intereses. El gobierno de Eisen-

1. Referencia al famoso poema de T. S. Eliot «The Hollow Men», que termina: «This is the way the world ends/Not with a bang but a whimper». («Así es como acaba el mundo/No con una explosión sino con un quejido.») *[N. de la T.]*

hower interpretó la jugada de Mao como una seria puesta a prueba de la credibilidad de Estados Unidos que exigía una respuesta firme; dado que Taiwán no podía ser defendido sólo con fuerzas convencionales, el único medio de disuasión eran las armas nucleares y la amenaza de su utilización. Si Mao no hubiera dado marcha atrás –si hubiera respondido al farol de los americanos–, no hay razón para creer que Eisenhower no habría autorizado el uso de armas nucleares contra China. Finalmente, la crisis subraya la importancia de la tensión cada vez mayor entre China y la Unión Soviética en el marco de la dinámica de la Guerra Fría. La desconfianza y la rivalidad entre los dos gigantes, decidido cada uno de ellos a demostrar su dureza y su pureza ideológica en su intento por hacerse con el liderazgo del mundo comunista, se convirtió en un factor cada vez más desestabilizador en los asuntos internacionales.

Kruschev inició la siguiente crisis importante de la Guerra Fría en parte para hacer frente a las acusaciones de que los soviéticos habían adoptado una actitud débil y vacilante con respecto a Occidente. El mandatario soviético, tan compulsivo a su manera como Mao en cuanto a asumir riesgos, eligió Berlín para dar el primer paso. El 10 de noviembre de 1958 anunció repentinamente la intención de Moscú de firmar un nuevo tratado con Alemania del Este que vendría a sustituir los acuerdos de la

Segunda Guerra Mundial, aún vigentes, que habían sancionado la anómala ocupación conjunta de la antigua capital alemana. En una declaración posterior, afirmó que Berlín debía transformarse en una «ciudad libre» desmilitarizada, y dio a las potencias occidentales un plazo de sólo seis meses, hasta el 27 de mayo de 1959, para negociar directamente con la República Democrática Alemana si querían mantener su presencia en Berlín y sus derechos de entrada y salida de la ciudad. El dirigente ruso, dando por supuesto que Washington estaría poco dispuesto a arriesgarse a una guerra por una ciudad situada a más de 160 kilómetros de la frontera de Alemania Federal, creyó que de este modo podía reafirmar el vigor y la audacia de la política exterior soviética. Trataba también de ayudar a un estado satélite en un momento difícil, ya que Alemania del Este experimentaba una verdadera sangría de población, que escapaba a Occidente a través de sus fronteras abiertas. Con su estilo característicamente jactancioso, Kruschev hizo que Andrei Gromyko, su ministro de Asuntos Exteriores, enviara una nota a Estados Unidos en la que afirmaba que sólo «unos locos pueden desencadenar otra guerra para mantener los privilegios de los ocupantes de Berlín Occidental».

El reto soviético golpeó a Occidente en su flanco más expuesto y vulnerable. Estados Unidos y los principales miembros de la OTAN habían acordado que renunciar a sus derechos en Berlín u otorgar legitimidad a Alemania del Este negociando

directamente con ella equivaldría a asestar una puñalada a la Alemania de Adenauer, que seguía exaltando el objetivo de la reunificación del país. Sin embargo, como los soviéticos no ignoraban, plantear una guerra a causa de un enclave occidental aislado e indefendible, situado en el centro de la esfera de influencia soviética, sembraría inevitablemente la disensión en las filas de Occidente. Efectivamente, el primer ministro Harold Macmillan comunicó con franqueza al gobierno norteamericano que los británicos «no estaban dispuestos a enfrentarse a una destrucción total por dos millones de berlineses, sus antiguos enemigos».

Pensando que su propia credibilidad y la viabilidad de la alianza occidental peligraban, el gobierno de Eisenhower decidió mostrarse firme de nuevo, aun a riesgo de provocar otra escalada que podía culminar en una guerra nuclear. Eisenhower, Dulles y la Junta de Jefes de Estado Mayor sabían que Berlín Occidental no podía defenderse por medios militares convencionales; así que, en vista de la importancia simbólica de la ciudad, estaban dispuestos a utilizar armas nucleares para defender los derechos de Occidente en ese lugar.

Al constatar la inflexible determinación de Estados Unidos de mantener la situación existente incluso a riesgo de provocar un enfrentamiento, Kruschev dejó que pasara la fecha límite del 27 de mayo. Cambiando de táctica, propuso entonces una reunión de los ministros de Exteriores de las

cuatro potencias para discutir el problema de Berlín y otros asuntos que enfrentaban al Este y al Oeste, reunión a la que seguiría una cumbre de jefes de estado. Conviene subrayar que, al parecer, la aplastante superioridad del arsenal nuclear norteamericano envalentonó a Estados Unidos tanto en la crisis de Berlín como en la de Taiwán de fines de los años cincuenta y, en última instancia, obligó a los soviéticos a retroceder ante la arriesgada política nuclear de Estados Unidos.

Invitado por Eisenhower, Kruschev visitó Estados Unidos en otoño de 1959, marcando así el comienzo de un deshielo temporal en las relaciones entre este país y la Unión Soviética, que los periodistas describieron como «el espíritu de Camp David». Los dos líderes no pudieron resolver la crisis de Berlín, pero sí acordaron celebrar una cumbre en París la primavera siguiente. Sin embargo, justo antes de iniciarse dicha reunión, las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética sufrieron un duro golpe cuando los rusos derribaron un avión espía norteamericano sobre los Urales. Los vuelos de reconocimiento de los U-2 que los estadounidenses llevaban a cabo desde 1956 proporcionaron a Eisenhower una información crucial acerca del programa de misiles soviético y sus limitaciones. En lugar de restar importancia al incidente, Kruschev decidió explotarlo al máximo con fines propagandísticos, exhibiendo en los medios a Francis Gary Powers, el piloto americano, para po-

ner en evidencia a Eisenhower después de que éste hubiera negado públicamente que el vuelo había tenido lugar. Luego se retiró de la cumbre de París antes de que comenzaran las sesiones. Cercano el final del mandato de Eisenhower, las relaciones entre Washington y Moscú eran más frías de lo que habían sido ocho años antes, en el momento de su toma de posesión. Pero aún habrían de empeorar.

En junio de 1961, Kruschev reavivó la crisis siempre latente de Berlín en el curso de una tensa reunión celebrada con el nuevo presidente de Estados Unidos, John F. Kennedy, en Viena. El impetuoso dignatario soviético comunicó a Kennedy su decisión de firmar un tratado de paz por separado con Alemania del Este en el plazo de seis meses si no se producía cambio alguno en la situación de Berlín. Empleando una nueva bravata, aseguró que si Estados Unidos quería ir a una guerra a causa de Berlín «la Unión Soviética no podía hacer nada... La historia juzgará nuestras acciones». Nervioso por el tono amenazador de Kruschev, el inexperto presidente norteamericano pensó que no sólo la credibilidad de su país sino también la suya propia estaban en entredicho. Decidió entonces que una demostración de fuerza era la única actitud viable; retroceder constituiría una invitación a una agresión en cualquier otro lugar: «No podemos permitir, y no permitiremos, que los comunistas nos expulsen de Berlín, ni gradualmente, ni por la fuerza», aseguró en su discurso del 25 de julio.

Con el fin de consolidar esa desafiante retórica, el presidente pidió al Congreso 3.200 millones de dólares como suplemento del presupuesto de defensa, autoridad para llamar a filas a los reservistas y 207 millones de dólares más para iniciar un programa de refugios atómicos con el que preparar al pueblo americano para un futuro ataque nuclear.

Tras el beligerante desafío de Kruschev se ocultaba una bomba de relojería para el bloque soviético: la proporción alarmante de ciudadanos que abandonaban Alemania Oriental. Entre 1949 y mediados de 1961 unos 2.700.000 alemanes del Este huyeron al Oeste –un número equivalente al total de la población de la República de Irlanda–, la mayo-



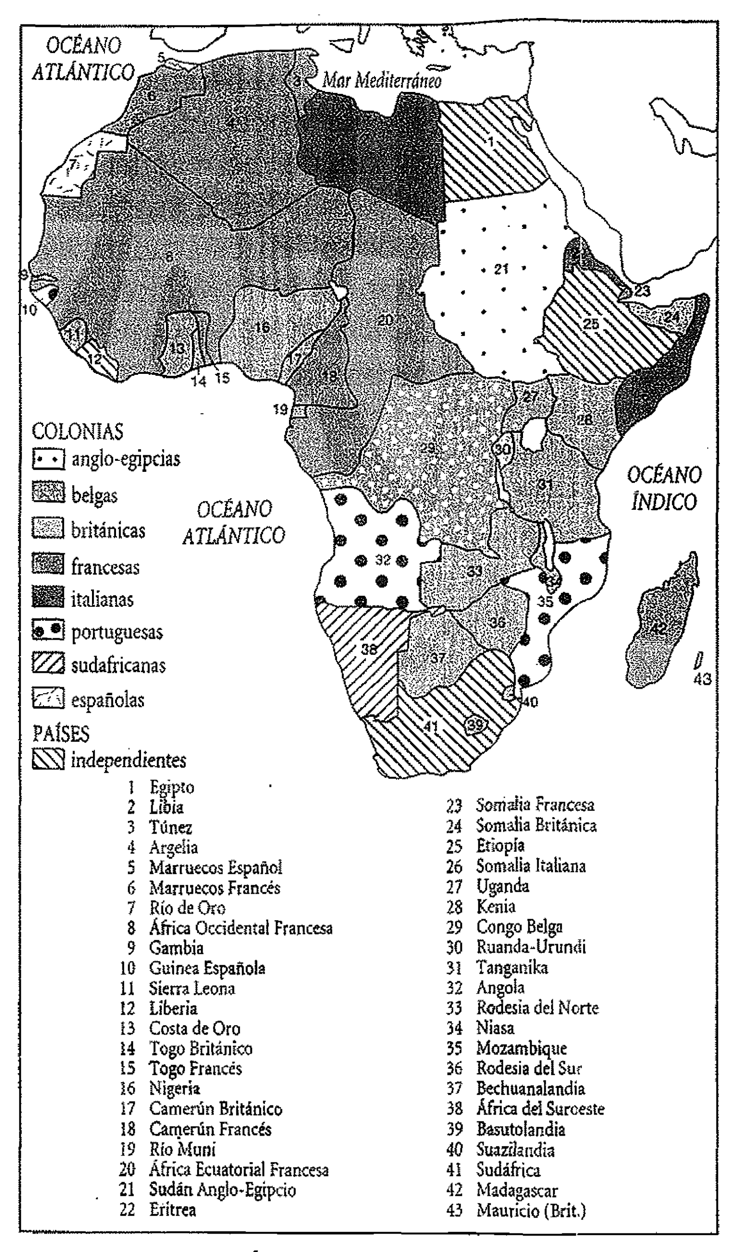
6. Kennedy y Kruschev se saludan al comienzo de la cumbre de Viena. Junio de 1961.

ría de ellos a través de la vía de escape que suponía Berlín. Este embarazoso problema minó gravemente la viabilidad del estado satélite de Moscú y de su líder, Walter Ulbricht, partidario de la línea dura. Mientras las deserciones se hacían cada vez más numerosas a mediados del verano de 1961, Alemania del Este comenzó a construir una barrera de alambre que separara el sector soviético de la antigua capital de los sectores occidentales. La barrera temporal del 13 de agosto se convirtió pronto en un muro permanente vigilado por guardias armados, un inquietante y ominoso símbolo de la división de Europa en dos bloques, el comunista y el occidental. Ciertamente se evitó la guerra y Kruschev proporcionó hasta cierto punto a los alemanes del Este los medios para su supervivencia, pero tanto la Unión Soviética como la República Democrática Alemana tuvieron que pagar por ello un alto precio político y de imagen. «No es una buena solución –reflexionó un Kennedy pragmático–, pero un muro es mucho mejor que una guerra.» Afortunadamente para el presidente norteamericano, nunca tuvo que enfrentarse con la cuestión fundamental de si Berlín valía una guerra que sin duda habría costado decenas de millones de vidas humanas.

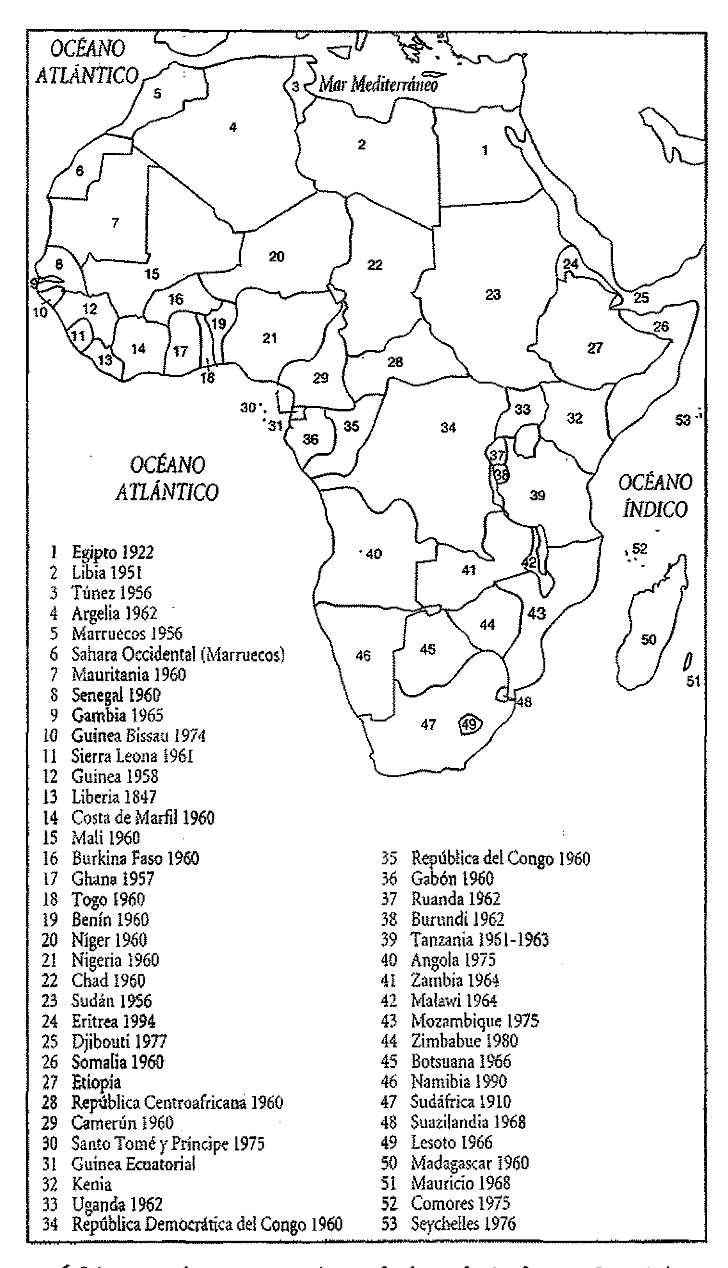
Otros puntos críticos compitieron por la atención de los gobiernos de Moscú y de Washington durante este período plagado de crisis, muchas de ellas surgidas en el siempre turbulento Tercer Mundo.

Aunque la descolonización de África seguía su curso con relativa calma y 16 naciones conseguían la independencia sólo en 1960, el complicado final de la dominación belga en el Congo generó aquel mismo año otra confrontación a gran escala entre las superpotencias. Mientras los soviéticos ayudaban con técnicos y material militar al nuevo régimen de Patrice Lumumba, los americanos mandaron un equipo de asesinos en un intento fracasado de deshacerse de este ardiente nacionalista, al que consideraban, equivocadamente, un radical exaltado y un instrumento del desafío ruso. En 1961 las fuerzas congoleñas proamericanas asesinaron a Lumumba, logrando lo que la CIA no había conseguido hacer; al mismo tiempo, Joseph Mobutu, el candidato norteamericano, emergía como la figura dominante en el nuevo gobierno. Estados Unidos consiguió así frustrar temporalmente las ambiciones soviéticas con respecto a África Central, aunque a costa de imponer la geopolítica de la Guerra Fría en una antigua colonia empobrecida y destrozada por conflictos.

A fines de los años cincuenta y comienzos de los sesenta Indochina se convirtió de nuevo en una zona caliente del globo. En Vietnam del Sur el régimen de Ngo Dinh Diem, apoyado por los norteamericanos, combatía una insurgencia de amplia base dirigida por el Frente Nacional de Liberación, que, con un fuerte apoyo por parte del Vietnam del Norte comunista, amenazaba su supervi-



África en el año 1945



África en el año 2000 (con fechas de independencia)

vencia. En 1961-1962, Kennedy aumentó de manera significativa la ayuda militar a Diem enviando más de 10.000 asesores con la intención de contribuir al aplastamiento de las guerrillas del Vietcong, que, para entonces, controlaban casi la mitad del territorio y la población de Vietnam del Sur. Mientras tanto, el Pathet Lao del vecino Laos, dirigido por los comunistas y con apoyo logístico de Vietnam del Norte y de la Unión Soviética, parecía lanzado a conseguir el poder en Vientiane. En diciembre de 1960, Eisenhower informó al presidente electo Kennedy, durante una reunión de transición mantenida en la Casa Blanca, de que Laos era «la clave para toda la zona del Sureste Asiático». De manera ominosa advirtió que, en un futuro próximo, podría ser necesario enviar tropas de combate para impedir la victoria del Pathet Lao.

Cara a cara: la crisis de los misiles de Cuba y sus consecuencias

Pero el lugar más preocupante para Estados Unidos en ese momento resultó ser la isla de Cuba, situada solamente a 150 kilómetros de distancia del extremo meridional de Florida. Un revolucionario de ese país, el fogoso y carismático Fidel Castro, había peleado por llegar al poder desde la base inicial de la guerrilla en las abruptas montañas de Sierra Maestra. Tras derrocar y obligar a exiliarse al impopular dictador, y antiguo aliado de Estados Unidos,

Fulgencio Batista, el día de Año Nuevo de 1959, Castro puso en marcha un ambicioso programa revolucionario destinado a liberar a Cuba de su histórica dependencia económica y política de ese país.

Desde el comienzo, el gobierno de Eisenhower miró con recelo al joven radical barbudo y resistió con fuerza el ataque de la revolución a los intereses norteamericanos. En parte para responder a la hostilidad de Estados Unidos y en parte debido a sus afinidades ideológicas, Castro se volvió en busca de apoyo hacia la Unión Soviética y recibió con los brazos abiertos la ayuda económica y diplomática que ésta le proporcionó. Kruschev, por su parte, aprovechó lo que parecía una oportunidad de oro para desafiar a su principal rival en su propio patio trasero. En el verano de 1960, tras el establecimiento de unas estrechas relaciones comerciales y diplomáticas entre La Habana y Moscú, la Administración Eisenhower suspendió el acceso preferencial del azúcar cubana a los mercados de Estados Unidos y urdió por medio de la CIA diversos complots para asesinar a Castro. El presidente aprobó también que se armara y entrenara a un grupo de exiliados cubanos para su posible utilización en una futura invasión de Cuba.

Durante la campaña presidencial de 1960, Kennedy insistió repetidamente en el problema de Cuba. Calificó a Castro de «fuente de máximo peligro» y censuró a Eisenhower y al vicepresidente Richard Nixon, este último su principal oponente,

por permitir que un «satélite comunista» surgiera «en el umbral de nuestra propia casa». Tras la victoria de Kennedy en las elecciones de noviembre, Eisenhower animó al nuevo presidente a ampliar el programa de admisión de exiliados. En enero de 1961, en el período final de su mandato, su Administración rompió formalmente las relaciones diplomáticas con Cuba como represalia por la nacionalización por parte del régimen de Castro de las empresas norteamericanas y por haber establecido vínculos estrechos con la Unión Soviética.

En abril, decidido a eliminar a Fidel Castro de una vez por todas, Kennedy dio luz verde a lo que habría de ser la desastrosa invasión de la Bahía de Cochinos. La operación se basaba en la idea de que el líder revolucionario contaba con muy poco apoyo por parte de la población y de que, una vez que desembarcaran los 1.400 comandos entrenados por la CIA, los cubanos se rebelarían y derrocarían al autócrata comunista. El plan resultó ser absurdo; a los dos días, las fuerzas de Castro habían rodeado y aplastado al reducido grupo de exiliados infligiendo a la joven presidencia de Kennedy un embarazoso revés político. Aunque escarmentado, el mandatario demócrata no podía resignarse a que existiera una cabeza de puente soviética en el hemisferio occidental. Por lo tanto, ordenó una nueva campaña secreta para sabotear y subvertir el gobierno de Castro, mientras que la CIA, con la aprobación de la Casa Blanca, ponía en marcha

una serie de planes aún más estrafalarios para asesinar al «máximo líder» de Cuba. Es difícil rebatir la observación retrospectiva de Castro según la cual «si los Estados Unidos no se hubieran empeñado en acabar con la Revolución cubana, la crisis de octubre no habría existido».

La crisis de octubre, o la crisis de los misiles, como se conoce más comúnmente, fue el enfrentamiento más peligroso entre Estados Unidos y la Unión Soviética de toda la Guerra Fría, un enfrentamiento en el que las dos superpotencias –y el mundo– estuvieron más cerca de una devastación provocada por una guerra nuclear. Comenzó el 14 de octubre de 1962, cuando un avión espía de reconocimiento, un U-2, fotografió unas plataformas de lanzamiento de misiles de alcance intermedio que se estaban construyendo en Cuba. Dos días después, los servicios de inteligencia presentaron al presidente pruebas fotográficas incontrovertibles de que la URSS había instalado misiles en la isla. Las fotografías ofrecían una imagen alarmante: Cuba había recibido ya de la Unión Soviética entre 16 y 32 misiles, tanto misiles balísticos de alcance intermedio (IRBM), con un alcance de 3.700 km, como misiles balísticos de alcance medio (MRBM), con un alcance de 1.650 km. La CIA calculaba que los misiles serían probablemente operativos en una semana y que, una vez provistos de cabezas nucleares, podrían causar al menos 80 millones de víctimas si se lanzaban sobre las principales ciuda-



7. Prueba fotográfica de la existencia de una instalación de misiles balísticos de alcance medio en San Cristóbal, Cuba. Octubre de 1962.

des de Estados Unidos. Ante esta amenaza contra la seguridad de Estados Unidos, Kennedy reunió al Comité Ejecutivo de su Consejo de Seguridad Nacional para que le asesorase con respecto a las angustiosas decisiones que pronto habría de tomar. El presidente y su círculo más cercano se mostraron de acuerdo desde el primer momento en que la presencia de misiles nucleares en Cuba era inaceptable y que, por lo tanto, su inmediata retirada era absolutamente necesaria. La cuestión abrumadora, y en torno a la cual giraron las reuniones del

comité, mantenidas prácticamente durante las veinticuatro horas del día, consistía en decidir qué medios eran los más fiables para alcanzar ese objetivo sin desencadenar una guerra nuclear.

¿Por qué había arrojado los dados Kruschev de una forma tan descaradamente provocadora? Las pruebas de las que hoy disponemos sugieren que, en mayo de 1962, el dirigente soviético decidió llevar a la práctica la peligrosa táctica de desplegar misiles nucleares en Cuba por diferentes razones. En primer lugar, para impedir la invasión de la isla por parte de Estados Unidos, proporcionando así protección a un régimen que había unido su suerte a la de la Unión Soviética. De este modo podía neutralizar también el desafío de una China cada vez más hostil y recuperar la posición histórica del Kremlin como venero ideológico y militar de las fuerzas revolucionarias socialistas del mundo. Además, y quizá fuera esto lo más importante, Kruschev vio en la acosada revolución cubana la oportunidad que le ofrecía el azar para cerrar el abismo que separaba, en cuanto a misiles, a la Unión Soviética de Estados Unidos. «Los americanos han rodeado nuestro país de bases militares y nos han amenazado con armas nucleares; ahora aprenderán lo que se siente cuando te están apuntando misiles enemigos –reflexionaría más tarde–. No hemos hecho más que darles un poco de su propia medicina.»

En vista de la enorme desigualdad que existía a mediados de 1962 entre las cabezas nucleares capa-

ces de ser «entregadas» que poseían los norteamericanos y las que poseía la Unión Soviética –una desigualdad del orden de 17 a 1–, los misiles rusos instalados en Cuba por Kruschev, aunque no hubieran alterado el equilibrio estratégico global, sí habrían doblado, o posiblemente triplicado, el número de cabezas nucleares capaces de alcanzar objetivos estadounidenses. Psicológica y políticamente, si no estratégicamente, esos misiles habrían alterado la dinámica de la relación de las superpotencias con desventaja para Estados Unidos.

Después de que Cuba aceptara en junio la oferta del Kremlin, los soviéticos comenzaron a introducir clandestinamente material bélico y fuerzas militares en la isla. Además de las proyectadas instalaciones de IRBM y MRBM, Moscú proporcionó misiles tierra-aire para la protección de las plataformas, 42 bombarderos ligeros IL-28, otros 42 interceptores de cazabombarderos MIG-21 y 42.000 soldados. Aunque los analistas norteamericanos lo ignoraban en aquel momento, las fuerzas soviéticas en Cuba contaban también con armas nucleares tácticas o de corto alcance. Los mandos locales tenían autorización para utilizarlas en el caso de que se produjera una invasión estadounidense. Cuando, décadas después, McNamara supo que habían existido nueve armas nucleares tácticas en Cuba en octubre de 1962, exclamó: «Es horrible. Eso significa que si hubiera tenido lugar una invasión... habría habido un noventa y nueve por ciento de probabi-

lidades de que hubiera comenzado una guerra nuclear».

La invasión fue, efectivamente, una de las opciones que manejó el Comité Ejecutivo de Kennedy durante los primeros días de la crisis. Aunque tenía fuertes defensores, entre ellos la Junta de Jefes de Estado Mayor –como los tenía la idea de un ataque aéreo preventivo destinado a destruir los misiles–, el presidente eligió una vía más prudente y considerablemente menos arriesgada: llevar a cabo un bloqueo naval de la isla, o «cerco de cuarentena», para impedir la llegada de nuevos envíos. El 22 de octubre Kennedy apareció en la televisión nacional para advertir de la gravedad de la situación y explicar a grandes rasgos su decisión al pueblo americano. Si los soviéticos lanzaban sus misiles desde suelo cubano contra cualquier objetivo situado en el hemisferio occidental, subrayó Kennedy, Estados Unidos consideraría esa acción «un ataque de la Unión Soviética contra Estados Unidos que conduciría inmediatamente a la toma de represalias». El 24 de octubre, los responsables de la política exterior norteamericana respiraron con alivio cuando los barcos soviéticos se detuvieron en el límite del «cerco de cuarentena» establecido, evitando así la temida confrontación. El secretario de Estado, Dean Rusk, bromeó: «Recuerden cuando informen sobre esto: en ese cara a cara en que nos miramos fijamente, ellos fueron los primeros en pestañear».

Pero la crisis no se había cerrado. La construcción de las plataformas de lanzamiento de misiles continuó; 140.000 soldados fueron enviados al sur de Florida para el caso de una posible invasión y fuerzas estratégicas nucleares pasaron a estar en situación de alerta. En una carta dirigida a Kennedy el 26 de octubre, Kruschev adoptó un tono conciliador. Aunque condenaba en ella el bloqueo de Cuba como acto de piratería naval, daba a entender también que estaría dispuesto a retirar los misiles a cambio de la promesa de Estados Unidos de no invadir la isla. En un confuso giro de la situación, al día siguiente hizo pública una nueva misiva, más beligerante, en la que elevaba el precio del acuerdo y exigía no sólo la promesa de no invadir Cuba, sino también la retirada de los misiles Júpiter que Estados Unidos tenía en Turquía. Esos misiles, operativos desde comienzos de aquel mismo año, constituían para los soviéticos un símbolo particularmente humillante de su inferioridad nuclear, aunque los expertos nucleares norteamericanos consideraban que su valor estratégico era mínimo.

El 28 de octubre, precisamente en el momento en que la situación parecía a punto de estallar, los negociadores soviéticos y norteamericanos llegaron a un acuerdo provisional, en el cual el hermano del presidente, el fiscal general Robert F. Kennedy, desempeñó un papel decisivo. Estados Unidos ofreció un compromiso, basado en la primera carta de

Kruschev, que Moscú consideró aceptable. Los soviéticos accedieron a retirar los misiles de Cuba mientras los norteamericanos, por su parte, se comprometieron a no invadir la isla. Kruschev reveló inmediatamente las líneas maestras del acuerdo en un mensaje radiofónico. En un importante addendum que no se hizo público en aquel momento, indicó, por medio de una carta personal dirigida al mandatario estadounidense, su entendimiento de que la futura retirada de los misiles Júpiter de Turquía constituía un elemento básico del trato, como Robert Kennedy había prometido previamente al representante ruso. Estados Unidos insistió, sin embargo, en que esa retirada no se ligara explícitamente a la crisis cubana, pues los misiles de Turquía se hallaban técnicamente bajo control de la OTAN y no bajo control estadounidense.

Durante los últimos cuarenta años los investigadores, analistas políticos y ex funcionarios gubernamentales han debatido los diferentes aspectos de aquella posible catástrofe, discrepando con frecuencia de manera significativa en sus interpretaciones. Mientras unos han alabado la forma magistral en que Kennedy gestionó la crisis y el notable aplomo con que manejó la situación, otros han atacado al presidente norteamericano por su disposición a arriesgarse a una guerra nuclear y a llevar a una muerte prácticamente segura a decenas de millones de americanos, soviéticos y europeos por unos misiles que no alteraban en lo fundamental el equi-



8. Nikita Kruschev y Fidel Castro se abrazan en la ONU. Septiembre de 1960.

librio nuclear existente. El ex secretario de Estado Dean Acheson, que participó en las deliberaciones del Comité Ejecutivo, atribuyó más tarde el éxito

de Kennedy en la crisis cubana «a suerte pura y dura». Quizá sea ésta la coda más apropiada a ese asunto, especialmente cuando se reconoce lo cerca que estuvo el mundo de una guerra nuclear en octubre de 1962. Pero hay que admitir que la cautela y prudencia instintivas que demostró el presidente norteamericano frente a la tremenda presión a la que le sometieron sus asesores militares, que exigían una respuesta más agresiva, contribuyeron decisivamente al desenlace pacífico de un conflicto cargado de un peligro sin precedentes.

La crisis de los misiles cubanos demuestra sin la menor duda –como lo habían demostrado anteriormente las de Taiwán y Berlín– la fundamental importancia del desequilibrio nuclear en esta fase de la Guerra Fría. Los líderes norteamericanos tenían una confianza suma en que podían obligar a los soviéticos a dar marcha atrás en cualquier confrontación; la aplastante superioridad nuclear de su país era su baza definitiva, un hecho entendido y aceptado tanto por Moscú como por Washington. Y sin embargo, ambos bandos comprendían que esa enorme superioridad en cuanto a cabezas nucleares constituía un fenómeno transitorio. Los expertos estadounidenses creían que la Unión Soviética alcanzaría la paridad en ese terreno en un futuro cercano; los planificadores de Defensa soviéticos, por su parte, estaban decididos a acabar con ese desequilibrio lo antes posible. Con unas palabras que reflejaban la mezcla de amargura y de

resolución inflexible que compartía la élite del Kremlin, Vassily Kuznetsov, el viceministro de Asuntos Exteriores soviético, advirtió a un diplomático norteamericano poco después de la crisis de Cuba: «Nunca podréis volver a hacernos esto».

La advertencia resultó ser profética. Como resultado del enfrentamiento en el Caribe, Moscú dirigió todos sus esfuerzos a incrementar sus reservas nucleares, aumentar su flota de bombarderos y mejorar su programa de misiles. Pocos años después, los soviéticos habían desarrollado una nueva generación de misiles ICBM que les proporcionó lo que no habían tenido cuando Kennedy obligó a Kruschev a retirarse precipitadamente de Cuba: la capacidad casi cierta de inflingir enormes pérdidas a Estados Unidos en un enfrentamiento nuclear. Ese logro, confirmado a mediados de la década de los sesenta, anunció una alteración del equilibrio del armamento nuclear con la consiguiente alteración en la naturaleza de la Guerra Fría. Ahora que ambos bandos tenían la capacidad de ocasionar al otro daños incalculables, ninguno de los dos podía arriesgarse a provocar una guerra nuclear, o al menos eso pensaban los estrategas. De acuerdo con esta lógica optimista, que pronto recibió el nombre de «Doctrina de la destrucción mutuamente asegurada» (descrita en inglés con la sigla MAD), la posesión por parte de las dos superpotencias de un enorme arsenal de armas atómicas aumentaba la seguridad mundial al convertir un conflicto nu-

clear en una autodestrucción tan irracional como cierta para los dos.

La crisis de los misiles merece ser reconocida como un punto de inflexión de la Guerra Fría también por otros motivos. Tras haber mirado al fondo del abismo, tanto los líderes estadounidenses como los soviéticos reconocieron la necesidad de evitar futuros enfrentamientos como el ocurrido en Cuba y comenzaron a dar pasos significativos en esa dirección. En junio de 1963 se instaló una «línea caliente» –el «teléfono rojo»– entre el Kremlin y la Casa Blanca para facilitar una comunicación directa en momentos de crisis. En agosto de ese mismo año, Estados Unidos y la URSS firmaron un tratado que prohibía las pruebas nucleares, exceptuando las subterráneas. Dos meses después aprobaron una resolución de Naciones Unidas que prohibía enviar armas nucleares al espacio. Incluso la retórica de ambos bandos se enfrió notablemente. En junio de 1963 Kruschev aplaudió el discurso conciliador pronunciado por Kennedy en la Universidad Americana, en el que el presidente afirmó que debía dedicarse una mayor atención «a nuestros intereses comunes y a todo aquello que pueda servir para resolver nuestras diferencias».

La crisis de los misiles tuvo también consecuencias con respecto a la OTAN. Algunos de los países que integraban esta organización, especialmente Francia y Alemania Occidental, dedujeron de ese episodio la inquietante lección de que Washington,



9. El general y dirigente francés Charles de Gaulle.

ante cualquier confrontación con la Unión Soviética, actuaría siempre de acuerdo con sus propios intereses aunque fueran las vidas de los europeos las que estuvieran en juego. A pesar de que apoyaron firmemente a Estados Unidos durante la crisis y celebraron la relajación de la tensión entre el Este y el Oeste, la decisión del gobierno de Kennedy de informarlos, en lugar de consultarlos, acerca de sus acciones les inquietó profundamente.

El presidente francés Charles de Gaulle temió que Francia pudiera enfrentarse un día a «una ani-

CHARLES DE GAULLE

De Gaulle, el general francés que encabezó el gobierno de la «Francia Libre» en el exilio durante la Segunda Guerra Mundial, fue presidente del gobierno provisional francés inmediatamente después de la liberación, recuperando el poder en 1958. Como presidente de Francia desde ese año hasta su retiro en 1969, De Gaulle, orgulloso, arrogante y profundamente nacionalista, se esforzó por conseguir para Francia un papel de liderazgo, independiente del eje anglo-americano. El tratado franco-alemán de enero de 1963, un acuerdo de cooperación, ayuda mutua y coordinación estratégica que él impulsó, constituyó la base de sus planes para lograr un bloque continental fuerte. En 1966 retiró a Francia de la estructura del mando integrado de la OTAN, pero no de la organización.

quilación sin representación». Convencido de que para la seguridad de su país, y la de Europa en su totalidad, sería más conveniente una política exterior francesa dotada de un mayor grado de independencia, tomó medidas para desarrollar una fuerza nuclear propia, distanció a Francia de la estructura militar de la OTAN dominada por Estados Unidos y fortaleció las relaciones entre París y Bonn. Todas estas iniciativas tuvieron graves repercusiones en la relación triangular entre la Unión Soviética, Estados Unidos y sus aliados europeos, leales pero inquietos. Como tuvo también profundas repercusiones el conflicto más controvertido, largo y sangriento de toda la Guerra Fría.

Vietnam: una trágica manifestación de la Guerra Fría

La Guerra de Vietnam enfrenta al estudioso de la Guerra Fría con una gran paradoja. Por una parte, Estados Unidos y la Unión Soviética parecían avanzar hacia una relación más segura y estable tras la crisis de los misiles. El glaciar parecía estar derritiéndose. Y sin embargo, en el mismo momento en que comenzaba el proceso de deshielo, Norteamérica se preparaba para iniciar en el lejano Sureste Asiático un enfrentamiento relacionado con la Guerra Fría. Cuando Kennedy fue asesinado en noviembre de 1963, había enviado ya 16.000 asesores militares a Vietnam del Sur, había permitido que

esos mismos asesores participaran en combates contra los insurgentes del Vietcong, había iniciado operaciones secretas contra Vietnam del Norte y había intensificado significativamente su compromiso para mantener un régimen no comunista en el sur del país. Cuando Lyndon B. Johnson estaba acabando su mandato cinco años después, más de medio millón de soldados norteamericanos estaban destinados en Vietnam del Sur, enzarzados en una guerra de desgaste contra un enemigo decidido y escurridizo que recibía apoyo diplomático y material militar tanto de Moscú como de Pekín; la Casa Blanca se enfrentaba entonces no sólo a un país profundamente dividido acerca de la eficacia y la moralidad de esa guerra, sino también a un sistema de alianzas del «mundo libre» igualmente dividido. A fines de la década de 1960, y en algunos casos mucho antes, aliados clave como Canadá, Francia, Gran Bretaña, Alemania, Holanda, Italia y Japón cuestionaron la relevancia de la costosa intervención de Estados Unidos en Indochina con respecto a los intereses y la política de la Guerra Fría.

Por erróneas que puedan parecer retrospectivamente, las razones subyacentes a la fatídica decisión de Washington de intervenir en Vietnam con una fuerza militar masiva no son difíciles de discernir. Se sitúan casi enteramente en el terreno de los temores suscitados por la Guerra Fría. En el sentido más amplio, la intervención respondía a la

determinación de contener a China y, simultáneamente, de demostrar, tanto a los aliados como a los adversarios, la credibilidad del poder norteamericano y la inviolabilidad de sus compromisos. Es difícil no coincidir con la valoración del historiador George C. Herring, según la cual «la intervención de Estados Unidos en Vietnam fue el resultado lógico, si no inevitable, de una visión del mundo y de una política –la política de la contención– que los norteamericanos, tanto los que formaban parte del gobierno como los que no, aceptaron sin cuestionarlas durante más de dos décadas». Una política, conviene subrayar, que pretendía contener no sólo a la Unión Soviética y a China, sino también a cualquier movimiento revolucionario del Tercer Mundo, especialmente a aquellos de tendencia fuertemente antioccidental, que probablemente acabarían alineándose con una de las potencias comunistas o quizá con las dos.

A comienzos de la década de 1960, China había suplantado en muchos aspectos a la Unión Soviética como el adversario más temido por Estados Unidos. De los dos gigantes comunistas, el primero parecía el más militante, hostil y beligerante. El período posterior a la crisis de los misiles, que produjo un deshielo en la relación entre Estados Unidos y la Unión Soviética, no supuso en cambio ningún alivio de la tensión entre Washington y Pekín. De hecho, el comienzo por parte de China de una breve guerra de fronteras con la India en octubre de

1962 vino a reafirmar las sospechas de Estados Unidos acerca de las inclinaciones agresivas de este país. Los responsables de la seguridad nacional de los gobiernos de Kennedy y de Johnson estuvieron convencidos de que la ruptura entre China y la Unión Soviética, cada vez más virulenta, sólo había logrado envalentonar a los dirigentes de Pekín haciéndolos más agresivos, osados e impredecibles. Los líderes norteamericanos expresaron claramente en numerosas ocasiones la conexión entre las supuestas tendencias expansionistas de China y la necesidad de la intervención de Estados Unidos en Vietnam. «Sobre esta guerra –y sobre toda Asia– se cierne otra realidad –declaró Johnson en un importante discurso de abril de 1965–, la sombra cada vez más intensa de la China comunista. El conflicto de Vietnam forma parte de un esquema más amplio de intenciones agresivas [de China].» El secretario de Estado Robert McNamara declaró ese mismo mes, en una sesión de información a la prensa, que la alternativa a la lucha en Vietnam era un Sureste Asiático dominado por China, lo cual significaba «una Asia Roja». Si los Estados Unidos se retiraban de Vietnam, advirtió, el equilibrio de poderes mundial sufriría un cambio total.

El empeño de Estados Unidos por demostrar su credibilidad como potencia capaz de enfrentarse a las agresiones con una resolución inquebrantable y de mantener sus compromisos con sus aliados se fundió perfectamente con la faceta antichina de la

política norteamericana. Con una valoración característica, el consejero para la Seguridad Nacional, McGeorge Bundy, advirtió a Johnson a comienzos de 1965: «El prestigio internacional de Estados Unidos y una parte sustancial de nuestra influencia peligran directamente en Vietnam». Johnson y sus principales asesores, al igual que una generación completa de participantes norteamericanos en la Guerra Fría, estaban convencidos de que la credibilidad de Estados Unidos debía preservarse a cualquier precio. Era el elemento indispensable para mantener unido todo el sistema de alianzas y el principal argumento disuasorio frente a la agresión comunista.

Los imperativos de la política interior también influyeron en las decisiones de Estados Unidos. A comienzos de su mandato, Kennedy confesó a un periodista con respecto al deterioro de la situación en Vietnam: «No puedo renunciar a un territorio así en favor de los comunistas y conseguir que el pueblo americano vuelva a elegirme». Tanto a Kennedy como a Johnson les preocupaba que la pérdida de Vietnam del Sur provocara en Estados Unidos una tormenta política que paralizara el país... y destruyera sus respectivas presidencias. Según el asesor político Jack Valenti, Johnson estaba convencido de que los republicanos, unidos a los demócratas conservadores, le habrían «hecho pedazos» si no se hubiera enfrentado al comunismo en el Sureste Asiático. Temía también que su ambi-

cioso programa de reformas internas descarrilara en el Congreso si se producía en Vietnam una humillante derrota bajo su mandato.

Si bien es cierto que las fuerzas que impulsaban a Estados Unidos a participar en una guerra en Indochina eran poderosas, de ningún modo eran irresistibles. El gobierno de Johnson –que cruzó el Rubicón a comienzos de 1965 con la doble decisión de iniciar una campaña de bombardeos a gran escala contra Vietnam del Norte y enviar tropas de combate a Vietnam del Sur– podría haber optado por un acuerdo negociado como había hecho el gobierno de Kennedy en Laos en 1961-1962. Poderosos grupos de presión, especialmente en el seno del Congreso y en los medios del *establishment*, así como voces autorizadas en las capitales aliadas, aconsejaron precisamente esa táctica primero a Kennedy y luego a Johnson. En agosto de 1963, el presidente De Gaulle exigió públicamente un Vietnam neutralizado, ofreciendo a Estados Unidos una forma de salvaguardar su imagen. Sin embargo, ni Kennedy ni Johnson se mostraron dispuestos a aceptar una alternativa diplomática que para ellos equivalía a una derrota. Los líderes norteamericanos presentaron su obstinada determinación con respecto a Vietnam del Sur como una actitud totalmente consecuente con anteriores actuaciones durante la Guerra Fría. «El desafío al que nos enfrentamos hoy en el Sureste Asiático –insistió Johnson en su discurso de agosto de 1964– es el

mismo al que nos hemos enfrentado con valentía y al que hemos hecho frente con firmeza en Grecia y en Turquía, en Berlín y en Corea, en Líbano y en China.» La defensa de Saigón, solía subrayar el secretario de Estado Dean Rusk, era tan importante para la seguridad del «mundo libre» como la defensa de Berlín Occidental.

Desde el principio, aliados clave de la OTAN mostraron su desacuerdo. La mayoría no consideraban la perspectiva de una victoria de las fuerzas comunistas en Vietnam en los mismos términos apocalípticos que sus socios norteamericanos. A diferencia de los responsables de política exterior de Washington, veían el Sureste Asiático como algo secundario con respecto a la seguridad de Occidente, restaban importancia a la amenaza china en la región, que tanto preocupaba a Estados Unidos, y dudaban de la relevancia del régimen de Vietnam del Sur, hundido en la corrupción y en la incompetencia con respecto a la posición de Occidente en el curso de la Guerra Fría. Los aliados de Estados Unidos se mofaban, aunque raramente en público, de los esfuerzos de este país por hacer de la defensa de Saigón un sinónimo de la defensa de Berlín.

En resumen, no era necesario ser ajeno al consenso que aún prevalecía tanto en el seno de la sociedad americana como en el de las sociedades y estados que constituían la gran alianza occidental para oponerse al impulso de Johnson hacia un

conflicto directo en Indochina. No sólo el imperioso e independiente De Gaulle se mostró contrario a la intervención, sino también Harold Wilson en Gran Bretaña, Lester Pearson en Canadá y otros aliados leales en otros países. Estados Unidos prefirió, sin embargo, hacer oídos sordos a aquellas voces que aconsejaban cautela y contención. Obsesionado por sus temores acerca de las consecuencias –estratégicas, psicológicas y políticas– de una derrota en aquella región, Johnson y sus consejeros eligieron conscientemente la guerra frente a cualquier acuerdo diplomático.

Entre 1965 y 1968 el gobierno norteamericano no escatimó ni tropas ni recursos en Vietnam del Sur en un infructuoso esfuerzo por aplastar la insurgencia popular mientras trataba simultáneamente de apuntalar una sucesión de gobiernos impopulares e ineficaces en Saigón. Moscú y Pekín, por su parte, proporcionaron a Hanoi la ayuda material y militar que tan críticamente necesitaba, complicando así aún más la tarea de Estados Unidos y añadiendo al conflicto un aspecto de enfrentamiento entre el Este y el Oeste. Mientras la guerra se prolongaba interminablemente, el número de disidentes creció –tanto dentro como fuera de Estados Unidos– y el consenso que había sostenido los compromisos de Estados Unidos en ultramar durante las dos décadas anteriores comenzó a fracturarse. La masiva ofensiva del Tet a comienzos de 1968 dejó al descubierto las contradicciones de la

estrategia militar de Estados Unidos en Vietnam y, lo que era más importante, los límites de su poder.

La década que se inició con las crisis de Taiwán y Berlín de 1958 y se cerró con la ofensiva del Tet de 1968 marcó una transformación importante de la Guerra Fría. Puede decirse que el enfrentamiento entre el Este y el Oeste conoció su etapa más peligrosa entre 1958 y 1962, culminando con la crisis de los misiles de Cuba. A partir de ese momento, las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética experimentaron un deshielo sólo amenazado por la escalada de hostilidades en Vietnam. A pesar de este conflicto, las dos superpotencias consiguieron evitar otra confrontación importante durante el final de la década de 1960, manteniendo al menos una parte del impulso positivo generado por el acercamiento posterior a la crisis cubana. En 1968 las superpotencias se acercaron de hecho a un acuerdo histórico sobre la limitación de armas estratégicas. La naturaleza cambiante de la dinámica interna de la Guerra Fría –tanto en el Este como en el Oeste– contribuyó a hacer posible ese importante avance.

6. Repercusiones internas de la Guerra Fría

El enfrentamiento entre las dos superpotencias produjo un impacto tan profundo y multifacético en la estructura de la política internacional y las relaciones entre los estados que ha llegado a ser habitual denominar el período comprendido entre 1945 y 1990 «la era de la Guerra Fría». La denominación resulta aún más apropiada si tenemos en cuenta la profunda huella que la lucha entre la Unión Soviética y Estados Unidos por el dominio del mundo y la supremacía ideológica imprimió en el seno de muchas naciones, lo cual constituye el tema de este capítulo. Naturalmente, no todos los sucesos importantes ocurridos entre 1945 y 1990 pueden relacionarse con la Guerra Fría, pero fue tal la influencia que ejerció este conflicto que sencillamente no se puede escribir una historia de la segunda mitad del siglo XX sin tener en cuenta

sistemáticamente las enormes –y a veces distorsionadoras– repercusiones que tuvo en los estados y sociedades del mundo.

Estas repercusiones internas han recibido una atención mucho menos sistemática por parte de los estudiosos que la dinámica internacional de la Guerra Fría. El presente capítulo ofrece una visión general y a grandes rasgos de ese extenso tema. Apunta a algunas de las formas en que esa larga confrontación afectó a la constelación interna de fuerzas en el Tercer Mundo, Europa y Estados Unidos.

El Tercer Mundo: la descolonización, la formación de nuevos estados y la geopolítica de la Guerra Fría

El nacimiento de docenas de nuevos estados independientes en todo el ámbito del Tercer Mundo y el proceso de descolonización ocasionalmente sangriento y siempre cargado de conflictos que los generó, no sólo coincidieron en el tiempo con la Guerra Fría sino que fueron moldeados por ella. De hecho fue la lucha generalizada por el poder y la influencia que mantuvieron Estados Unidos, la Unión Soviética y sus respectivos aliados lo que dio origen a la expresión «Tercer Mundo». Este conveniente eslogan político que agrupaba vagamente las zonas predominantemente pobres, no blancas y no alineadas del planeta, designaba ini-

cialmente una palestra de confrontación entre el Este y el Oeste, los llamados Primer y Segundo Mundo. Las presiones de la Guerra Fría exacerbaron en unos casos, y en otros facilitaron, la transición del colonialismo a la independencia. Aunque el impacto concreto que ejerció en el proceso de descolonización fue muy diferente en cada lugar, el enfrentamiento entre las dos superpotencias surgió siempre como una variable externa de crucial importancia. Cualquier historia de la descolonización quedaría incompleta si no analizara las diferentes maneras en que la Guerra Fría incidió en un proceso que incluyó desde los movimientos de liberación del Sur y Sureste Asiático de mediados y finales de la década de 1940 hasta la resistencia de los africanos al colonialismo portugués a comienzos y mediados de la década de 1970.

La formación de nuevos estados poscoloniales en gran parte de Asia y África, así como en el Cercano Oriente y en algunas zonas del Caribe, tuvo como telón de fondo la omnipresente Guerra Fría. La forma, cohesión y vitalidad de esos estados, el modo en que se configuró el poder en cada uno de ellos, su habilidad para ganarse la atención y el prestigio internacionales, las posibilidades de sus líderes para asegurarse el capital, la asistencia técnica y los recursos necesarios para conseguir un desarrollo prioritario o la ayuda militar con que cubrir sus necesidades de Defensa, se vieron afecta-

dos significativamente por este conflicto. En muchos aspectos, sencillamente no puede escribirse la historia de la formación de los estados del Tercer Mundo que siguió a la Segunda Guerra Mundial –ni la historia de la descolonización– sin atender sistemáticamente a esta variable clave.

La Guerra Fría enfrentó a los líderes en potencia del Tercer Mundo con una compleja variedad de problemas, desafíos y oportunidades, lo cual ya se había hecho evidente durante las luchas anticolonialistas que habían tenido lugar poco después del final de la guerra en el Sureste Asiático. Ho Chi Minh y Sukarno pidieron ayuda a Estados Unidos inmediatamente después de la rendición de Japón, basando sus peticiones en la histórica ayuda norteamericana a la autodeterminación, pero ambos sufrieron una decepción al descubrir que el gobierno de Truman daba prioridad en este sentido a los compromisos adquiridos con sus aliados europeos, negándose a adquirir, al menos inicialmente, compromiso alguno diplomático o material con sus respectivos movimientos de independencia. Ho Chi Minh, un veterano agente de la Komintern y miembro fundador del Partido Comunista de Indochina, acudió a la Unión Soviética y a la República Popular China en busca de una ayuda que comenzó a recibir a comienzos de 1950. Sukarno, por otra parte, demostró la buena fe de su anticomunismo al sofocar una tentativa de los comunistas por conseguir el control del movimiento inde-

pendentista de Indonesia. Al reprimir el alzamiento de Madiun en 1948 –una acción que formaba parte de una estrategia consciente dirigida a conseguir el apoyo de Occidente y especialmente de Estados Unidos–, los nacionalistas indonesios demostraron el carácter moderado de su movimiento. Su estrategia dio resultado en la medida en que el gobierno de Truman presionó a Holanda al año siguiente para que concediera la independencia a quien consideraba un líder firmemente anticomunista y relativamente fiable.

Las trayectorias radicalmente divergentes de los esfuerzos comparables de los nacionalistas indonesios y de los vietnamitas por conseguir el autogobierno ilustran claramente hasta qué punto influyó la dinámica de la Guerra Fría en las sociedades del Tercer Mundo. Ambos casos iluminan igualmente las diferentes opciones que se ofrecían a los estadistas de estos países, dispuestos a surcar las procelosas aguas de la política de las grandes potencias. Sus líderes podían conseguir el respaldo de Estados Unidos demostrando, o comprometiéndose a demostrar, sus convicciones anticomunistas, su carácter moderado y sus inclinaciones prooccidentales, o, en caso contrario, podían aspirar a la ayuda soviética o china destacando sus credenciales antioccidentales o revolucionarias.

En el mundo esencialmente bipolar al que se enfrentaron los movimientos independentistas del Tercer Mundo desde mediados de la década de

1940 hasta mediados de la de 1970, era difícil evitar la presión que les empujaba a alinearse con uno u otro de los campos ideológicos y sus sistemas de alianzas militares, teniendo en cuenta especialmente los beneficios concretos que podía producir –o negar– la elección que hicieran. Cuanta mayor era la oposición a la tentativa de independencia, mayor se hacía la necesidad de los independentistas de recibir ayuda de uno de los bloques. Más aún, cuando las coaliciones anticolonialistas se fracturaban, como ocurrió en el Congo en 1960 o en Angola en 1974-1975, la tentación de las facciones opuestas de recibir ayuda de uno de los dos superpoderes enfrentados se convirtió en irresistible. Las diferentes visiones que los líderes nacionalistas tenían respecto al futuro, que a menudo abarcaban transformaciones socioeconómicas de gran alcance en sus respectivos países, vinieron a complicar aún más la elección a la que les forzaban las presiones de las superpotencias. Decantarse por el bloque occidental, tan receloso de aquellos que se inclinaban a marchar al son de los tambores socialistas, podía restringir los límites de ciertos proyectos políticos y de desarrollo, comprometiendo la libertad de elección que invariablemente reclaman las élites nacionales. Decantarse por el bloque socialista, por otra parte, minimizaba sin duda –si no la convertía en irrealizable– la posibilidad de recibir dólares y apoyo de la nación más rica y poderosa de la tierra.

Con la independencia, los nuevos estados del Tercer Mundo se enfrentaron a un conjunto de dilemas igualmente graves. Unos buscaron activamente alinearse con Estados Unidos porque un compromiso formal con Occidente parecía adecuarse más a sus necesidades internas.

En el caso de Pakistán, por ejemplo, sus élites gubernamentales buscaron una conexión con Norteamérica desde los primeros días de su existencia, convirtiéndose en un aliado formal a mediados de la década de 1950 por medio de la negociación de un acuerdo de seguridad bilateral con Washington y su participación en dos pactos multilaterales. Esta alianza aseguraba a Pakistán protección no tanto con respecto a la Unión Soviética como con respecto a la India, su principal rival en la región, o al menos eso creyeron los principales líderes paquistaníes. Ofrecía un medio de contribuir a consolidar la supervivencia de un experimento de construcción de una nación en extremo precario dada la división geográfica, lingüística y étnica de Pakistán, mientras que, por otra parte, fortalecía el dominio del grupo étnico punjabí, que era el que había luchado con mayor agresividad por la ayuda de Estados Unidos y defendido la alineación con Occidente. Durante los quince años siguientes, esos compromisos –y la ayuda económica y militar que de ellos se derivaron– moldearon la constelación de fuerzas dentro del país. La alianza con Estados Unidos reforzó a la élite punjabí, y a los militares

en particular, a expensas de otros contendientes por el poder, distorsionando el equilibrio político de la nación desde sus mismos comienzos.

En cuanto a Tailandia, por citar otro ejemplo revelador, sus líderes aspiraban a una alianza con Estados Unidos por razones similares. Obedeciendo a una antigua estrategia nacional inspirada por el temor tradicional a China, su vecino gigantesco y potencialmente amenazador, buscaron un mecenas externo fuera comunista o no. La Guerra Fría proporcionó a las élites tailandesas el medio de asegurarse ese mecenas, ya que su pretensión encajaba perfectamente con la necesidad que tenía Estados Unidos de contar con aliados en el Tercer Mundo. Como sus homólogos de Pakistán, los líderes militares tailandeses necesitaban la alianza con Norteamérica, y los dólares que de ella se seguirían, para afianzar su dominio y silenciar las voces disidentes. Esto alteró profundamente el curso de la historia moderna de Tailandia.

Aunque cada caso concreto presentó rasgos diferentes, prevaleció claramente un modelo general según el cual las naciones del Tercer Mundo que optaron por alinearse con Occidente lo hicieron más por razones internas que por temor al comunismo, y esa alineación influyó en gran medida en su desarrollo subsiguiente. Países tan distintos como Irak, Irán, Arabia Saudí, Turquía, Pakistán, Filipinas, Ceilán, Corea del Sur y Tailandia –por mencionar sólo algunos de los más importantes– vieron sus

prioridades nacionales, sus recursos y su equilibrio interno de poderes afectado en gran medida por la decisión de sus líderes de alinearse formal o informalmente con Occidente. Unos eran, naturalmente, nuevos estados emergentes, consecuencia de una lucha por la independencia; otros eran estados mucho más antiguos cuya condición de entidades autónomas había puesto en peligro, pero no totalmente extinguido, el dominio absoluto de Occidente. Sin embargo, a pesar de sus historias divergentes, la profunda huella que dejó la Guerra Fría en cada uno de ellos sigue siendo inconfundible.

La estrategia de una no alineación perfectamente meditada atrajo a otro grupo de líderes del Tercer Mundo, aquellos que creían que los intereses nacionales podían conseguirse de forma más efectiva evitando el compromido formal con el Este o con el Oeste. Sukarno en Indonesia, Gamal Abdel Nasser en Egipto, Kwame Nkrumah en Ghana y Jawaharlal Nehru en la India, entre otros, se esforzaron conscientemente por conseguir para sus naciones una posición de independencia con respecto a uno u otro de los dos bloques enfrentados. La complejidad de los factores a los que obedecía la táctica de seguir el camino de la no alineación son muy ilustrativos. «En la medida en que nuestras relaciones internacionales salen de nuestras manos para ser controladas por otros –advirtió Nehru–, dejamos de ser independientes.» El primer ministro indio estaba convencido de que su joven nación podía

potenciar al máximo su estatura internacional y su influencia en foros mundiales si asumía el papel de una tercera fuerza en asuntos internacionales. Su Partido del Congreso podía evitar así, además, la inevitable alienación con respecto a algunas fuerzas políticas del diverso panorama político de la India, una alienación que habría resultado inevitablemente de un compromiso formal con el Este o con el Oeste. Los líderes indios creían también que, al mantener su independencia con respecto a las esferas de influencia de Estados Unidos o de la Unión Soviética, podrían atraer de ambos bloques la ayuda que necesitaban para su desarrollo. «Aun para aceptar ayuda económica –confió un Nehru realista a un ayudante–, no es prudente poner todos los huevos en la misma cesta.» Sukarno, Nasser, Nkrumah y otros se habrían mostrado totalmente de acuerdo con esa opinión. Para consternación de los partidarios estadounidenses de la línea dura, cuya mentalidad respondía a la idea de «o estás con nosotros o contra nosotros», Washington se vio obligado a competir por las naciones no alineadas o neutrales del Tercer Mundo.

Es necesario reconocer, en resumen, el papel que representaron los actores del Tercer Mundo al tratar de aprovechar la realidad internacional dominante de su tiempo, la Guerra Fría, para maximizar los beneficios potenciales que ésta podía ofrecerles –o, al menos, para minimizar los posibles peligros–. Hay que admitir, sin embargo, que muchas

de las consecuencias que tuvo este enfrentamiento para los pueblos y las sociedades del Tercer Mundo resultaron tan inesperadas como ajenas al control de los líderes locales. A ese respecto, conviene subrayar que ya en 1950 el Tercer Mundo se destacó como el principal campo de batalla de la Guerra Fría. Conflictos que tenían raíces locales –desde Corea, el Congo y Vietnam hasta Angola, Afganistán y Nicaragua– resultaron exponencialmente más costosos al superponerse a ellos el conflicto entre las superpotencias. Vale la pena recordar aquí que la gran mayoría de los 20 millones de personas que murieron en las guerras que asolaron el globo entre 1945 y 1990 fueron víctimas de conflictos armados ocurridos en el Tercer Mundo, la mayoría de ellos relacionados al menos indirectamente con la Guerra Fría.

El impacto de la Guerra Fría en Europa

El impacto de la Guerra Fría en Europa ofrece enormes contrastes. Si bien pueden atribuirse al enfrentamiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética gran parte de la devastación, la inestabilidad y las guerras que asolaron los países emergentes entre 1945 y 1990, también es cierto que fue responsable en gran medida de la era de paz, prosperidad y estabilidad sin precedentes que experimentaron los europeos. Irónicamente, una lucha

geopolítica e ideológica que comenzó como un conflicto sobre el destino de Europa acabó no sólo perdonando a este continente, sino sentando también las bases necesarias para la expansión económica más prolongada de su historia, una expansión posible gracias a una paz duradera y a un rápido movimiento en dirección hacia la integración política y económica de Europa Occidental, una y otro propiciados por la Guerra Fría.

La «Edad de Oro» de la expansión capitalista y de la productividad, que abarcó desde fines de la década de 1940 hasta comienzos de la década de 1970, coincidió esencialmente con los primeros veinticinco años de ese largo enfrentamiento y fue impulsada en gran medida por éste. Aquellos años fueron testigos «de la revolución en cuanto a asuntos humanos más espectacular, rápida y profunda que ha conocido la historia», según la acertada valoración del historiador Eric Hobsbawm. «Para muchos de los que habían vivido la Depresión y la guerra –añade el historiador John Young– Europa Occidental parecía una tierra prometida.»

Las tendencias económicas, políticas y de seguridad se reforzaron mutuamente en la Europa de la Guerra Fría. Los cerca de 13.000 millones de dólares que el Plan Marshall invirtió en Europa Occidental entre 1948 y 1952 ciertamente ayudaron a estimular la gran expansión de la posguerra, aunque los especialistas en historia económica continúan debatiendo el peso concreto que debería

asignarse a la contribución americana. La cobertura de seguridad que proporcionó Estados Unidos y el apoyo que prestó este país a la integración de la República Federal Alemana en Europa Occidental, así como al movimiento paralelo hacia una integración regional más amplia, jugaron también un papel instrumental. Los dirigentes europeos siguieron en ocasiones el liderazgo norteamericano, pero con la misma frecuencia asumieron el liderazgo ellos mismos, aprovechando las oportunidades que ofrecían la Guerra Fría, la ocupación de Alemania y el nuevo interés de Estados Unidos para llevar a cabo los cambios regionales y las reformas sociales y económicas internas que juzgaron necesarios. Ellos y sus valedores norteamericanos reconocieron desde el primer momento, como observa el historiador Herman-Josef Rupieper, que «si la prosperidad y la democracia habían de florecer en la mitad occidental de una Europa dividida, los europeos del occidente de Europa tendrían que avanzar, con la ayuda y protección de Estados Unidos, hacia un sistema económico, militar y político integrado». Los líderes de esa región tenían también plena conciencia de que el problema alemán, que había afectado a la seguridad del continente durante generaciones, debía ser resuelto para que la productividad de Alemania pudiera utilizarse en beneficio de la recuperación económica europea sin que el país volviera a convertirse en una amenaza militar.

Así pues, actuaron con creatividad y firmeza para avanzar en dirección a la integración. En julio de 1952, Francia, Italia, la República Federal Alemana, Bélgica, Holanda y Luxemburgo formaron la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA). En marzo de 1957, en lo que significó un paso aún más audaz y significativo hacia la unidad, esas mismas naciones firmaron los tratados de Roma que dieron origen a la Comunidad Económica Europea (CEE) y a la Comunidad Europea de la Energía Atómica (EURATOM). Un acercamiento histórico entre Francia y Alemania facilitó el desarrollo de esas exitosas instituciones supranacionales. «Alemania y Francia son unos vecinos que se han hecho la guerra una y otra vez a través de los siglos –declaró el canciller de Alemania Federal, Konrad Adenauer–. Esa locura debe terminar de una vez por todas.» Las impresionantes tasas de crecimiento de los países de la Comunidad Económica Europea, que estaban en la vanguardia del boom económico de Europa Occidental, demostraron las ventajas tangibles que ofrecía sustituir los enfrentamientos militares por la cooperación económica. En 1960, «los seis» representaban conjuntamente la cuarta parte de la producción industrial mundial y dos quintas partes del total del comercio internacional.

Los ciudadanos de a pie de Europa Occidental fueron los principales beneficiarios de estos cambios. El crecimiento económico continuado les proporcionó salarios más altos, semanas de trabajo

más cortas, beneficios sociales más generosos y una sanidad y una educación de mejor calidad. El éxito de la fórmula produccionista –que consistía, básicamente, en «haz una tarta más grande y todos se beneficiarán»– contribuyó también a la estabilidad política, redujo la tensión tradicional entre el capital y el trabajo y rebajó el atractivo de los partidos comunistas de Europa Occidental. El desempleo desapareció prácticamente, reduciéndose a una media del 2,9% en la década de 1950 y a un mero 1,5% en los años sesenta. En la Europa de la Guerra Fría se crearon verdaderos paraísos de consumidores desconocidos en épocas anteriores; la clase media y la clase trabajadora comenzaron a percibir salarios que les permitían el acceso a productos que hasta entonces sólo habían estado al alcance de los más pudientes. En Italia, por ejemplo, el número de propietarios de un coche pasó de 469.000 en 1938 a 15 millones en 1975. El número de frigoríficos en los hogares británicos subió del 8% en 1956 al 69% en 1971. En 1973, el 62% de las familias francesas disfrutaron de vacaciones anuales, más del doble de las que las habían disfrutado en 1958. Resulta revelador que, en las elecciones generales de 1959, el primer ministro británico Harold Macmillan solicitara los votos de los ciudadanos con este singular eslogan: «Nunca habéis vivido mejor».

Durante las décadas posteriores a la guerra, los consumidores de Europa Occidental salvaron la diferencia que durante tanto tiempo les había separa-

do de sus homólogos norteamericanos. En los años sesenta, todos ellos conocieron lo que David Reynolds identifica con las características esenciales de las sociedades orientadas al consumo: «Bienes de uso doméstico fabricados en serie, una población creciente con ingresos en aumento, un crédito ilimitado y una publicidad agresiva». En la medida en que la Guerra Fría consistió también en una lucha por ganar los corazones, las mentes y los estómagos del ciudadano medio, el éxito espectacular de las economías capitalistas entre 1950 y 1975 vino a respaldar los argumentos políticos e ideológicos de Estados Unidos y sus aliados occidentales.

Las deficiencias que evidenciaban paralelamente las economías al estilo soviético de la Europa del Este, que se esforzaban por cubrir apenas las necesidades básicas de las poblaciones locales, reforzaron aún más las afirmaciones relativas a la superioridad de Occidente. Desde 1960 en adelante se fue abriendo una sima cada vez mayor entre las condiciones materiales de la Europa Oriental y la Occidental.

A partir de la Segunda Guerra Mundial las sociedades predominantemente agrarias del este del río Elba sufrieron una brusca transición del capitalismo al socialismo bajo la mirada vigilante de Stalin. Emulando de cerca el modelo soviético, los partidos comunistas de Europa del Este se embarcaron en políticas de industrialización, subordinando los impulsos nacionalistas a los imperativos del «inter-

nacionalismo proletario» definido por Moscú. Se siguieron, sin duda, beneficios para el ciudadano medio: mejoró la sanidad, mejoró la dieta, descendió la tasa de mortalidad, se amplió el acceso a la educación y se consiguió el pleno empleo. Pero esas mejoras se alcanzaron a cambio de un alto precio en países en los que la represión política, la persecución religiosa, la supresión de las libertades individuales y la aplicación rígida de la conformidad ideológica se convirtieron en norma, tal y como había ocurrido en la URSS. Las economías de la Europa del Este y de la Unión Soviética registraron un crecimiento espectacular hasta el final de la década de 1950, superando incluso a las de Europa Occidental en cuanto a tasas de crecimiento anual. Sin embargo, en la década de 1960 ese crecimiento se redujo considerablemente conforme los problemas inherentes a los modelos de planificación verticalista, unidos a la incapacidad de los países del Este de satisfacer las crecientes demandas de los consumidores, se fueron haciendo más evidentes.

Los esfuerzos periódicos por liberalizar los sistemas económicos y políticos de los estados del Pacto de Varsovia fallaron invariablemente a lo largo de los años cincuenta y sesenta. La Unión Soviética, ya fuera bajo el gobierno del rígido Stalin, del más flexible Kruschev o del adusto Breznev, no estaba dispuesta a tolerar una verdadera reforma estructural o una verdadera diversidad política dentro de su esfera de influencia. El surgimiento y la rápida

desaparición en 1968 de la «Primavera de Praga» dejaron bien claros los límites de la liberalización.

En enero de ese año, Alexander Dubček, un líder comunista reformista, había asumido el poder en Checoslovaquia. Su intención era satisfacer el clamor de los checos por una mayor libertad política y por reformas económicas sin renunciar al apoyo de la Unión Soviética y dentro del marco del partido. Semejante equilibrio resultó imposible. La tarde del 20 de agosto de 1968, los tanques soviéticos entraron en Checoslovaquia y, al igual que en Hungría doce años antes, aplastaron un esperanzado experimento de pluralismo político. Prudentes,

LA «DOCTRINA BREZNEV»

El Politburó soviético decidió utilizar la fuerza para contener el brote de pluralismo político en Checoslovaquia por miedo a que se contagiara al resto de Europa del Este socavando así la autoridad del Kremlin. El 26 de septiembre de 1968, el periódico oficial *Pravda* publicó lo que vino a conocerse como la «Doctrina Breznev» y que justificaba la invasión. Sostenía esta doctrina que los líderes nacionales podían seguir distintos caminos en su desarrollo, pero sólo si eso no perjudicaba al socialismo en cada país y al movimiento socialista en general. En otras palabras, el Kremlin impondría los límites a la diversidad en el seno de la Europa del Este.

los checos decidieron no resistir, evitando así miles de muertes. A partir de ese momento quedó claro que el control soviético de la Europa del Este descansaba en última instancia sólo en el poder y en la voluntad de utilizarlo.

El año 1968 marcó también un hito importante en la historia de Europa Occidental durante la Guerra Fría. En mayo, estudiantes y trabajadores organizaron en París una serie de protestas que casi llegaron a derrocar el gobierno de De Gaulle. Las protestas francesas fueron sólo las más espectaculares de una serie de desafíos a las estructuras de poder que se extendieron por toda Europa Occidental y Estados Unidos durante ese año. Aunque cada uno de ellos tuvo sus propias características locales, el surgimiento de una cultura joven, una «Nueva izquierda» y un espíritu antiautoritario e iconoclasta en el seno de la mayoría de las democracias occidentales sugiere que existieron ciertos vínculos entre ellos. El éxito del orden impuesto por la Guerra Fría en Europa Occidental había engendrado una nueva generación de ciudadanos que daban por sentado su derecho a disfrutar de los frutos principales de ese orden: la paz, la estabilidad, la riqueza material, la mejora de los beneficios sociales y las oportunidades de educación. En Francia, en Italia, en Alemania Occidental y en otros lugares, esta nueva generación –impulsada en parte por la impopular intervención de Estados Unidos en Vietnam– comenzó a cuestionarse algunas de las verda-

des esenciales de la Guerra Fría. Contener el comunismo, ¿exigía intervenciones sangrientas en el Tercer Mundo? ¿Seguía siendo una amenaza la Unión Soviética? ¿Seguía estando justificada la presencia en suelo europeo de tropas y armas nucleares norteamericanas? ¿Podía reducir otro tipo de política el peligro de un apocalipsis nuclear? El consenso militar y sobre política exterior que caracterizó a la Guerra Fría comenzó a sufrir un desgaste en el seno de una próspera Europa Occidental, al igual que el orden político que el conflicto había generado.

El impacto de la Guerra Fría en Estados Unidos

La Guerra Fría dejó también una huella indeleble en el estado y la sociedad estadounidenses; de hecho, afectó a todos los aspectos de la vida norteamericana. Como resultado del temor provocado por la amenaza del comunismo soviético, el gobierno federal asumió un poder y una responsabilidad mucho mayores; la «presidencia imperial»[1] ocupó el centro de la escena política, el aumento sustancial del gasto de Defensa se convirtió en una característica permanente del presupuesto federal y el complejo industrial militar enraizó en la sociedad norteamericana. Los profundos cambios que tuvieron lugar a partir de 1945 en cuanto a mode-

1. Véase nota de pág. 222.

los de residencia y estructuras de empleo fueron también consecuencia, en gran medida, de la Guerra Fría, como lo fueron las innovaciones científicas y tecnológicas relacionadas con la industria militar y la transformación de muchas de las más prestigiosas universidades en centros de investigación auspiciados por el gobierno. La Guerra Fría determinó igualmente, y en algunos casos justificó de forma explícita, un gran número de prioridades específicas, desde el sistema de autopistas interestatales propuesto por Eisenhower hasta el aumento del gasto federal en educación o la exploración del espacio. El enfrentamiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética afectó incluso al movimiento por los derechos civiles, aunque de forma contradictoria. Los segregacionistas trataron de frustrar la lucha de los negros por sus derechos tildando de comunistas a sus partidarios, esfuerzos contrarrestados finalmente por el reconocimiento por parte de los gobiernos de Eisenhower y Kennedy de que la continuación del sistema de subordinación racial del Sur y la negación de derechos esenciales a los afroamericanos empañaban la imagen de Estados Unidos y suponían por tanto un perjuicio inaceptable en el contexto de la Guerra Fría.

La Guerra Fría alteró también la vida americana en el aspecto político, cultural y psicológico de muchas y diferentes formas. La conformidad ideológica que exigían muchas de las élites políticas de la nación condujo a una reducción de los límites

permisibles del discurso político, poniendo a la defensiva a muchos movimientos reformistas y haciendo vulnerables a algunos liberales a denuncias de radicalismo y deslealtad. Las acusaciones de simpatizar con el comunismo y de «culpabilidad por asociación» se convirtieron en tácticas comunes, aunque deplorables, en las elecciones locales y nacionales, en la política de los sindicatos y en la investigación de funcionarios gubernamentales, maestros, profesores universitarios y miembros de la industria cinematográfica entre otros. El historiador Stephen J. Whitfield culpa a la Guerra Fría de «asfixiar la libertad y degradar la cultura» en Estados Unidos, especialmente en los años cincuenta, y de impulsar una represión que «debilitó el legado de las libertades civiles, puso en duda las normas de tolerancia y juego limpio, y empañó la imagen misma de la democracia». Los investigadores Peter J. Kuznick y James Gilbert sitúan el mayor impacto de la Guerra Fría en el terreno de la psicología social: «Llevó a millones de americanos –escriben– a interpretar el mundo en términos de enemigos insidiosos de dentro y fuera del país que los amenazaban con la aniquilación nuclear o de cualquier otro tipo». En suma, el temor generalizado a enemigos tanto interiores como extranjeros es una herencia clave de la Guerra Fría.

La inquietud de la sociedad acerca de la amenaza que el comunismo representaba *dentro* de los Estados Unidos, una inquietud cultivada por unas éli-

tes concretas para su propio beneficio, constituye una de las manifestaciones más inmediatas y llamativas de la Guerra Fría en ese país. Sin duda *había* comunistas en Estados Unidos, pero no eran muchos. El Partido Comunista Americano tenía solamente unos 3.000 miembros en 1950, el año en que el más famoso de los anticomunistas estadounidenses, el senador por Wisconsin Joseph McCarthy, lanzó su sensacional cruzada contra las supuestas hordas rojas que, según él, se ocultaban en el seno del gobierno norteamericano. Para hacernos una idea del significado de esa cifra, basta decir que la Iglesia Luterana Evangélica Finlandesa de Estados Unidos contaba en 1950 con un número de miembros equivalente al de los comunistas que pagaban su cuota en el país. «Había» también comunistas, o simpatizantes, en el gobierno, aunque nunca fueron más de un puñado. El caso de Alger Hiss, un ex funcionario del Departamento de Estado que espió para la Unión Soviética y fue declarado culpable de perjurio en 1948 en un juicio que atrajo una gran atención mediática, fue el más significativo.

Sin embargo, McCarthy y otros políticos parciales exageraron deliberadamente los problemas, manipulando los temores del público para impulsar sus carreras. Que McCarthy eligiera en un momento determinado nada menos que a George Marshall como objeto de sus calumnias revela las tácticas poco escrupulosas y la deshonestidad que

le caracterizaron. Marshall, ex general y ex secretario de Estado y de Defensa y una figura muy respetada, había formado parte, según McCarthy, de «una conspiración tan inmensa y una infamia tan abyecta que eclipsaban cualquier otra de la historia de la humanidad». McCarthy no fue el único que hizo absurdas acusaciones para mantener a sus adversarios políticos a la defensiva. El congresista y senador por California Richard Nixon, por ejemplo, principal acusador de Hiss, alcanzó una gran reputación por perseguir a elementos subversivos con rara tenacidad. Como candidato a la vicepresidencia en 1952, Nixon acusó a Adlai Stevenson, el candidato demócrata a la presidencia, de «contemporizador», «doctorado en la universidad de la cobardía y la política de contención del comunismo de Dean Acheson».

A pesar de la merecida atención que el mccarthismo y su variante más extrema, «la caza de brujas», han recibido por parte de los estudiosos, otros efectos de la Guerra Fría en Estados Unidos han tenido mayor trascendencia. El crecimiento masivo del gasto de Defensa, con sus desastrosos efectos sobre el total de la economía nacional, el empleo y los desplazamientos de población, merece ser reconocido como el agente de cambio más poderoso de la Guerra Fría en Norteamérica. Durante las dos primeras décadas del conflicto, el gobierno federal invirtió 776.000 millones de dólares en Defensa nacional, aproximadamente el 60% del presupuesto

total, un porcentaje que aumenta si se incluyen los gastos indirectos relacionados con ese capítulo. Las necesidades de la Defensa superaron pronto las de investigación y desarrollo del país. Científicos e ingenieros, tanto los independientes como los integrados en universidades, rivalizaron por satisfacer las necesidades del gobierno cosechando lucrativos contratos en el proceso. Industrias nuevas, o renovadas, de comunicación, electrónica, aeronáutica, informática o exploración del espacio florecieron paralelamente a la Guerra Fría o, en gran medida, como consecuencia de ella. Algunas de ellas, como observa acertadamente la economista Ann Markusen, «alteraron de forma irrevocable el paisaje regional, laboral y económico». Entre las más importantes ramificaciones de este sector figura la multiplicación de instalaciones industriales relacionadas con la defensa en el Sur y en el Oeste del país a expensas de la vieja infraestructura industrial del Noreste y el Medio Oeste. Sólo California recibió más de 67.000 millones de dólares en contratos de Defensa entre 1951 y 1965, aproximadamente el 20% del total, con el consiguiente crecimiento del llamado *Sun Belt* («Cinturón del Sol»). Esa proliferación estimuló un importante desplazamiento demográfico de la población norteamericana hacia el Oeste y el Sur y, en consecuencia, unos reajustes de la balanza del poder político en el seno del Congreso y del sistema de partidos que caracterizaron la era posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Las enormes necesidades presupuestarias y las múltiples obligaciones militares que la Guerra Fría impuso a la población de Estados Unidos exigían una ciudadanía movilizada y comprometida. A partir de Truman, los líderes de la nación trabajaron asiduamente por forjar un consenso que respaldara el nuevo papel del país como guardián siempre vigilante contra cualquier signo de inestabilidad o agresión inspiradas por los comunistas. Consiguieron hacerlo, con habilidad y éxito consumados, hasta mediados de la década de 1960, ayudados por lo que parecían ser pruebas inequívocas de aventurismo soviético y chino tanto en la Europa del Este y Berlín como en Corea, Taiwán o Cuba. Sin embargo, cuando la Guerra Fría entró en su tercera década, ese consenso comenzó a resquebrajarse. La Guerra de Vietnam mostró a los estadounidenses el alto coste –inaceptable para un número cada vez mayor de ciudadanos– que suponía la hegemonía mundial. Esta guerra, que impulsó el mayor movimiento pacifista en la historia de Estados Unidos, dio lugar a un violento debate interno sobre el precio del globalismo, un debate que dividió a la nación y que se prolongó hasta finales de la década de 1960, exigiendo del más alto nivel del gobierno una nueva valoración estratégica de la Guerra Fría, que había impuesto al país una carga excesiva y había causado en él una profunda fractura.

7. Ascenso y caída de la *détente* (1968-1979)

En la década de 1970, un término francés un tanto oscuro, que denota la relajación de la tensión entre antiguos rivales, irrumpió de pronto en el vocabulario habitual no sólo de los estadistas sino también de los ciudadanos de a pie en todo el mundo. La palabra *détente* describía convenientemente la relación más estable y de colaboración que estaban forjando los principales protagonistas de la Guerra Fría y que llegaría a dominar la política internacional de la década. Bajo el liderazgo, en el lado soviético, del secretario general del Partido Comunista Leonid Breznev, y en el lado norteamericano, de los presidentes Richard Nixon, Gerald Ford y Jimmy Carter, las dos superpotencias se esforzaron por regular su constante rivalidad de una forma más efectiva y disminuir el peligro de una guerra nuclear por medio de la negociación para alcanzar

acuerdos sobre control de armamento, un rasgo distintivo de la distensión. Al mismo tiempo, desarrollaron las relaciones comerciales así como las transferencias de tecnología y de conocimientos científicos, mientras trabajaban también por fijar un conjunto de «normas» que gobernaran su relación.

Ciertamente, «distensión» no significaba sustituir la Guerra Fría por una estructura de paz, a pesar de que así lo afirmara la hipócrita retórica que ambos lados emplearon. Más bien significaba gestionar el conflicto de una forma más segura y más controlada para minimizar la posibilidad de una guerra accidental o de una espiral de armamento desestabilizadora. La rivalidad continuaba especialmente en el Tercer Mundo, que seguía siendo un foco de inestabilidad y de cambio revolucionario. Más aún, cada lado interpretaba la palabra *détente* de una forma distinta.

A pesar de todo, a finales de la década de 1970 los problemas habían llegado a ser tan graves que la era de la distensión finalizó bruscamente.

La génesis de la détente

Las alteraciones en la realidad del poder constituyeron un prerrequisito de la *détente*. La más importante fue, sin duda, que la Unión Soviética consiguiera, a fines de los años sesenta, ponerse a la altura de Estados Unidos en cuanto a armas nu-

cleares estratégicas. Como consecuencia de un esfuerzo hercúleo por parte de sus científicos y planificadores de Defensa, un rearme masivo había dado a la Unión Soviética, para noviembre de 1969, una superioridad numérica de 1.140 misiles ICBM con respecto a los 1.045 de Estados Unidos. Aunque los norteamericanos seguían manteniendo una considerable ventaja en cuanto a la totalidad del arsenal nuclear, gracias a su superioridad en misiles submarinos y bombarderos de largo alcance con capacidad nuclear, la tendencia hacia la paridad era ya para entonces indudable. Dos décadas de aplastante superioridad estadounidense en este terreno habían llegado a su fin, un hecho que tendría profundas repercusiones en las futuras relaciones entre las dos superpotencias.

La relativa decadencia no sólo del poder militar norteamericano sino también de la salud y vitalidad de la economía del país –una tendencia exacerbada por el conflicto de Vietnam, que tantos recursos exigía–, y el resurgimiento económico de Europa Occidental y de Japón constituyeron otro importante prerrequisito de la distensión. Sencillamente, Estados Unidos carecía ahora de los recursos económicos y la voluntad política necesarios para mantener la política de preponderancia que había caracterizado su planteamiento de la Guerra Fría desde fines de la década de 1940. Finalmente, el comienzo de las tensiones entre la Unión Soviética y China –manifestadas por enfrentamientos

fronterizos entre sus tropas que abrían la posibilidad a una guerra entre los dos rivales comunistas– ofreció otro incentivo para dar a las relaciones soviético-americanas una base más sólida.

Una estrategia de seguridad nacional dirigida a reducir las tensiones con la Unión Soviética atraía a los planificadores de la política norteamericana por varias razones. En primer lugar, parecía la forma más razonable de reducir el peligro de un conflicto nuclear con un rival que ahora se encontraba formidablemente armado. Más aún, la distensión, especialmente si conducía a acuerdos concretos de control de armamento, podía aliviar la presión acumulada sobre el presupuesto de Defensa norteamericano, sobrecargado ya a causa de la costosa Guerra de Vietnam. Cediendo a esa lógica, Johnson manifestó la intención de su gobierno de iniciar negociaciones para el control de armamento con la Unión Soviética en 1967. En junio de ese mismo año se reunió con Alexei Kosygin en una minicumbre celebrada en Glassboro, Nueva Jersey, para tratar de cuestiones relacionadas con el armamento nuclear y otros problemas urgentes bilaterales. Proyectaba visitar Moscú para continuar las conversaciones con los líderes soviéticos en la segunda mitad de 1968, pero las consecuencias de la intervención militar soviética en Checoslovaquia dieron al traste con sus planes.

Al asumir la presidencia de Estados Unidos en 1969, Richard Nixon abrazó con renovado vigor la

política de la distensión, un elemento central de la nueva estrategia con respecto a la Guerra Fría que él estaba dispuesto a implementar. Como a su principal asesor para política exterior, el consejero para la Seguridad Nacional Henry Kissinger, le preocupaba el hecho de que Estados Unidos se hubiera impuesto una excesiva carga de compromisos que exigían de forma alarmante más y más recursos. La Guerra de Vietnam constituía solamente, a su entender, un síntoma inquietante de un problema mucho mayor: «Empezábamos a ser como las otras naciones en cuanto a la necesidad de reconocer que nuestro poder, aunque grande, era limitado –recuerda Kissinger en sus memorias–. Nuestros recursos habían dejado de ser infinitos en relación con nuestros problemas; teníamos que establecer prioridades, tanto intelectuales como materiales.» La prioridad absoluta, tanto para Nixon como para Kissinger, era contener a una nación que disfrutaba de poder suficiente como para poner en peligro la seguridad de Estados Unidos. Aunque en gran parte había conseguido su prestigio político como impulsor de una cruzada anticomunista, Nixon era en realidad un pragmático que había dejado de considerar una amenaza seria el atractivo ideológico del comunismo. Era el poder soviético puro y duro lo que le preocupaba. «El problema de nuestro tiempo –observó Henry Kissinger, que compartía sus ideas– consiste en manejar adecuadamente el surgimiento de la Unión Soviética

como superpotencia.» La geopolítica triunfó sobre la ideología; para Nixon y Kissinger aquélla era la verdadera clave de la política internacional.

De esta visión geopolítica compartida surgió de forma natural tanto una política de distensión con respecto a la Unión Soviética como la esperanza de un acercamiento a China. La Administración Nixon aspiraba a contener el rearme nuclear de Moscú –y a reducir tanto los costes de la rivalidad como el riesgo de una guerra– por medio de unas negociaciones de control de armamento. Al asegurarse, además, la aceptación *de facto* del orden mundial existente por parte de Moscú, podía controlar la inclinación soviética hacia una política exterior «aventurista» en el Tercer Mundo. Si además era capaz de lograr una apertura con respecto a China, un país aislado durante tanto tiempo, Estados Unidos podía enfrentar entre sí a los dos rivales comunistas colocándose en la posición de un pivote estratégico en la relación entre los tres poderes. Se trataba de un plan audaz, concebido en un momento en que los costes de la Guerra de Vietnam exigían un replanteamiento de la estrategia de la Guerra Fría por parte estadounidense. Nixon esperaba que la implementación de este plan podría facilitar también una salida airosa de Vietnam, el problema exterior más inmediato con que se enfrentaba el país.

El plan ofrecía, por añadidura, una ventaja política significativa: si Nixon conseguía establecer una

relación menos conflictiva con la Unión Soviética y China mientras lograba sacar a Estados Unidos de Vietnam, su reelección en 1972 estaría prácticamente garantizada y su reputación como estadista quedaría asegurada.

La Unión Soviética tenía sus propios motivos para desear una mejora de las relaciones bilaterales. Temerosos de la creciente amenaza militar que China representaba, los rusos entendían que una relajación de la tensión con Estados Unidos les permitiría concentrarse en esa otra amenaza, mucho más inmediata, a su seguridad. Por añadidura, los acuerdos de control de armamento confirmarían su condición de superpotencia comparable a Estados Unidos, y vendrían a ratificar la consecución por su parte de una paridad nuclear, trabajosamente conseguida, antes de que un nuevo adelanto tecnológico permitiera a los norteamericanos recuperar su anterior ventaja. Es difícil sobrevalorar la importancia que los líderes del Kremlin concedían a las cuestiones de prestigio y de respeto en este sentido. Como proclamó orgullosamente en 1971 el ministro de Asuntos Exteriores Andrei Gromyko durante el XXIV Congreso del Partido Comunista: «Ningún asunto importante puede decidirse hoy sin la participación de la Unión Soviética o con su oposición... La importancia política de un equilibrio estratégico estable es indiscutible... garantiza no sólo la seguridad de ambos lados sino también la seguridad internacional». Una coexistencia pa-

cífica con Estados Unidos podía ofrecer también otras ventajas específicas, entre ellas un acceso más fácil a los cereales y la tecnología norteamericanos y una mayor posibilidad de acuerdo respecto a problemas europeos, como el de Berlín.

Breznev, Kosygin, Gromyko y sus socios del Politburó seguían convencidos de que la historia jugaba a favor del mundo socialista; aceptaron la distensión no por debilidad sino como muestra de su creciente poder. Como expresó Breznev, breve y astutamente, en un discurso de 1975: «La distensión fue posible porque en el escenario de la política mundial se había instalado una nueva correlación de fuerzas».

El florecimiento de la détente

El 19 de octubre de 1969, Nixon fijó una fecha para las conversaciones con la Unión Soviética sobre el Tratado de Limitación de Armas Estratégicas (SALT). La ronda inicial se celebró en noviembre de ese mismo año en Helsinki y Viena. Sin embargo, las negociaciones se empantanaron casi inmediatamente debido a la desconfianza mutua y a las complejidades técnicas. Los esfuerzos del presidente norteamericano por supeditar el progreso de las conversaciones a una posible presión de Moscú sobre Vietnam del Norte para que llegara a un acuerdo diplomático con Estados Unidos supusieron un obstáculo, al menos hasta que Nixon renunció a

esa pretensión. Un problema más espinoso se centró en las distintas categorías de armas nucleares, concretamente en si el acuerdo debía limitarse a los misiles de largo alcance, o si deberían incluirse en él los misiles de alcance medio norteamericanos desplegados en Europa, capaces de alcanzar territorio soviético. Las últimas innovaciones tecnológicas plantearon a los negociadores otro complejo problema. Los nuevos MIRV *(Multiple Independently Targetable Re-Entry Vehicle),* que permitían montar numerosas cabezas nucleares en un solo misil, prometían aumentar significativamente la capacidad destructiva de los arsenales nucleares de las dos superpotencias, mientras que el desarrollo de los misiles antibalísticos (ABM) planteaba la posibilidad teórica de unos sistemas de defensa capaces de repeler los ataques de los misiles, anulando así la capacidad ofensiva del contrario. En mayo de 1971, los negociadores soviéticos y norteamericanos lograron finalmente avanzar en las conversaciones. Esencialmente, los norteamericanos accedieron a conceder a los soviéticos una superioridad de tres a dos en cuanto a misiles balísticos intercontinentales (ICBM); los soviéticos, por su parte, decidieron ignorar los misiles nucleares que podían lanzarse desde Europa Occidental, y unos y otros acordaron no prohibir los MIRV. Ese compromiso preparó el terreno para una reunión en la cumbre y una ceremonia de firma del tratado que habrían de celebrarse en Moscú al año siguiente.

La visita de Nixon a la Unión Soviética en mayo de 1972 –la primera de un presidente norteamericano desde que Roosevelt asistiera a la cumbre de Yalta veintisiete años antes– siguió a su publicitado viaje a China del mes de febrero de ese mismo año. Los dos viajes estaban íntimamente relacionados en la gran estrategia que Nixon desarrollaba. Efectivamente, antes del viaje a China del presidente, los soviéticos habían dado largas a la aprobación del tratado SALT; tras la espectacular visita a China del dirigente norteamericano, actuaron con celeridad. Era evidente que no deseaban que estadounidenses y chinos formaran una alianza estratégica contra ellos, lo cual –a pesar de las manifestaciones norteamericanas de lo contrario– era precisamente lo que Nixon y Kissinger pretendían. El creciente temor de China con respecto a sus rivales rusos era lo que convertía en aceptable para Mao y sus estrategas el acercamiento al país que tanto habían odiado. También ellos permitieron que consideraciones geopolíticas se impusieran a sus convicciones ideológicas. «Los líderes chinos iban más allá de su ideología en su trato con nosotros –observó Kissinger–. El peligro había impuesto la absoluta primacía de la geopolítica.» Aunque fueron pocos los resultados concretos de las conversaciones de Nixon con Mao, Chu En-Lai y otros funcionarios chinos, el simbolismo del viaje fue extremadamente profundo. Parecía anunciar una Guerra Fría menos condicionada por la ideología y mucho menos peligrosa, así como

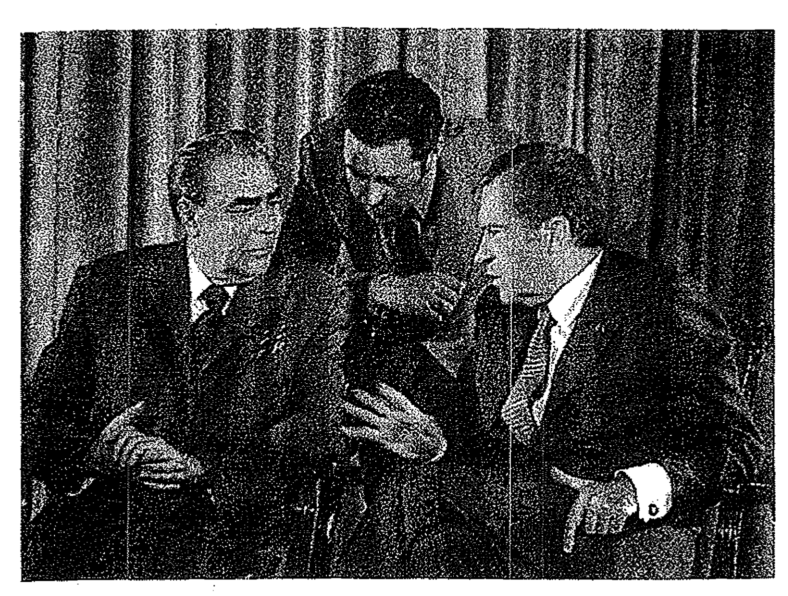
unos Estados Unidos más flexibles y más hábiles desde el punto de vista diplomático.

La consecuencia más interesante y el principal resultado de las reuniones de Moscú fue el SALT I, un tratado sobre la limitación de armas estratégicas firmado el 26 de mayo de 1972. Comprendía dos acuerdos independientes: el primero estipulaba que Estados Unidos y la Unión Soviética podían desplegar sus ABM solamente en dos emplazamientos; el segundo era un convenio provisional sobre armas nucleares ofensivas: congelaba el número de misiles ICBM y SLBM en los que cada uno de los signatarios poseía en aquel momento, concediendo a los soviéticos la ventaja de tres a dos con respecto a los primeros y una ligera superioridad en cuanto a los segundos. Sin embargo, dado que los MIRV no estaban prohibidos ni había restricción alguna respecto a los bombarderos de largo alcance, Estados Unidos mantuvo una notable superioridad respecto al total de cabezas nucleares, unas 5.700 frente a las 2.500 de los rusos.

Nixon y Breznev firmaron también con sus iniciales un «Acuerdo básico» que bosquejaba un código de conducta para la relación de las superpotencias. Ambas partes accedían «a hacer todo lo posible por evitar la confrontación militar y por prevenir una guerra nuclear», se comprometían a una «moderación» en sus relaciones y renunciaban a llevar a cabo «esfuerzos para obtener una ventaja unilateral a expensas del otro, directa o indirecta-

mente». Aunque excesivamente vagas y, en última instancia, imposibles de cumplir, aquellas directrices sirvieron de referencia útil –y esperanzadora– para las dos naciones.

El valor de los acuerdos SALT radicó más en el significado político de la negociación y el compromiso de las dos superpotencias que en las provisiones específicas incluidas en los acuerdos. «El SALT I demostró que podían negociarse acuerdos de limitación de armas estratégicas –subrayó el ex diplomático y experto en la Unión Soviética Raymond A. Garthoff– a pesar de las diferencias ideológicas, políticas, técnicas, militares y de seguridad que separaban a ambos bandos.» Pero su juicio general contenía también algunas salvedades. Aunque el SALT I «mejoró el entendimiento mutuo en algunos aspectos y durante algún tiempo», no fue capaz de «disipar todos los recelos ni de impedir que surgieran posteriormente importantes malentendidos estratégicos». Ciertamente el SALT I no detuvo la carrera de armamento. De hecho, el acuerdo provisional, que tuvo una duración de cinco años, sólo impuso un puñado de limitaciones a los arsenales nucleares de ambos bandos, que siguieron creciendo. Un importante incremento del comercio entre Estados Unidos y la Unión Soviética –que pasó de los 220 millones de dólares en 1971 a 2.800 millones en 1978– fue uno de los resultados más concretos de la distensión. Junto a los proyectos de colaboración científica, incluidos el



10. Reunión de Breznev y Nixon durante una visita del mandatario soviético a Estados Unidos. Junio de 1973.

de una sonda espacial y el de una ampliación de intercambios culturales, el desarrollo de los lazos comerciales llegó a ser una de las manifestaciones más destacadas de las nuevas relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

Para aquellos que aspiraban a una auténtica reducción de las armas nucleares, la esperanza radicaba en unas futuras negociaciones. A fines de 1972, los expertos norteamericanos dieron comienzo a la ronda de conversaciones del SALT II. Sin embargo, el caos producido entonces en Estados Unidos por el escándalo Watergate, que debilitó la presidencia de Nixon obligándole finalmente

a dimitir en agosto de 1974, impidió que se produjeran progresos significativos. En noviembre de 1974, Gerald Ford, el sucesor de Nixon, se reunió con Breznev en Vladivostok para aprobar un conjunto de principios generales que sirvieran de guía a los negociadores, pero las conversaciones se vieron pronto ensombrecidas por el progresivo escepticismo del Congreso sobre el valor de los SALT, por un recelo creciente con respecto a la actuación de la Unión Soviética en el Tercer Mundo y por las próximas elecciones presidenciales de 1976.

Paralelamente al deshielo entre las superpotencias se dio un proceso de distensión en Europa que resultó más duradero. Willy Brandt, elegido canciller de la República Federal de Alemania en octubre de 1969, asumió su liderazgo. Antiguo alcalde de Berlín Occidental, este carismático personaje se propuso conseguir una reducción gradual de las barreras existentes con respecto al comercio y las comunicaciones entre las dos Alemanias, y una posición menos expuesta y vulnerable para su país en el contexto de la Guerra Fría. Para conseguir estos propósitos, se mostró dispuesto a reconocer *de facto* la existencia de Alemania del Este, una desviación significativa con respecto a la posición habitual de los líderes políticos de la República Federal.

La primera fase de la *Ostpolitik* de Brandt se centró en una serie de acuerdos de seguridad con la Unión Soviética y algunos de sus aliados de la Euro-



11. Willy Brandt, canciller de la República Federal Alemana.

pa Oriental. En agosto de 1970, la República Federal firmó un acuerdo con la Unión Soviética por el que cada uno de los dos países renunciaba al uso de la fuerza y se comprometía a considerar inviolables las fronteras existentes en Europa. Más tarde, ese mismo año suscribió un tratado semejante con Polonia, al que siguió un acuerdo sobre Berlín: en septiembre de 1971, la Unión Soviética, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia llegaron a un acuerdo que proporcionaba finalmente una sanción legal a los derechos de las potencias occidentales en Berlín, así como el acceso a esta ciudad. El mayor éxito de la *Ostpolitik* de Brandt fue el tratado firmado entre las dos Alemanias en diciembre de 1972, por el que cada una de ellas reconocía la legitimidad de la otra, renunciaba a la utilización de la fuerza y se comprometía a incrementar el comercio y las comunicaciones entre el Este y el Oeste.

El proceso de distensión europea encontró una extraordinaria acogida popular en la Europa de la Guerra Fría y condujo a un aumento significativo del comercio entre el Este y el Oeste, a una mayor libertad de movimientos a través del «Telón de Acero» y a una reducción significativa de las tensiones en Europa central. La disminución de las barreras y temores impuestos por el conflicto propició también el acercamiento a un acuerdo general de paz en el continente. En noviembre de 1972 dio comienzo en Helsinki la Conferencia para la Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), que debía

encargarse de los trabajos preliminares para la negociación de un tratado. Las conversaciones dieron finalmente como resultado una reunión de 35 estados en la capital finlandesa en julio y agosto de 1975, reunión a la que asistieron Estados Unidos y la Unión Soviética. Los participantes aceptaron la codificación simbólica de los cambios territoriales impuestos como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, algo que Moscú perseguía desde hacía largo tiempo.

EL «ACTA FINAL» DE HELSINKI

Los acuerdos adoptados en Helsinki comprendían tres elementos o apartados distintos. El primero declaraba la inviolabilidad de las fronteras existentes en Europa y enunciaba los principios esenciales que habían de regir las relaciones entre los distintos estados. El segundo se refería a la cooperación económica, tecnológica, científica y medioambiental. El tercero, al que la Unión Soviética se había opuesto inicialmente, concernía a los derechos humanos básicos en el seno de cada nación y exigía, entre otras cosas, una mayor libertad de expresión, de información y de movimientos. Los líderes soviéticos aceptaron, aunque de mala gana, los acuerdos correspondientes al tercer apartado, ya que, como compensación, conseguían el reconocimiento formal de las fronteras existentes y el incremento del comercio que tanto deseaban.

Estados Unidos demostró con respecto a los acuerdos de Helsinki –y a la *Ostpolitik*–, mucho menos entusiasmo que los europeos o los soviéticos. El ex gobernador de California Ronald Reagan, aspirante a la presidencia del país, dijo en esa ocasión: «Creo que todos los norteamericanos deberían oponerse a ella». Lo que preocupaba a Reagan y a otros críticos del Acta de Helsinki –y del proceso de distensión del que ésta surgió– era la creciente tendencia de Estados Unidos y otros países occidentales a tratar a la Unión Soviética más como una gran potencia, cuyos intereses tenían que ser atendidos, que como un país enemigo cuya búsqueda inquebrantable del dominio mundial seguía constituyendo un peligro claro y presente. Los acontecimientos ocurridos por entonces en el Tercer Mundo vinieron a reforzar la posición de esos críticos.

La distensión asediada

La distensión no llegó a estar a la altura de las expectativas engendradas por la cumbre de Moscú. Los solemnes compromisos adquiridos con respecto al «Acuerdo básico» sobre la conducta de las superpotencias no consiguieron evitar el enfrentamiento entre los intereses de Estados Unidos y la Unión Soviética en el Cercano Oriente, el Sureste Asiático, África y otros lugares. Más aún, los constantes conflictos surgidos entre soviéticos y norte-

americanos en el Tercer Mundo erosionaron el apoyo a la *détente* en el seno de Estados Unidos. Los críticos conservadores, muchos de los cuales no habían atemperado su aversión hacia el comunismo y su recelo fundamental hacia el estado soviético, argumentaron que la distensión sólo servía para dar una apariencia de legitimidad a los inalterables designios expansionistas de Moscú. Con actitud provocadora, algunos de ellos llegaron a equiparar la distensión con el apaciguamiento. Los avances tecnológicos vinieron a agravar el reto al que se enfrentaban sus defensores, ya que cada adelanto hacía mucho más difícil la consecución de unos acuerdos de control de armamento equilibrados, verificables y mutuamente aceptables. Cediendo al número creciente de opositores a la *détente*, el presidente Ford desterró en 1976 esta palabra del vocabulario de su Administración.

La guerra que estalló en el Cercano Oriente en octubre de 1973 fue uno de los principales acontecimientos que pusieron de manifiesto las limitaciones de la distensión. Anwar al-Sadat, presidente de Egipto desde la muerte de Nasser, ocurrida en 1970, temía que el deshielo en las relaciones de las superpotencias pudiera bloquear el progreso de su política dirigida a recuperar el territorio ganado por Israel en el desastre que fue la guerra de 1967. En 1972 expulsó de Egipto a los asesores soviéticos –en parte para hacer constar su desacuerdo con la

nueva orientación política de su patrocinador–, y el 16 de octubre Egipto y Siria lanzaron un ataque sorpresa conjunto contra Israel en un audaz esfuerzo por hacerse con la iniciativa diplomática y militar. Tras unos reveses iniciales en el campo de batalla, Israel recuperó el dominio militar. La decisión del gobierno de Nixon de reponer las armas y el equipamiento perdido en esos primeros momentos vino a reforzar la contraofensiva israelí. La ayuda norteamericana se intensificó después de que la Unión Soviética, por su parte, comenzara a reponer el material perdido por egipcios y sirios. Aunque era exactamente la misma que llevaba a cabo Washington con su viejo aliado, la actuación de los soviéticos fue considerada por Nixon una peligrosa amenaza, no sólo para Israel sino también para la *détente*. «Nuestra política con respecto a la distensión es clara –advirtió Kissinger públicamente–. Resistiremos cualquier política agresiva extranjera. La distensión no puede sobrevivir a la irresponsabilidad en ninguna zona, incluido Oriente Medio.»

La dimensión internacional de la crisis provocada por la tercera guerra árabe-israelí se amplió con el boicot del petróleo impuesto por los países árabes a Estados Unidos en castigo por su política proisraelí, una iniciativa que atacaba directamente los intereses económicos norteamericanos.

La crisis adquirió connotaciones más directas con respecto a las relaciones Este-Oeste cuando Breznev

exigió el despliegue inmediato de unas fuerzas conjuntas encargadas de mantener la paz, amenazando con una acción unilateral soviética si fuera necesario. El líder ruso, frustrado por el incumplimiento por parte de Israel de su compromiso con respecto a un alto el fuego previamente acordado, y preocupado porque el ejército egipcio pudiera ser aplastado por las fuerzas israelíes en el desierto de Sinaí, apeló directamente a Nixon. Inmerso por entonces en los problemas planteados por el escándalo Watergate, que empeoraba por momentos, Nixon juzgó que la estrategia de Breznev amenazaba los intereses de Estados Unidos en una región vital por su riqueza en petróleo y que, por lo tanto, exigía una respuesta vigorosa. En consecuencia, comunicó al dirigente soviético que Estados Unidos consideraría la posibilidad de una acción unilateral por parte de Moscú como «un asunto de la mayor importancia que podía tener consecuencias incalculables». Para subrayar la firmeza de su posición, decretó el estado de alerta para las fuerzas convencionales y nucleares norteamericanas desplegadas en todo el mundo, la primera alerta de este tipo desde la crisis de los misiles de Cuba.

La presión diplomática ejercida sobre Israel para que aceptara un alto el fuego desactivó pronto la crisis. El 27 de octubre la guerra había acabado, y se intensificaba la búsqueda de un acuerdo de paz liderado por Estados Unidos. Sin embargo, el enfrentamiento con la Unión Soviética había dejado huella.

Si soviéticos y estadounidenses casi habían llegado a las manos por una disputa regional, ¿qué valor tenía el «Acuerdo básico»? Y, dejando al margen la retórica de los altos cargos del gobierno, ¿hasta qué punto había avanzado el mundo en dirección a esa situación internacional de paz y estabilidad prometida por los arquitectos de la distensión?

La fase final de la Guerra de Vietnam puso sobre el tapete cuestiones similares. Ciertamente la distensión no dio ningún respiro a los penosos esfuerzos de Estados Unidos en Indochina. Nixon había esperado inicialmente que el acercamiento a Moscú y a Pekín pudiera facilitar a su país negociar su salida de Vietnam con su honor y su credibilidad intactos. No había sido así. Los representantes de Vietnam del Norte se negaron a rebajar sus objetivos políticos, tan largamente deseados, para acomodarse a las necesidades de una superpotencia en retirada. Las escaladas periódicas en esa guerra que llevó a cabo la Administración Nixon no lograron desbloquear las negociaciones.

Finalmente, en enero de 1973, Washington y Hanoi alcanzaron un acuerdo de paz que, si bien permitía la retirada final de las tropas estadounidenses, no ponía fin a la lucha. A comienzos de 1975, Vietnam del Norte lanzó una ofensiva contra Vietnam del Sur que condujo al rápido colapso de un régimen por el que habían muerto 58.000 norteamericanos en un esfuerzo por proteger al país del comu-

nismo. La impotencia que mostró la Administración Ford en los últimos días del gobierno de Saigón, una impotencia impuesta por un Congreso y una ciudadanía reacios a adquirir más compromisos con respecto a Vietnam, empañó sin duda el prestigio de Estados Unidos como potencia mundial. De una forma más sutil, el desastre que supuso esa contienda, con las amargas imágenes de una invasión norvietnamita encabezada por tanques de fabricación soviética, puso aún más en evidencia las limitaciones de la distensión entre las superpotencias.

Los acontecimientos ocurridos en Angola, uno de los puntos críticos más controvertidos y complejos de la escena internacional a mediados de la década de 1970, causaron un perjuicio añadido a la distensión. Una guerra civil había estallado entre tres facciones rivales en la antigua colonia portuguesa después de que Lisboa le concediera la independencia en noviembre de 1975. La intervención en el conflicto de tropas cubanas a favor del Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA), de tendencia izquierdista, que se enfrentaba a facciones prooccidentales apoyadas de forma encubierta por Estados Unidos (y China), creó en África Occidental una especie de guerra por poderes.

Kissinger, el geopolítico consumado, insistió en que el conflicto angoleño debía verse desde la perspectiva de la relación Este-Oeste, es decir, como una pugna de voluntades entre Washington y Mos-

cú con importantes implicaciones mundiales. Una pugna, argumentó, de la cual la Unión Soviética podía deducir desagradables conclusiones sobre la disminución de la fuerza de un rival que parecía enormemente debilitado por el impacto que habían producido la dimisión obligada de Nixon, la derrota en Vietnam y el asalto del Congreso a los poderes de la «presidencia imperial»[1]. Así, la apelación de Ford al Congreso para que concediera un aumento de la ayuda encubierta a las facciones angoleñas patrocinadas por Washington fracasó. Los legisladores, escarmentados, se resistieron a la idea de otra intervención en el Tercer Mundo cuando había transcurrido tan poco tiempo desde que acabara la Guerra de Vietnam. La distensión no podía «sobrevivir a más Angolas», advirtió Kissinger. Por su parte, los críticos conservadores opuestos al deshielo encontraron en el conflicto angoleño una prueba más que venía a corroborar su opinión de que la distensión solamente beneficiaba los afanes expansionistas de la Unión Soviética.

El ataque conservador a la distensión arreció a mediados y finales de la década de 1970 impulsado por una serie de intelectuales, periodistas, políticos y altos cargos del gobierno que compartían poco

1. *Imperial Presidency:* término que se hizo muy popular en la década de 1960 y primeros años setenta. Fue utilizado por el historiador Arthur M. Schlesinger en su obra *The Imperial Presidency* (1973) para describir los amplios poderes que acaparaba el presidente de Estados Unidos. *[N. del E.]*

más que un recelo profundamente arraigado acerca de las intenciones de la Unión Soviética y de la evolución del potencial militar, tanto convencional como nuclear, del Kremlin. El argumento número uno para estos enemigos de la distensión era lo que parecía un modelo continuado de aventurismo soviético en todo el Tercer Mundo. El argumento número dos, lo que consideraban el fracaso de un proceso de negociación en el control de armamento.

Junto con el senador demócrata Henry Jackson, Paul Nitze –un ferviente anticomunista y antiguo jefe de la Dirección de Planificación del Departamento de Estado de la Administración Truman– surgió como uno de los principales portavoces de la oposición. Tras dimitir del equipo de negociadores del SALT II, publicó una agria amonestación en el número de enero de 1976 de la influyente revista *Foreign Affairs:* «Todo apunta a que, según los términos de los acuerdos del SALT, la URSS seguirá tratando de conseguir una superioridad nuclear no meramente cuantitativa sino destinada a producir la capacidad teórica de ganar una guerra –advirtió–. Sólo si Estados Unidos toma medidas para corregir el inminente desequilibrio estratégico, podrá convencerse a la Unión Soviética de que abandone su búsqueda de la superioridad y vuelva al camino de la negociación de limitaciones y reducciones.»

La lógica en la que se basaba esta crítica era bastante dudosa. Muchos especialistas nucleares rechazaban la idea de que la Unión Soviética trabajara

por conseguir una superioridad nuclear. También ponían en duda el argumento de que unos ICBM más pesados podrían proporcionar a los soviéticos, con el tiempo, la capacidad de añadir más cabezas nucleares a sus misiles con un mayor «recorrido-peso», lo que les permitiría «ganar» en una confrontación nuclear con Estados Unidos. Kissinger respondió a este escenario apocalíptico dibujado por Nitze en su testimonio ante el Congreso con dolorosa exasperación: «¿En qué consiste, por el amor de Dios, la superioridad estratégica? –preguntó–. ¿Qué significado político, militar u operativo tiene a estos niveles numéricos? ¿Qué se hace con ella?»

Uno sospecha que tras el alarmismo de Nitze, Jackson, Reagan y otros críticos de la distensión había algo más que las complejidades bizantinas de contar las cabezas nucleares y medir los «recorridos-pesos» totales. A un nivel más profundo, esos críticos no podían aceptar los conceptos de «paridad» y «suficiencia» en los que se basaba la distensión. Para esos ardorosos combatientes de la Guerra Fría, sólo la superioridad estratégica –en todas las facetas del armamento convencional y nuclear– constituía un objetivo apropiado para Estados Unidos en su relación con un adversario tan implacable y de poco fiar como era la Unión Soviética.

La elección de Jimmy Carter introdujo una bocanada de aire fresco en el proceso de la distensión, pero ese aire fresco se disipó muy pronto. El

antiguo gobernador de Georgia se presentó a las elecciones para la presidencia de Estados Unidos como el candidato capaz de devolver el idealismo a la política exterior norteamericana. Hizo de los derechos humanos el punto central de su campaña y un objetivo fundamental de su presidencia. Y sin embargo fracasó desde el primer momento en su relación con la URSS al perseguir metas confusas y enviar a los soviéticos mensajes contradictorios. Sólo un mes después de acceder a la presidencia, escribió una cordial misiva a Andrei Sajarov, un físico famoso y principal disidente soviético, para desconcierto de la jerarquía del Kremlin. Poco después, envió a su secretario de Estado Cyrus Vance a Moscú con una propuesta deficientemente formulada destinada a profundizar en la reducción de armas nucleares ofensivas acordada en noviembre de 1974 en Vladivostok. El nuevo presidente manifestó asimismo su intención de frenar la creciente implicación de la Unión Soviética en África, como exigía la derecha norteamericana. Sin embargo, en mayo de 1977, en su primer discurso importante sobre política exterior, declaró que había llegado el momento de superar tanto la creencia en que «la expansión soviética era casi inevitable pero debía ser contenida», como «ese temor desmedido al comunismo que nos llevó una vez a abrazar a cualquier dictador que compartiera con nosotros ese miedo». Como ha señalado irónicamente el historiador John Lewis Gaddis, la Administración Car-

ter trataba «de hacer todo al mismo tiempo: avanzar en las negociaciones del SALT, implementar una campaña a favor de los derechos humanos, impedir que Moscú mejorara su posición con respecto a la balanza de poder y, al mismo tiempo, alejarse de la preocupación excesiva con respecto a la Unión Soviética que había caracterizado la diplomacia de Kissinger». Por encomiable que pudiera ser por sí mismo cada uno de esos objetivos, «era imposible reformar, disuadir e ignorar a la Unión Soviética y negociar simultáneamente con ella».

Desde la perspectiva del Kremlin, el nuevo enfoque con respecto a las relaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos de la nueva Administración norteamericana parecía a la vez confuso y amenazador. Breznev denunció la correspondencia de Carter con el «renegado» Sajarov proclamando que no permitiría «injerencia alguna en nuestros asuntos, sea cual fuere el pretexto pseudohumanitario que se utilice con ese fin». Los líderes soviéticos observaron también con preocupación la propuesta de Carter respecto a un control de armamento más radical que el que proponía la fórmula acordada en el SALT II. Breznev la consideró una «afrenta personal», mientras que el embajador Dobrydin la definió como «una burda violación de nuestro acuerdo anterior». Como este último recordó posteriormente: «No la consideramos grave, pero sí un intento de hostigarnos, de ponernos en evidencia». Siempre atentos a cual-

quier desaire que pudiera poner en duda la equiparación de su país con Estados Unidos en cuanto a su condición de superpotencia, los líderes rusos temían que los norteamericanos trataran de denigrar o deslegitimar internacionalmente al estado soviético mientras lo socavaban internamente. Satisfechos con el marco original de la distensión, temían que su rival tratara de anularlo con el propósito de conseguir una ventaja estratégica.

Curiosamente, los veteranos líderes del Kremlin parecían incapaces de entender hasta qué punto algunas de sus acciones parecían provocaciones desde la perspectiva de Washington, o de reconocer cómo esas mismas acciones podían ser manipuladas por los críticos de la distensión para acelerar el fracaso de ésta. El activismo soviético en África, Asia y Oriente Medio fue ciertamente de una magnitud mucho mayor en los años setenta de lo que lo había sido anteriormente, un hecho que los norteamericanos no podían ignorar. Eufórico por el éxito conseguido en Angola –que condujo a la instauración de un gobierno del Movimiento Popular de Liberación en febrero de 1976 en ese país–, Moscú comenzó al año siguiente a proporcionar armas a un nuevo régimen izquierdista en Etiopía. A comienzos de 1978, tropas cubanas, con armas y transporte proporcionados por los soviéticos, aplastaron a las fuerzas somalíes, apoyadas por Estados Unidos, en su lucha por la península de Ogaden, de gran valor estratégico. Según el histo-

riador Odd Arne Westad, la Unión Soviética no sólo consideraba un «deber internacional» ayudar «a los nuevos regímenes revolucionarios que juraban lealtad al socialismo y al modelo soviético», sino que también veía en ello «la oportunidad de precipitar las contradicciones internas y, como consecuencia, el colapso final del mundo capitalista». Ahora bien, reconciliar esos objetivos y ambiciones con su deseo de mantener unas relaciones productivas y mutuamente beneficiosas con Washington resultó totalmente imposible.

Los norteamericanos que veían con escepticimo las intenciones de Moscú, como el consejero para la Seguridad Nacional de Carter, Zbigniew Brezinski, estaban convencidos de que eran testigos de una ofensiva geopolítica concertada contra Occidente. La decisión del Politburó de desplegar nuevos misiles nucleares de alcance intermedio (los sofisticados SS-20), a partir de 1977, inquietó aún más a los observadores estadounidenses y a los europeos occidentales, a cuyas ciudades apuntaban. Con el fin de recuperar la iniciativa estratégica, Estados Unidos y sus socios de la OTAN comenzaron a considerar el despliegue de una nueva generación de misiles de alcance intermedio en Europa. Brezinski convenció también a Carter de que había llegado el momento de jugar «la carta china». El presidente accedió, pasando a establecer formalmente relaciones diplomáticas con China el 1 de enero de 1979, en gran parte para solidificar una floreciente aso-

ciación estratégica con el rival de la Unión Soviética más temido por ésta, reforzando así el muro de contención.

Ante esos problemas cada vez más graves, el 18 de junio de 1979 Carter y Breznev se reunieron en Viena para firmar el tanto tiempo aplazado SALT II. El acto consistió en una ceremonia discreta carente de la exuberante retórica que había acompañado a la cumbre de Moscú celebrada siete años antes. «No fue más que una muestra instantánea de buena voluntad –observa el historiador Gaddis Smith–, evanescente como una pompa de jabón, una ligerísima pausa en el proceso de deterioro de la relación.» La tensión creada por los conflictos del Tercer Mundo, el despliegue de los SS-20, la campaña norteamericana en pro de los derechos civiles y el afianzamiento de los lazos entre China y Estados Unidos habían dejado su huella. Cuando Carter volvió a casa, encontró que las fuerzas opuestas a la *détente* estaban ganando terreno. El senador Jackson había manifestado su posición inequívoca hacia el SALT II desde el comienzo del proceso de ratificación: «Hacer un tratado que favorece a los soviéticos, como éste, basándose en que sin él estaríamos en una posición peor, constituye la forma más pura de apaciguamiento –vociferó Jackson–. Frente a la abrumadora evidencia de un constante rearme estratégico y convencional en la Unión Soviética, el gobierno ha respondido con un torrente de excusas, atenuantes y explicaciones».

LA REVOLUCIÓN IRANÍ Y LA CRISIS DE LOS REHENES

En febrero de 1979, un movimiento revolucionario islámico encabezado por un líder religioso chií, el *ayatollah* Ruhollah Jomeini, se hizo con el poder en Irán. Los nuevos gobernantes iraníes miraban a Estados Unidos con profunda desconfianza y recelo, principalmente por haber sido este país el principal valedor del sha, el monarca al que despreciaban y que habían depuesto. El 4 de noviembre de 1979, poco después de que el sha fuera admitido en Estados Unidos para ser sometido a tratamiento médico, un grupo de militantes, con el consentimiento tácito de Jomeini, ocupó la embajada de Estados Unidos en Teherán y tomó 52 rehenes norteamericanos. El consiguiente drama frustró y humilló a Carter y al pueblo americano, contribuyendo a divulgar la imagen de Estados Unidos como una nación en decadencia, una especie de gigante impotente.

El derrocamiento en Nicaragua de un antiguo aliado de Estados Unidos, el dictador Anastasio Somoza, por parte de los sandinistas –un movimiento de liberación marxista-leninista unido por fuertes lazos a Cuba–, inquietó aún más a aquellos que temían el auge de las fuerzas revolucionarias contrarias a Occidente. El mismo efecto tuvieron los acontecimientos ocurridos en Irán.

A fines de diciembre de 1979, la Unión Soviética invadió y ocupó Afganistán, asestando así el golpe definitivo a la distensión. Carter comunicó a Breznev, por medio del teléfono rojo, que el gobierno de Estados Unidos consideraba la invasión soviética «una clara amenaza a la paz» que «podía imprimir un giro fundamental y duradero a las relaciones entre los dos países». En el curso de una entrevista, el presidente dijo a un periodista: «Esta acción de los soviéticos me ha hecho cambiar de opinión respeto a sus objetivos finales de forma mucho más dramática que cualquier otra de las que han llevado a cabo desde que soy presidente». Carter respondió enérgicamente a la invasión. No presentó el SALT II a la consideración del Senado, impuso sanciones económicas a la Unión Soviética, tomó una serie de medidas destinadas a reforzar la contención y pidió un aumento sustancial del gasto de Defensa de Estados Unidos. La Guerra Fría había vuelto, y con renovadas fuerzas.

¿Qué fue lo que acabó con la distensión? «Mirándolo bien –observa el embajador Dobrynin en sus memorias–, podría decirse que la *détente* fue enterrada debido, hasta cierto punto, a la rivalidad entre las dos superpotencias con respecto al Tercer Mundo». Es difícil poner en duda ese juicio. Los soviéticos y los norteamericanos habían entendido la distensión, desde el primer momento, de forma muy diferente. Para estos últimos significaba una

Unión Soviética sometida al orden mundial existente y que actuaría como una fuerza estabilizadora global. Para los rusos, la distensión anunciaba su llegada a un mundo bipolar como potencia paritaria y su reconocimiento como tal, lo cual no excluía su constante apoyo a las insurrecciones y regímenes revolucionarios del Tercer Mundo. A mediados de la década de 1960 el jefe de la inteligencia soviética y futuro dirigente del país, Yuri Andropov, pronosticó estas tensiones al expresar su opinión de que nada debería impedir a los soviéticos explotar las oportunidades que pudiera ofrecerles cualquier movimiento anticapitalista y antioccidental: «La rivalidad futura con Estados Unidos no tendrá lugar en Europa ni en el Océano Atlántico –predijo–. Tendrá lugar en África y en Latinoamérica.» E insistió: «Competiremos por cada pedazo de tierra, por cada país». Esa concepción de la *détente* era incompatible con la idea popularizada por Nixon y Kissinger de una nueva época de cooperación entre las superpotencias.

Añadida al resurgimiento en Estados Unidos a mediados y finales de la década de 1970 de unas fuerzas políticas conservadoras y acérrimamente anticomunistas, esa incompatibilidad auguraba una corta vida a la distensión.

8. La fase final (1980-1990)

Los últimos años de la década de 1980 presenciaron los cambios más importantes en la estructura de la política mundial desde los años cuarenta, cambios que culminaron con el súbito final, totalmente inesperado, de la lucha geopolítica e ideológica que había definido las relaciones internacionales durante 45 años. Esos notables acontecimientos ocurrieron de una forma y a una velocidad que casi nadie había previsto. De hecho, ni siquiera se habían considerado posibles. ¿Por qué acabó la Guerra Fría cuando acabó? ¿Cómo puede entenderse una década que se abrió con una rápida intensificación del conflicto y se cerró con un acercamiento histórico entre la Unión Soviética y Estados Unidos, unos acuerdos de control de armamento sin precedentes, la retirada del poder soviético de Europa Oriental y Afganistán entre

otros lugares y la reunificación pacífica de Alemania? Este capítulo aborda esas cuestiones, analizando las violentas oscilaciones de la fase final del conflicto.

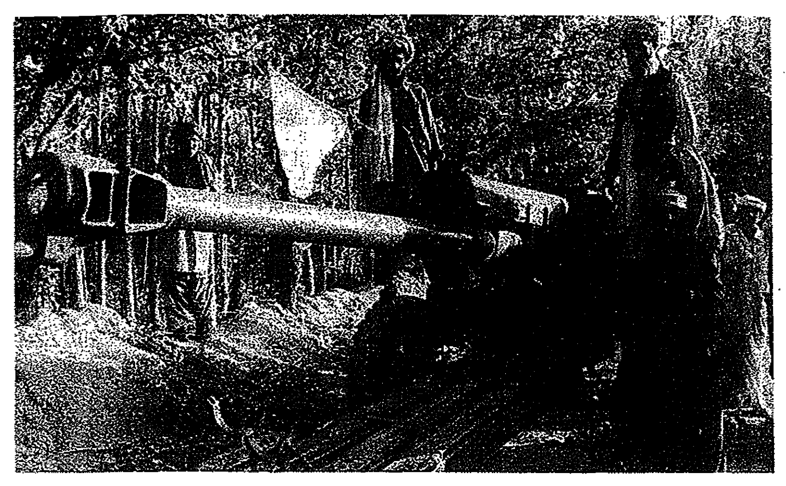
Renacimiento de la Guerra Fría

La invasión soviética de Afganistán completó la inesperada conversión de Jimmy Carter en un representante de la línea dura. Aunque los rusos consideraron su intervención militar en ese país una acción defensiva destinada a impedir que existiera un régimen hostil al otro lado de sus fronteras, el presidente norteamericano y la mayor parte de sus principales asesores la interpretaron, por el contrario, como parte de una audaz ofensiva geopolítica. Estaban convencidos de que un estado soviético seguro de sí mismo, y cuyo objetivo era la expansión, trataba de arrebatar la iniciativa estratégica a unos Estados Unidos debilitados por Vietnam, el Watergate, la crisis de los rehenes iraní y varios reveses económicos, con el fin de dominar la región del Golfo Pérsico y privar de petróleo a Occidente. Como respuesta, Carter autorizó un aumento masivo del presupuesto de Defensa (1.200.000 millones de dólares para los gastos militares de los cinco años siguientes), puso en marcha también un embargo de cereales contra la Unión Soviética, ordenó un boicot simbólico de los Jue-

gos Olímpicos del verano de 1980 que habían de celebrarse en Moscú, reinstauró el servicio militar obligatorio y proclamó una nueva «Doctrina Carter», que prometía anular los esfuerzos de cualquier potencia extranjera por controlar el Golfo Pérsico «por el medio que fuera, incluida la fuerza». Su Administración presionó además a la Unión Soviética al reforzar la alianza estratégica de Estados Unidos con China por medio de la venta de armamento y tecnología avanzada. Con el apoyo decidido de Estados Unidos, la OTAN procedió también a implementar, en diciembre de 1979, el despliegue de nuevos misiles nucleares de alcance intermedio Pershing II y Cruise en Europa Occidental como respuesta a los SS-20 soviéticos.

La mentalidad de la Guerra Fría había vuelto a los círculos políticos de Washington con renovada fuerza, arrastrando consigo cualquier posible recuerdo de la distensión. «Desde la Segunda Guerra Mundial no se ha dado en la capital una militarización tan profunda de pensamiento y discurso –observó un alarmado George Kennan en febrero de 1980–. Si un extraño viniera a caer de pronto en este ambiente, sólo podría concluir que la última esperanza de solución pacífica del conflicto estaba agotada y que de ahora en adelante sólo podían contar las armas utilizadas de un modo u otro.»

Ronald Reagan, que aplastó al vulnerable Carter en las elecciones presidenciales de 1980, se alineó firmemente con aquellos que creían que sólo la



12. Muyaidines afganos, con armas tomadas a los soviéticos, cerca de Matun. 1979.

fuerza militar contaba en la competición entre las superpotencias. Durante la campaña, el antiguo actor de cine y gobernador de California insistió en que Estados Unidos debía reconstruir sus defensas para cerrar «una ventana de vulnerabilidad» abierta por el rearme soviético durante la década de 1970. Reagan, el más conservador y empapado de ideología de los presidentes estadounidenses posteriores a la Segunda Guerra Mundial, fue un ardoroso anticomunista que sentía un odio visceral por un régimen que consideraba tan inmoral como traicionero y poco fiable. «No nos engañemos –declaró en uno de sus actos de campaña–, la Unión Soviética está detrás de toda la agitación que existe en el mundo. Si no estuviera comprometida en

esta partida de dominó, no existiría en él un solo punto caliente.» Desde el primer momento rechazó la estrategia de Nixon, Ford y los primeros años de Carter, que había conducido a tratar a la Unión Soviética como una nación más. En su primera conferencia de prensa como presidente, Reagan dejó claro el tono de su primer mandato al acusar a Moscú de utilizar la distensión como «una calle de una sola dirección... para lograr sus propósitos», incluido «el fomento de la revolución mundial y la creación de un único estado socialista o comunista mundial». Los líderes soviéticos, observó el nuevo presidente norteamericano, «se reservan el derecho a cometer cualquier crimen, a mentir o a engañar para conseguirlo».

Esta retórica incendiaria se convirtió en el sello de la renovación de la Guerra Fría emprendida por la Administración Reagan, junto con un fuerte rearme y un esfuerzo concertado para reducir el poder soviético por medio de la ayuda y el aliento a las insurrecciones anticomunistas en todo el mundo como elemento central de la nueva estrategia de contención norteamericana. Empleando un lenguaje que recordaba el de los años de Truman, Reagan condenó regularmente tanto al estado soviético como a la ideología que lo sustentaba. En 1982 proclamó en un discurso ante el Parlamento británico que el marxismo-leninismo estaba condenado a formar parte «del montón de cenizas de la historia». Al año siguiente, ante la Asociación

Nacional de Iglesias Evangélicas reunida en Orlando, Florida, describió a la Unión Soviética como «el foco del mal en el mundo moderno». Imploró a los asistentes que resistieran «los impulsos agresivos de un imperio malvado», subrayando que la lucha contra el comunismo era una lucha moral «entre el bien y el mal». Esa reformulación maniquea de la Guerra Fría como una batalla entre las fuerzas de la luz y las fuerzas de la oscuridad sugería que no se podía hacer concesión alguna ni era posible arriesgarse a alcanzar compromisos de distensión.

Reagan estaba decidido a aumentar la capacidad militar convencional y nuclear de Estados Unidos antes de dar comienzo a una negociación seria con los soviéticos. «A la paz por la fuerza» se convirtió en una de las consignas favoritas del presidente y sus asesores de Defensa, una consigna frecuentemente repetida que sirvió también para racionalizar la actitud inicialmente poco entusiasta de su Administración con respecto a las negociaciones del control de armamento. A pesar de las muchas pruebas que demostraban lo contrario, el presidente republicano y sus principales asesores de política exterior estaban convencidos de que durante la década anterior el poder de Estados Unidos se había reducido con respecto al de la Unión Soviética. Alexander Haig, Jr., primer secretario de Estado de Reagan, aseguró que cuando él había accedido al cargo en enero de 1981 «la fuerza militar

de la Unión Soviética era mayor que la de Estados Unidos, la cual había sufrido un alarmante descenso incluso antes de que la retirada de Vietnam viniera a acelerar esa tendencia».

Con el fin de invertir ese supuesto proceso, Reagan propuso un objetivo de gasto de Defensa para los cinco años siguientes de 1.600.000 millones de dólares, una cifra superior en más de 400.000 millones a la de presupuestos anteriores. Suponía el mayor rearme ocurrido en tiempos de paz en la historia de los Estados Unidos. «La Defensa es una partida aparte en el presupuesto –dijo Reagan al Pentágono–. Gasten lo que necesiten.» Entre otras prioridades revivió el costoso programa del bombardero B-1, aprobó el desarrollo del bombardero B-2 *(Stealth)*, aceleró el despliegue del controvertido MX *(Misil Experimental)* y el sofisticado sistema de misiles submarinos Trident, reforzó la Marina (que pasó de tener 450 navíos a incluir 600) y asignó nuevos fondos a la CIA con el fin de reforzar las actividades secretas. Aunque Reagan presentó la expansión militar como un impulso destinado simplemente a recuperar el «margen de seguridad» de Estados Unidos, en realidad era un intento de restablecer la superioridad estratégica norteamericana, algo a lo que Reagan y sus muchos socios conservadores nunca habían estado dispuestos a renunciar.

Como era de esperar, los líderes de la Unión Soviética se alarmaron ante la retórica beligerante y

el enérgico comportamiento de la Administración norteamericana más hostil con la que se habían enfrentado en las últimas dos décadas. Tan pendientes como los norteamericanos de la capacidad e intenciones de su principal adversario, temían que Estados Unidos estuviera tratando de desarrollar la fuerza suficiente como para llevar a cabo un ataque devastador contra las bases de misiles y los centros industriales soviéticos.

Sus recelos se multiplicaron cuando Reagan desveló su Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE, también conocida como SDI, del inglés *Strategic Defense Initiative)* en marzo de 1983. El presidente anunció en un discurso que había ordenado que se llevara a cabo «un esfuerzo riguroso e intensivo» destinado a «buscar las formas de reducir el peligro de una guerra nuclear» por medio del desarrollo de un escudo de misiles defensivo. Reagan bosquejó una visión utópica de un futuro libre del peligro nuclear: «¿Y si el mundo libre pudiera vivir seguro sabiendo que su seguridad no dependía de la amenaza de una represalia instantánea de Estados Unidos como método de disuasión frente a un posible ataque soviético, sabiendo que podíamos interceptar y destruir misiles balísticos estratégicos antes de que llegaran a nuestro suelo o al de nuestros aliados?».

La mayoría de los expertos consideraban tecnológicamente inviable un escudo antimisiles totalmente efectivo. Sin embargo, la inesperada iniciativa despertó el fantasma de unos sistemas defensivos

más limitados que, con el tiempo, podían anular la estructura de disuasión mutua desestabilizando el equilibrio estratégico soviético-americano. Nada menos que un experto como el secretario de Defensa McNamara observó que se podía perdonar a los soviéticos si llegaban a creer que con esa iniciativa Estados Unidos perseguía la capacidad de asestar el primer golpe. Y eso fue precisamente lo que algunos creyeron. Yuri Andropov, el líder soviético que sucedió a Breznev en noviembre de 1982, exclamó que la Administración Reagan había emprendido «un camino extremadamente peligroso». El antiguo jefe del KGB condenó la SDI como un «intento de desarmar a una Unión Soviética enfrentada a la amenaza nuclear de Estados Unidos».

Durante la segunda mitad de 1983, las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética alcanzaron su nivel más bajo. El 1 de septiembre de 1983 las fuerzas aéreas soviéticas derribaron un avión de pasajeros coreano que había partido de Anchorage, Alaska, y se había adentrado inadvertidamente en el espacio aéreo ruso; 269 pasajeros murieron, 61 de ellos norteamericanos. Al día siguiente Reagan apareció en la televisión nacional y calificó «la masacre del avión coreano» de «crimen contra la humanidad» totalmente injustificado y de «acto de barbarie propio de una sociedad que desprecia los derechos individuales y el valor de la vida humana». El hecho de que los soviéticos no pudieran justificar la sospecha de que el avión llevaba a cabo una misión

de espionaje ni mostraran suficiente remordimiento por el trágico episodio, unido a la exagerada retórica de la Administración Reagan, aumentó aún más la tensión. Andropov, cuya salud era cada vez más débil, lamentó la «escandalosa psicosis militarista» que reinaba en Washington. Más tarde, a principios de noviembre, la OTAN llevó a cabo unas maniobras militares que alarmaron a los especialistas de la inteligencia soviética hasta el punto de sospechar que se trataba de un primer paso hacia un ataque nuclear a gran escala contra la Unión Soviética. El Kremlin decretó el estado de alerta del ejército, mientras la inteligencia norteamericana informaba de que, en las bases aéreas de la Alemania del Este, los bombarderos nucleares soviéticos se hallaban a la espera de órdenes. Los líderes soviéticos habían llegado a considerar a la Administración Reagan totalmente capaz de emprender una guerra nuclear preventiva. En diciembre, los representantes soviéticos se retiraron de las negociaciones de control de armamento que tenían lugar en Ginebra y que hasta el momento habían resultado en gran medida infructuosas. Protestaban así por el reciente despliegue de la primera remesa de misiles norteamericanos Pershing II y Cruise en Europa Occidental. Por primera vez en quince años, Estados Unidos y la Unión Soviética no dialogaban en ningún foro.

Sin embargo, a pesar de sus alardes retóricos y presupuestarios, la Administración Reagan se esforzó por evitar una confrontación militar directa

con la Unión Soviética. El único despliegue significativo de tropas norteamericanas tuvo lugar en la diminuta isla de Granada en octubre de 1983, a la que se identificó como un satélite de la Unión Soviética. Estados Unidos organizó una fuerza de invasión de 7.000 hombres para derrocar un régimen marxista que se había hecho con el poder en la isla caribeña gracias a un sangriento golpe de estado, y salvar a varias docenas de estudiantes de medicina norteamericanos supuestamente en peligro. Las tropas estadounidenses derrotaron al ejército de Granada, compuesto de 600 hombres, y a 636 obreros de la construcción cubanos, un hecho recibido con clamoroso entusiasmo por el público norteamericano.

Pero más característica de la política de Reagan, y de mucha mayor trascendencia para su estrategia con respecto a la Guerra Fría, fue la ayuda, a menudo secreta, que prestó Washington a las guerrillas anticomunistas que combatían a regímenes apoyados por la Unión Soviética en el Tercer Mundo. De acuerdo con lo que llegó a conocerse como la «Doctrina Reagan», Estados Unidos trató de reducir el poder soviético en la periferia sirviéndose de insurgentes locales anticomunistas principalmente en Afganistán, Nicaragua, Angola y Camboya. En su discurso del Estado de la Unión de enero de 1985, Reagan proclamó: «No debemos abandonar a aquellos que arriesgan su vida en todos los continentes, desde Afganistán hasta Nicaragua, para enfrentarse a la agresión apoyada por Moscú».

Sin embargo, dejando aparte la retórica grandilocuente, uno de los aspectos más reveladores de la actitud del gobierno norteamericano con respecto a su desafío a los gobiernos del Tercer Mundo apoyados por Moscú fue su resistencia a arriesgar las vidas del personal militar norteamericano y su esfuerzo por evitar un enfrentamiento directo con la Unión Soviética.

Presiones contrapuestas

La actitud agresiva de la Administración Reagan con respecto a la Guerra Fría se enfrentó con la oposición no sólo del gobierno soviético sino también de Occidente. Varios aliados clave de la OTAN rechazaron lo que consideraron una postura demasiado beligerante y excesivamente peligrosa. «La primera parte de la década de 1980 vio cómo se repetía un mismo esquema –observa el historiador David Reynolds–, el de unos Estados Unidos en desacuerdo con los soviéticos y también con sus aliados europeos.» La opinión pública, tanto en Europa Occidental como en el seno de Estados Unidos, reveló un profundo desasosiego con respecto a las catastróficas consecuencias de una guerra nuclear, que de pronto se percibía como menos impensable de lo que había parecido durante casi una generación. La ciudadanía y los aliados ejercieron una fuerte presión sobre la Administración

Reagan, empujándola de nuevo a la mesa de negociaciones a mediados de la década, antes de que la llegada de Mijail Gorbachov le proporcionara un interlocutor entusiasta y dócil.

Que existieran discrepancias en el seno de la Alianza Atlántica no era, naturalmente, nada nuevo. La OTAN había sido testigo de diferencias entre los aliados –sobre la descolonización, Suez, Vietnam, Defensa y otros muchos asuntos relativos a la estrategia de la Guerra Fría– desde su nacimiento. Sin embargo, los enfrentamientos entre Estados Unidos y sus socios europeos alcanzaron una intensidad sin precedentes durante el primer mandato de Reagan. Polonia dio lugar a un conflicto especialmente molesto.

En diciembre de 1981, el gobierno del general Wojciech Jaruzelski, respaldado por la Unión Soviética, impuso la ley marcial en el país y aplicó medidas muy duras al sindicato independiente no comunista Solidaridad. Los aliados europeos de Estados Unidos resistieron las presiones de Reagan, que les instaba a imponer sanciones a Moscú en castigo por desatar «las fuerzas de la tiranía» en Polonia, y se limitaron a prohibir modestamente la concesión de nuevos créditos al gobierno de Varsovia. Los partidarios de la línea dura en la Administración Reagan se indignaron y censuraron en privado a los europeos, tildándolos de contemporizadores sin principios, poco dispuestos a emprender ninguna acción que pudiera poner en pe-

ligro las lucrativas relaciones comerciales que mantenían con los países del Este. Para presionarlos, la Administración Reagan utilizó la represión ejercida por el gobierno polaco como pretexto para subvertir el proyecto de construcción de un gasoducto firmado entre la Unión Soviética y varios países de Europa Occidental, provocando así un enfrentamiento de intereses mucho más grave entre europeos y norteamericanos.

Siguiendo la iniciativa de la República Federal Alemana, varios países europeos habían accedido a colaborar en la construcción de un gasoducto de 5.600 kilómetros de longitud que conectaría los yacimientos de gas natural siberiano con los mercados de Europa Occidental. Este monumental proyecto de 15.000 millones de dólares vendría a reducir la dependencia europea de los recursos energéticos procedentes de un inestable Oriente Medio, a reforzar los lazos comerciales entre el Este y el Oeste, y a proporcionar empleo a un continente frenado por la recesión. Preocupado porque ese gasoducto pudiera llevar a algunos de sus aliados más cercanos a una excesiva dependencia económica de Moscú, haciéndolos vulnerables a una forma de chantaje económico, pocas semanas después de que se proclamara la ley marcial en Polonia Reagan anunció la prohibición de la venta a la Unión Soviética de tecnología norteamericana relacionada con su construcción. En junio de 1982, el presidente ejerció una presión aún mayor al ordenar que todas

las empresas europeas que utilizaran tecnología o material bajo licencia norteamericana, así como todas las empresas subsidiarias de compañías estadounidenses que operaran en Europa, cancelaran los contratos relacionados con ese proyecto. Esta brusca decisión de Washington enfureció a los líderes europeos. El ministro francés de Asuntos Exteriores acusó a Estados Unidos de declarar «una guerra económica a sus aliados», advirtiendo que eso podía significar «el principio del fin de la Alianza Atlántica». Con su característica franqueza, el canciller de la República Federal Alemana, Helmut Schmidt, declaró: «A todos los efectos, la política estadounidense ha emprendido un camino que parece llevar al fin de la asociación y la amistad». La torpeza del gobierno norteamericano indignó incluso a la primera ministra británica, Margaret Thatcher, la más leal aliada de Estados Unidos y el más antisoviético de los dirigentes europeos: «La cuestión radica en si una nación muy poderosa puede evitar que se cumplan contratos ya existentes –observó–. Creo que es un error».

Ante esas vigorosas protestas, la Administración Reagan dio marcha atrás. En noviembre de 1982, tras seis meses de tensas negociaciones, renunció a su política de sanciones. El episodio convenció definitivamente a los políticos de Washington acerca de la profunda renuencia de la Europa Occidental a desgarrar el tejido de la distensión euro-soviética, que había resultado tan popular como económi-

camente beneficiosa. Aunque el deshielo había concluido a fines de la década de 1970, su variante europea conservaba su impulso. A finales de los años ochenta, cerca de medio millón de empleos de la Alemania Federal estaban vinculados al comercio con el Este; el gasoducto, además, representaba un don del cielo para los europeos occidentales, que dependían de la importación de productos energéticos. ¿Por qué renunciar a unas lucrativas transacciones comerciales con el bloque soviético, se preguntaron los diplomáticos, políticos y hombres de negocios europeos, sólo para satisfacer a un aliado que ha reanudado la venta de trigo a la URSS para cumplir una promesa hecha por Reagan, durante su campaña electoral, a los agricultores norteamericanos? La hipocresía estadounidense irritó a sus aliados casi tanto como su arrogancia. Por otra parte, en un sentido más amplio, los planificadores de Defensa europeos no veían la amenaza soviética en los términos apocalípticos en que la presentaban sus colegas del otro lado del Atlántico.

El despliegue de una nueva generación de misiles nucleares de alcance medio norteamericanos en Europa Occidental resultó ser la más conflictiva de las cuestiones que afectaron a las relaciones transatlánticas, pues enfrentó no sólo a Estados Unidos con algunos gobiernos europeos, sino también a esos mismos gobiernos con sus respectivos pueblos. El problema surgió en 1977, cuando la Unión

Soviética desplegó en la Rusia europea sus misiles SS-20 móviles, la mayoría de los cuales apuntaban a Alemania. La Administración Carter propuso en un primer momento responder con el despliegue de un arma de radiación reforzada, la bomba de neutrones. Cuando el presidente decidió en 1978 no desplegar esa polémica bomba, enfureció con ello al canciller alemán, que ya se había quejado de la poca fiabilidad que mostraban los norteamericanos. La decisión de la OTAN –tomada dos semanas después de la invasión soviética de Afganistán–, de enviar 572 misiles Pershing II y Cruise a Alemania, Gran Bretaña, Italia, Bélgica y Holanda fue consecuencia del fiasco de la bomba de neutrones. No era, sin embargo, una decisión definitiva; iba aparejada al compromiso de mantener simultáneamente con los soviéticos nuevas conversaciones sobre el control de armamento, destinadas a alcanzar un equilibrio estable de armas nucleares en Europa: la llamada «doble vía». Si, como tantos europeos esperaban, esas conversaciones fructificaban, podían hacer innecesario el prometido despliegue de misiles norteamericanos. Al acceder a la presidencia, Reagan se comprometió a llevar a cabo el despliegue de la Fuerza Nuclear Intermedia (INF), pero su desdén, públicamente expresado, con respecto a los acuerdos de control de armamento auguraba que las conversaciones con los soviéticos muy posiblemente no conducirían a ninguna conclusión significativa.

La perspectiva del despliegue de armas nucleares norteamericanas en suelo europeo, unida al notable enfriamiento de las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética y la exagerada retórica anticomunista empleada por la Casa Blanca, provocó el nivel más alto de preocupación pública por la carrera de armamento nuclear que se había dado en décadas. El inminente despliegue de los misiles Pershing II y Cruise contribuyó a dar lugar a un movimiento pacifista de amplia base en toda Europa Occidental. En Alemania Occidental, «el llamamiento de Krefeld» de noviembre de 1980, respaldado por importantes grupos políticos y religiosos, reunió más de dos millones y medio de firmas en apoyo de su argumento central: «La muerte atómica es una amenaza para todos. No a las armas atómicas en Europa». En octubre de 1981, millones de europeos se manifestaron masivamente contra el despliegue de misiles norteamericanos –y soviéticos–. En Bonn, Londres y Roma se produjeron manifestaciones que atrajeron cada una a más de 250.000 participantes. Al mes siguiente, 500.000 personas desfilaron en Amsterdam en la mayor demostración de protesta que había conocido Holanda. Poco antes de que se produjeran estas manifestaciones, Reagan había echado leña al fuego, involuntariamente, al decir a un periodista, en el curso de una entrevista, que podía llegar a producirse un cruce de armas nucleares en el campo de batalla «sin que ninguna de las dos superpotencias llegara a apretar el bo-

tón». Esta declaración dio lugar en Europa a titulares sensacionalistas, ya que el continente europeo debía ser, naturalmente, ese «campo de batalla» al que Reagan aludía tan despreocupadamente. Cuando el presidente norteamericano visitó Francia y la República Federal Alemana en junio de 1982, fue recibido con manifestaciones masivas, entre ellas una protesta pacífica de 350.000 manifestantes congregados a orillas del Rin, en Bonn, y la de una bulliciosa multitud de 100.000 personas reunidas en Berlín Occidental. Esta última desafiaba una prohibición de celebrar manifestaciones durante la visita



13. Manifestación antinuclear en Bruselas. Octubre de 1981.

de Reagan, por lo que acabó en enfrentamientos. En octubre de 1983, varios millones de europeos invadieron las calles de Londres, Roma, Bonn, Hamburgo, Viena, Bruselas, La Haya, Estocolmo, París, Dublín, Copenhague y otras ciudades en un impresionante, aunque infructuoso, esfuerzo final por impedir el despliegue de la INF.

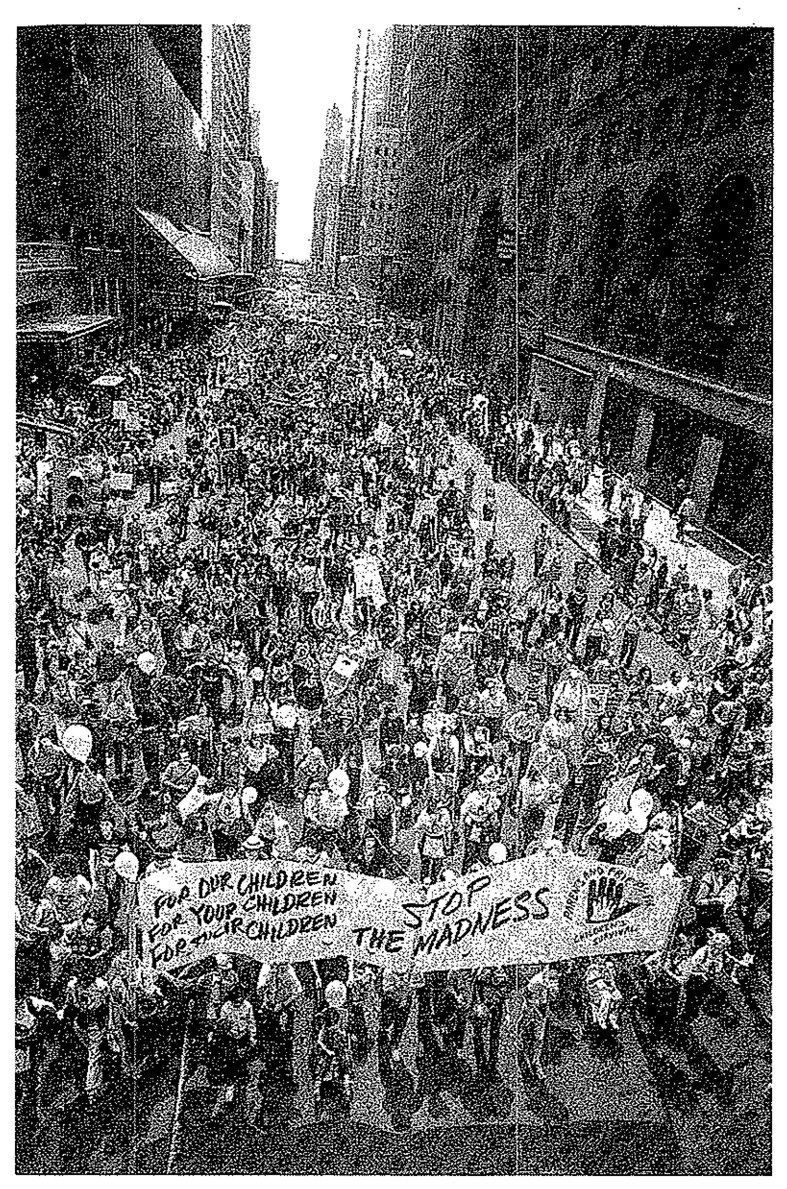
El movimiento pacifista europeo gozó de un gran apoyo. Desde 1983 en adelante, los dos partidos políticos en la oposición en Gran Bretaña y Alemania –el laborista y el socialdemócrata– expresaron su rechazo a los misiles Pershing II y Cruise. Los sindicatos, la Iglesia y las asociaciones estudiantiles apoyaron también la causa antinuclear. Según una encuesta de 1982, el respaldo a los movimientos pacifistas en los principales países de la OTAN oscilaba entre el 55% y el 81%. Tras consultar estos datos, el principal negociador en cuestiones de armamento de Estados Unidos, Paul Nitze, admitió en una reunión del Departamento de Estado: «Tenemos un problema político en Europa».

La Administración Reagan se enfrentaba también a un problema político en su propio país, donde la concienciación acerca de la amenaza que suponía una guerra atómica dio origen a la mayor coalición pacifista desde la Guerra de Vietnam. Como en el occidente de Europa, las diferentes iglesias contribuyeron decisivamente al éxito del movimiento. El influyente Consejo Mundial de las Iglesias abogó por un alto en la carrera armamen-

tística, al igual que los obispos católicos de Estados Unidos, habitualmente apolíticos; en una carta pastoral de mayo de 1983, los obispos subrayaban: «Somos la primera generación desde el Génesis que tiene el poder de destruir prácticamente todo lo que Dios ha creado». Proclamaban también, en directa oposición a la política del gobierno, que «la búsqueda de la superioridad nuclear debe ser rechazada». Médicos y científicos se unieron al debate subrayando las calamitosas consecuencias que tendría para los seres humanos una guerra atómica. Algunos científicos hablaron de un «invierno nuclear», consecuencia de la explosión de una bomba que enfriaría la temperatura hasta el punto de que gran parte de la vida vegetal y animal desaparecería de la faz de la tierra. Para ilustrar el impacto que tendría sobre una típica ciudad norteamericana, la Asociación de Médicos a favor de una Responsabilidad Social describió lo que significaría para el centro de Boston la explosión de una bomba de un megatón: más de dos millones de muertes, la destrucción del centro de la ciudad y el efecto de la radiación en los barrios residenciales de la periferia. El *Detroit Free Press* superpuso una diana sobre Detroit en su suplemento dominical, en el que incluía un artículo sobre los terribles niveles de muerte y devastación que un ataque nuclear produciría en dicha ciudad. El best-seller de Jonathan Schell titulado *The Fate of the Earth* (1982) contenía una horripilante y detallada descripción de las

consecuencias de una guerra atómica. Mayor repercusión tuvo un programa emitido por la cadena de televisión ABC, «El día siguiente», que fue visto por cien millones de americanos y que representaba vívidamente las consecuencias de un ataque nuclear en la ciudad de Lawrence, Kansas. El impacto cultural que podía producir este programa alarmó a Reagan, hasta el punto de aparecer en pantalla junto con su secretario de Estado, George Shultz, inmediatamente después de la emisión para contribuir a calmar la reacción del público.

El movimiento a favor de la paralización del programa nuclear, que alcanzó su máximo nivel entre 1982 y 1984, fue el principal fruto político de una creciente concienciación antinuclear en Norteamérica. La protesta celebrada el 12 de junio de 1982 en el Central Park de Nueva York atrajo a cerca de un millón de manifestantes que apoyaban la paralización de la producción de armas nucleares por parte de las dos superpotencias. Hoy sigue siendo la mayor manifestación política en la historia de Estados Unidos. El movimiento encontró también un fuerte apoyo en el Congreso. De hecho, el 4 de mayo de 1983, la Cámara de Representantes aprobó una resolución a favor de la «congelación» nuclear por 278 votos contra 149. Los sondeos de opinión registraron durante esos años niveles de aprobación de no menos del 70% a favor de ese movimiento. Ofrecían también claras muestras de preocupación por parte del público



14. Manifestación antinuclear en Nueva York. 12 de junio de 1982.

con respecto a la política militar de la Administración Reagan. Según la encuesta, el 50% de una muestra representativa de ciudadanos estadounidenses creía que el país disfrutaría de una mayor seguridad si sus líderes pasaran más tiempo negociando con los soviéticos y menos rearmando al ejército; sólo el 22% se mostraba en desacuerdo. Igualmente, una encuesta de Gallup de diciembre de 1983 informaba que el 47% de los norteamericanos creía que el rearme impulsado por Reagan había «acercado a la guerra» a Estados Unidos en lugar de «acercarlo a la paz». Sólo el 28% expresaba su desacuerdo con esta opinión.

En respuesta a esa realidad, Reagan suavizó deliberadamente su retórica a comienzos de 1984. Algunos de sus asesores políticos más cercanos le habían convencido de que su política internacional suponía una de las mayores amenazas para su candidatura en las elecciones presidenciales de aquel mismo año, y de que una actitud más conciliadora con respecto a la Unión Soviética podía aumentar sus posibilidades de reelección. El secretario de Estado George Shultz abogaba también por establecer nuevos compromisos con los rusos.

En consecuencia, en un importante discurso pronunciado en el mes de enero, Reagan ofreció a Moscú una rama de olivo describiendo 1984 como «un año lleno de oportunidades para la paz» y declarando su disposición a reiniciar las negociaciones. En ese mismo discurso, redactado por él mis-

CUIDADO CON EL OSO

En uno de los anuncios televisivos más memorables de la campaña electoral de Reagan de 1984 aparecía un oso pardo grande y amenazador. Mientras el animal se abría paso por el bosque, el narrador explicaba solemnemente: «Hay un oso en el bosque. Unos lo ven fácilmente. Otros no lo ven. Unos dicen que es manso. Otros que es agresivo y peligroso. Ya que es imposible saber quién tiene la razón, ¿no será lo inteligente ser tan fuerte como el oso... si es que existe?». Con esta alegoría, el anuncio pretendía, obviamente, recordar a los votantes que Reagan no estaba dispuesto a poner en peligro la seguridad de la nación bajando la guardia, mientras el impredecible oso ruso seguía merodeando.

mo, el presidente dibujó un vívido retrato de dos parejas normales, una soviética y otra norteamericana –«Iván y Anya» y «Jim y Sally»–, deseosas las dos de que sus respectivos países vivieran en paz. El 24 de septiembre, en plena campaña electoral, Reagan propuso ante la Asamblea General de Naciones Unidas establecer un nuevo marco de negociaciones que incluyera tres diferentes tipos de conversaciones sobre armamento nuclear: conversaciones sobre armas nucleares intermedias (INF), sobre la limitación de armas estratégicas (START) y sobre armas antisatélites (ASAT).

Poco después de la arrolladora reelección de Reagan en noviembre, Moscú accedió a participar en unas negociaciones dentro de ese marco. Constantin Chernenko, que había ascendido al puesto de secretario general del Partido Comunista en febrero de 1984 tras la muerte de Andropov, aprobó el inicio de las nuevas conversaciones. Comenzaron en marzo de 1985, pero pronto se interrumpieron; el principal obstáculo fue el programa secreto de defensa de misiles de Reagan, una iniciativa que los rusos seguían considerando peligrosamente desestabilizadora. El comienzo de las conversaciones coincidió con un acontecimiento de mucha mayor trascendencia para el futuro: la sustitución del enfermizo Chernenko, sólo un año después de su llegada al poder, por un líder soviético totalmente diferente.

Gorbachov y el fin de la Guerra Fría

El acceso, en marzo de 1985, de Mijail Gorbachov al puesto de secretario general del Partido Comunista Soviético representa el punto de inflexión crucial en la fase final de la Guerra Fría, el factor que, por encima de cualquier otro, aceleró el final del conflicto y la radical transformación de las relaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos. Gorbachov, un hombre dinámico de 54 años de edad, hizo prácticamente todas las concesiones que

condujeron a los trascendentales acuerdos de reducción de armamento de fines de los años ochenta. Por medio de una serie de propuestas y concesiones totalmente inesperadas y a menudo unilaterales, consiguió cambiar radicalmente el curso de las relaciones entre las dos superpotencias privando finalmente a Estados Unidos del enemigo cuyos designios supuestamente expansionistas había tratado de frustrar durante 45 años. Sin este extraordinario personaje, los asombrosos cambios del período 1985-1990 serían inconcebibles.

Gorbachov y su ministro de Asuntos Exteriores Eduard Shevardnadze presentaron propuestas espectacularmente nuevas con respecto a seguridad, armas nucleares y la relación de una y otras con sus principales prioridades: las reformas internas y la revitalización del socialismo. Influidos por un nuevo entorno intelectual cambiante, moldeado en parte por científicos y expertos en política exterior abiertos al exterior y en estrecho contacto con sus homólogos de Occidente, Gorbachov y Shevardnadze inyectaron «nuevas ideas» tanto en el rígido círculo de líderes del Kremlin como en el estancado diálogo entre Estados Unidos y la Unión Soviética. «Mi impresión es que está realmente decidido a acabar con la carrera armamentística cueste lo que cueste –dijo el consejero de Gorbachov, Anatoly Chernayev, sobre su superior a comienzos de 1986–. Asume ese riesgo, que para él no es tal, porque nadie nos atacaría aunque nos desarmára-

mos totalmente. Y porque para sanear las finanzas del país tenemos que liberarlo del peso de la carrera armamentística, que supone una sangría, y no sólo para la economía.» Gorbachov y Shevardnadze habían llegado a la conclusión de que la carrera de armamento conducía al fracaso; no añadía nada a la seguridad nacional, mientras que constituía una carga para una economía ya asfixiada. «Los profundos cambios estructurales y cualitativos que se han producido en la civilización, resultado del papel cada vez más importante que representan la ciencia y la tecnología, y la creciente interdependencia política, económica, social e informativa del mundo, han venido a cuestionar las ideas tradicionales, mantenidas durante siglos, sobre la seguridad nacional como defensa frente a una amenaza militar externa», insistió Shevardnadze.

La verdadera seguridad, afirmaba Gorbachov, sólo podía conseguirse por «medios políticos», no militares. La «interdependencia» global, subrayaba, «es tal que todos los pueblos son como alpinistas encordados en la ladera de una montaña. O suben juntos hasta la cima o se precipitan todos al abismo». «Esforzarse por conseguir la superioridad militar –comentó en otra ocasión– sólo significa dar vueltas de molino.» Convencido de que ninguna persona ni estado sensato utilizaría armas nucleares y de que, en cualquier caso, la Unión Soviética poseía un arsenal suficiente para defenderse, el nuevo líder pensó que el objetivo de la políti-

ca exterior soviética debería consistir en impulsar un desarme nuclear y convencional de las dos superpotencias. El desarme, en su opinión, crearía simultáneamente un entorno internacional más seguro y liberaría los recursos necesarios para llevar a cabo reformas internas en el sistema económico soviético, aquejado de graves problemas que debían haberse corregido hacía tiempo. La ofensiva de Gorbachov a favor de la *perestroika* («reestructuración») y la *glasnost* («apertura») estuvo así íntimamente relacionada desde el primer momento con su decisión de detener la carrera armamentística y acabar con la venenosa hostilidad que había enfrentado a las dos superpotencias desde el fin de la distensión.

La serie de acontecimientos que se sucedieron de forma trepidante entre 1985 y 1988 asombró tanto a líderes gubernamentales como a expertos en política exterior y ciudadanos de a pie del mundo entero. Y sin embargo, hoy es evidente que esos sucesos históricos vinieron precedidos, y fueron condicionados, por las nuevas ideas acerca de seguridad, armamento nuclear y necesidades de política interior que animaron las negociaciones de Gorbachov con Estados Unidos, Europa del Este y el mundo en general. Ronald Reagan, el gobernante norteamericano más inequívocamente anticomunista de toda la Guerra Fría, se encontró de pronto frente a un líder soviético que decía sí al

control de armamento sin dudar, que tomaba medidas para «desideologizar» la política exterior de Moscú, que ofrecía concesiones unilaterales sobre fuerzas armadas y que se comprometía a retirar las tropas soviéticas de Afganistán. En favor de Reagan hay que decir que se mostró dispuesto a moderar primero, y a abandonar después, sus profundas convicciones personales acerca de la naturaleza perversa del comunismo, permitiendo así que se produjera un auténtico acercamiento.

Los dos líderes se reunieron cinco veces entre 1985 y 1988, estableciendo una relación más sólida con cada cumbre. Tras un primer encuentro celebrado en Ginebra en noviembre de 1985, que tuvo pocos resultados prácticos pero sirvió para mejorar notablemente el carácter de las relaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos, Gorbachov convenció a Reagan de que asistiera a una reunión que se organizó precipitadamente y que se celebró en Reykiavik, Islandia, en octubre de 1986. Allí, ambos mandatarios estuvieron muy cerca de decidir la eliminación de todos los misiles balísticos. Al final, la insistencia de Reagan en seguir adelante con la SDI llevó al mandatario soviético a retirar las asombrosas propuestas que había puesto sobre la mesa.

Pero el fracaso de Reykiavik fue sólo temporal. Poco después, Gorbachov dejó de insistir en que el abandono por parte de Estados Unidos de la SDI tuviera que ser condición indispensable para avan-

zar en las conversaciones sobre control de armamento y aceptó la «opción cero» ofrecida por Estados Unidos en 1981, que sólo había sido una estratagema propagandística, ya que favorecía de forma evidente a este país. Las concesiones del mandatario soviético tuvieron como resultado el Tratado de Fuerzas Nucleares Intermedias firmado en la cumbre de Washington de diciembre de 1987. Reagan, en unas declaraciones públicas, repitió jocosamente lo que definió como una máxima rusa: «*doverai no proverai*, es decir, confía pero comprueba». Gorbachov ofreció una visión de mayor alcance: «Que la fecha del 8 de diciembre de 1987 aparezca en los libros de historia –declaró– como el momento decisivo que separó la era amenazada por el peligro creciente de una guerra nuclear de la era de la desmilitarización de la vida humana». El Tratado de Fuerzas Nucleares Intermedias, ratificado rápidamente por el Senado norteamericano, condujo a la destrucción de 1.846 armas nucleares en la Unión Soviética y de 846 en Estados Unidos en el plazo de tres años, permitiendo a ambos bandos una inspección rigurosa, sin precedentes, de las bases del contrario. Por primera vez en la era atómica, toda una categoría de armas nucleares no sólo se limitaba, sino que se eliminaba.

El viaje de Reagan a Moscú en la primavera de 1988 demostró de forma aún más palpable la transformación que se estaba operando en las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética, y

también en la Guerra Fría. Los líderes de las dos superpotencias se trataban ahora amistosamente, más como socios que como enemigos. El presidente norteamericano se desdijo incluso de su definición de la Unión Soviética como «imperio del mal». Cuando un periodista le preguntó si seguía pensando lo mismo a ese respecto, Reagan replicó: «No. Entonces hablaba de otro tiempo, de otra época». En sus comentarios públicos expresados antes de abandonar Moscú, el hombre que había atacado al estado soviético en los términos más duros escuchados desde el comienzo de la Guerra Fría pidió a Gorbachov que «transmitiera al pueblo de la Unión Soviética el profundo sentimiento de amistad» que él, su esposa Nancy y el pueblo norteamericano experimentaban hacia ellos. Expresó su esperanza porque se iniciara «una nueva era en la historia de la humanidad, una era de paz entre nuestras naciones y nuestros pueblos». Sin duda, las imágenes de Reagan y Gorbachov cruzando amigablemente la Plaza Roja y las del presidente norteamericano dirigiéndose con su característica actitud paternal a los estudiantes de la Universidad de Moscú –nada menos que frente a un enorme busto de Lenin–, decían mucho acerca de la notable metamorfosis que había tenido lugar.

En diciembre de 1988, Gorbachov volvió a Estados Unidos para reunirse con Reagan por última vez, así como para entrevistarse con el presidente en funciones, George Bush, y tratar de formarse un



15. Reagan y Gorbachov pasean por la Plaza Roja de Moscú durante la visita del presidente norteamericano a esta ciudad. Mayo de 1988.

juicio acerca de él. Durante ese viaje pronunció un importante discurso en la sede de Naciones Unidas, en el que reveló su intención de reducir unilateralmente en 500.000 hombres las fuerzas militares soviéticas. «Desde que Woodrow Wilson presentó sus Catorce Puntos en 1918 o desde que Franklin Roosevelt y Winston Churchill promulgaron la Carta Atlántica en 1941 –proclamó con entusiasmo el *New York Times* en un importante editorial–, quizá ninguna figura mundial había mostrado la clarividencia de que hizo gala ayer Mijail Gorbachov en Naciones Unidas.»

La propuesta de Gorbachov condujo a una importante reducción de la presencia militar soviética en Europa del Este. Anunciaba también, al igual que una serie de declaraciones públicas y privadas del líder ruso, que el Kremlin estaba abandonando la llamada «Doctrina Breznev», es decir, la idea de que la Unión Soviética se hallaba dispuesta a utilizar la fuerza, si era necesario, para mantener el control sobre cada uno de sus aliados del Pacto de Varsovia. La relajación del dominio soviético provocó el júbilo de los disidentes de Europa del Este e hizo temblar a los *apparatchiks* comunistas de la línea dura. A ella sucedió, con notable celeridad, una serie de revoluciones democráticas populares que acabaron con los regímenes comunistas de Europa del Este, comenzando, a mediados de 1989, por el de Polonia, donde el sindicato Solidaridad, hasta entonces prohibido, formó un nuevo

gobierno, y terminando por el violento final del régimen de Nicolae Ceaucescu en Rumanía a fines de ese mismo año. El acontecimiento que con mayor fuerza simbolizó el desmoronamiento del viejo orden fue la caída del muro de Berlín, que tuvo lugar el 9 de noviembre. Esa infame barrera de cemento de 45 kilómetros de longitud había llegado a significar no sólo la división de la antigua capital alemana, sino también la división de Europa. Al desaparecer el muro desapareció también la división entre Este y Oeste. «El desmantelamiento total del socialismo como fenómeno mundial ha tenido lugar –escribió Anatoli Chernayev en su diario–, y



16. Caída del muro de Berlín. Noviembre de 1989.

un hombre corriente de Stavropol es quien ha puesto en marcha este proceso.» Para deleite de la Administración Bush, que decidió sabiamente no mostrar su regocijo ante la caída de los estados comunistas de Europa del Este, Gorbachov –el hombre corriente de Stavropol– simplemente dejó que los acontecimientos siguieran su curso.

En muchos aspectos, la caída del muro de Berlín y la implosión concomitante no sólo de los gobiernos comunistas del Este de Europa sino de todo el sistema de alianzas del Pacto de Varsovia significaron el final de la Guerra Fría. La contienda ideológica había acabado. Ni el comunismo ni el estado soviético representaban ya una amenaza seria para la seguridad de Estados Unidos o de sus aliados. En consecuencia, muchos observadores han citado 1989 como el año que marcó el final del conflicto. Sin embargo, en esa fecha aún quedaba un asunto crucial sin resolver: la situación de Alemania. Ésa había sido precisamente la cuestión cuya importancia y dificultad de resolución habían provocado la ruptura entre la Unión Soviética y Estados Unidos inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial.

Tras la caída del muro, el gobierno del canciller de la República Federal de Alemania Helmut Kohl comenzó a presionar en favor de la reunificación, presentando con ello al Kremlin un dilema estratégico de difícil solución. Gorbachov había calculado que la seguridad de la Unión Soviética ya no requería la

existencia de unos regímenes satélites sumisos en Europa del Este. Pero el caso de Alemania era diferente. Una Alemania dividida había representado el elemento central de la política de seguridad soviética desde el régimen de Stalin. «Habíamos pagado un altísimo precio por ella –observó Shevardnadze–, y renunciar ahora resultaba inconcebible. El recuerdo de la guerra era más fuerte que las nuevas ideas sobre los límites de la seguridad.» Sin embargo, a mediados de 1990, Gorbachov admitió que la reunificación de Alemania era inevitable. Poco dispuesto a utilizar la fuerza para frustrar lo que parecía un impulso casi irresistible hacia la unidad, el líder soviético halló consuelo en las promesas de Bush de que el país permanecería integrado en el sistema de seguridad de Occidente. Lo que realmente temía el mandatario soviético era una Alemania sin trabas, dotada de nuevo poder y convertida en una futura amenaza para la seguridad rusa, exactamente el mismo temor, conviene subrayar, que había impulsado la actitud de Stalin durante la Segunda Guerra Mundial e inmediatamente después. Sin embargo, el historial de cuatro décadas de democracia alemana sirvió para calmar esos temores. Unido a la insistencia de Estados Unidos en que una Alemania unificada permanecería integrada en la OTAN, ese historial de paz, estabilidad y gobierno democrático ayudó a calmar la preocupación de Gorbachov.

En el verano de 1990, soviéticos, norteamericanos, británicos, franceses y alemanes acordaron

que, a partir de ese momento, Alemania constituiría un único país soberano que permanecería en el seno de la OTAN. Con la total integración de este país en la Alianza Atlántica desapareció una de las mayores preocupaciones de los líderes norteamericanos: la existencia de una Alemania prosoviética unificada. La sucinta observación de Brent Scowcroft, consejero de Seguridad Nacional de Bush, según la cual «la Guerra Fría acabó cuando los soviéticos aceptaron una Alemania unida integrada en la OTAN» parece, por lo tanto, esencialmente correcta.

El año 1990, y no 1989, marcó pues el final de la Guerra Fría. El colapso de la Unión Soviética en 1991 –producto de diversas fuerzas resultantes de las reformas de Gorbachov que éste fue incapaz de controlar– constituyó un acontecimiento histórico de crucial importancia pero anticlimático en lo que concierne al objeto de este libro. Para cuando la Unión Soviética desapareció, la Guerra Fría había pasado a la historia.

Bibliografía

Existe una serie de libros que abarcan de forma muy competente la totalidad de la Guerra Fría. Especialmente recomendables son: David S. Painter, *The Cold War: An International History* (Londres, 1999); Martin Walker, *The Cold War: A History* (Londres, 1993); S. J. Ball, *The Cold War: An International History, 1947-1991* (Londres, 1998); Richard J. Crockatt, *The Fifty Years War: The United States and the Soviet Union in World Politics, 1941-1991* (Londres, 1995); Walter LaFeber, *America, Russia, and the Cold War, 1945-2000*, 9.ª ed. (Nueva York, 2002); Ronald E. Powaski, *The Cold War: The United States and the Soviet Union, 1917-1991* (Nueva York, 1998); Geoffrey Roberts, *The Soviet Union in World Politics: Coexistence, Revolution and Cold War, 1945-1991* (Londres, 1999); Thomas J. McCormick, *America's Half-Century: United States Foreign Policy in the Cold War* (Baltimore, 1989); Warren I. Cohen, *America in the Age of Soviet Power, 1945-1991* (Nueva York, 1993), y H. W. Brands, *The Devil We Knew: Americans and the Cold War* (Nueva York, 1993).

Entre los libros importantes que utilizan nuevas fuentes de archivo para reinterpretar la primera parte de la Guerra Fría se

cuentan: Vladislav Zubok y Constantine Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War: From Stalin to Khruschev* (Cambridge, Mass., 1996), y John Lewis Gaddis, *We Now Know: Rethinking Cold War History* (Oxford, 1997). Una recopilación muy útil es: Odd Arne Westad (ed.), *Reviewing the Cold War: Approaches, Interpretations, Theory* (Londres, 2000).

1. La Segunda Guerra Mundial y la destrucción del viejo orden

LEFFLER, Melvyn P., *The Specter of Communism: The United States and the Origins of the Cold War, 1917-1953* (Nueva York, 1994).
MASTNY, Vojtech, *The Cold War and Soviet Insecurity: The Stalin Years* (Nueva York, 1996).
MURRAY, Williamson y MILLETT, Allan R., *A War To Be Won: Fighting the Second World War* (Cambridge, Mass., 2000).
PATERSON, Thomas G., *On Every Front: The Making and Unmaking of the Cold War* (Nueva York, 1992).
THORNE, Christopher, *The Issue of War: States, Societies, and the Far Eastern Conflict of 1914-1945* (Nueva York, 1985).
VOLKOGONOV, Dimitri, *Stalin* (Nueva York, 1991).

2. Los orígenes de la Guerra Fría en Europa (1945-1950)

EISENBERG, Carolyn, *Drawing the Line: The American Decision to Divide Germany, 1944-1949* (Nueva York, 1996).
HOGAN, Michael J., *The Marshall Plan: America, Britain, and the Reconstruction of Western Europe, 1947-1952* (Nueva York, 1987).
LEFFLER, Melvyn P., *A Preponderance of Power: National Security, the Truman Administration, and the Cold War* (Stanford, Calif., 1992).

MARK, Eduard, «Revolution by Degrees: Stalin's National-Front Strategy for Europe, 1941-1947», Cold War International History Project Working Paper #31 (2001).

OFFNER, Arnold, *Another Such Victory: President Truman and the Cold War, 1945-1953* (Stanford, Calif., 2002).

TRACHTENBERG, Marc, *A Constructed Peace: The Making of the European Settlement, 1945-1963* (Princeton, 1999).

YERGIN, Daniel, *Shattered Peace: The Origins of the Cold War and the National Security State* (Boston, 1978).

3. Hacia la «guerra caliente» en Asia (1945-1950)

BORDEN, William S., *The Pacific Alliance: United States Foreign Economic Policy and Japanese Trade Recovery, 1947-1955* (Madison, Wis., 1984).

CUMINGS, Bruce, *The Origins of the Korean War* (2 vols., Princeton, 1981 y 1990).

DOWER, John W., *Embracing Defeat: Japan in the Wake of World War II* (Nueva York, 1999).

GONCHAROV, Sergei N.; LEWIS, John W. y LITAI, Xue, *Uncertain Partners: Stalin, Mao, and the Korean War* (Stanford, Calif., 1993).

JIAN, Chen, *Mao's China and the Cold War* (Stanford, Calif., 1993).

MCMAHON, Robert J., *The Limits of Empire: The United States and Southeast Asia since World War II* (Nueva York, 1999).

SCHALLER, Michael, *The American Occupation of Japan: The Origins of the Cold War in Asia* (Nueva York, 1985).

STUECK, William, *The Korean War: An International History* (Princeton, 1995).

4. Una Guerra Fría global (1950-1958)

CHANG, Gordon H., *Friends and Enemies: The United States, China, and the Soviet Union, 1948-1972* (Stanford, Calif., 1990).

DOCKRILL, Saki, *Eisenhower's New Look National Security Policy, 1953-61* (Londres, 1996).
FREIBERGER, Steven Z., *Dawn over Suez: The Rise of American Power in the Middle East* (Chicago, 1992).
IMMERMAN, Richard H., *John Foster Dulles* (Wilmington, Del., 1999).
LOUIS, William Roger y OWEN, Roger (eds.), *Suez 1956: The Crisis and Its Consequences* (Nueva York, 1989).
RABE, Stephen G., *Eisenhower and Latin America* (Chapel Hill, N.C., 1988).
RICHTER, James G., *Khrushchev's Double Bind* (Baltimore, 1994).

5. De la confrontación a la distensión (1958-1968)

FREEDMAN, Lawrence, *Kennedy's Wars: Berlin, Cuba, Laos, and Vietnam* (Nueva York, 2000).
FURSENKO, Aleksandr y NAFTALI, Timothy, *«One Hell of a Gamble»: Khrushchev, Castro, and Kennedy, 1958-1964* (Nueva York, 1997).
LOGEVALL, Fredrik, *Choosing War: The Lost Chance for Peace and the Escalation of the War in Vietnam* (Berkeley, 1999).
PATERSON, Thomas G. (ed.), *Kennedy's Search for Victory* (Nueva York, 1989).
ZHAI, Qiang, *China and the Vietnam Wars, 1950-1975* (Chapel Hill, N.C., 2000).

6. Repercusiones internas de la Guerra Fría

BORSTELMANN, Thomas, *The Cold War and the Color Line: American Race Relations in the Global Arena* (Cambridge, Mass., 2001).
KUZNICK, Peter J. y GILBERT, James (eds.), *Rethinking Cold War Culture* (Washington, 2001).

MCMAHON, Robert J., *The Cold War on the Periphery: The United States, India, and Pakistan* (Nueva York, 1994).
REYNOLDS, David, *One World Divisible: A Global History since 1945* (Nueva York, 2000).
SHERRY, Michael S., *In the Shadow of War: The United States since the 1930s* (New Haven, Conn., 1995).
WHITFIELD, Stephen J., *The Culture of the Cold War* (Baltimore, 1991).
YOUNG, John, *Cold War Europe, 1945-89: A Political History* (Londres, 1991).

7. Ascenso y caída de la *détente* (1968-1979)

KISSINGER, Henry, *White House Years* (Boston, 1979).
REYNOLDS, David, *One World Divisible: A Global History since 1945* (Nueva York, 2000).
GARTHOFF, Raymond L., *Detente and Confrontation: American-Soviet Relations from Nixon to Reagan* (Washington, 1985).
BRANDS, H. W., *Since Vietnam: The United States in World Affairs, 1973-1995* (Nueva York, 1996).
GADDIS, John Lewis, *Strategies of Containment: A Critical Appraisal of Postwar American National Security Policy* (Nueva York, 1982).
WESTAD, Odd Arne (ed.), *The Fall of Detente: Soviet-American Relations during the Carter Years* (Oslo, 1997).
SMITH, Gaddis, *Morality, Reason, and Power: American Diplomacy in the Carter Years* (Nueva York, 1986).
LAFEBER, Walter, *America, Russia, and the Cold War, 1945-2000*, 9.ª ed. (Nueva York, 2000).

8. La fase final (1980-1990)

CORTRIGHT, David, *Peace Works: The Citizen's Role in Ending the Cold War* (Boulder, Co., 1993).

ENGLISH, Robert D., *Russia and the Idea of the West: Gorbachev, Intellectuals, and the End of the Cold War* (Nueva York, 2000).

EVANGELISTA, Matthew, *Unarmed Forces: The Transnational Movement to End the Cold War* (Ithaca, Nueva York, 1999).

GARTHOFF, Raymond L., *The Great Transition: American-Soviet Relations and the End of the Cold War* (Washington, 1994).

HOGAN, Michael J. (ed.), *The End of the Cold War: Its Meaning and Implications* (Nueva York, 1992).

LEVESQUE, Jacques, *The Enigma of 1989: The USSR and the Liberation of Eastern Europe* (Berkeley, 1987).

NJOLSTAD, Olav, *The Cold War in the 1980s* (Londres, 2004).

OBERDORFER, Don, *The Turn: From the Cold War to a New Era* (Nueva York, 1992).

SHULTZ, George P., *Turmoil and Triumph: My Years as Secretary of State* (Nueva York, 1993).

ZELIKOW, Philip y RICE, Condoleeza, *Germany Unified and Europe Transformed: A Study in Statecraft* (Cambridge, Mass., 1995).

Índice analítico

Índice de ilustraciones

Índice de mapas

Índice general

3464264 ***

Con la derrota de las potencias del Eje y el fin de la Segunda Guerra Mundial comenzaron a evidenciarse las profundas diferencias existentes –ideológicas, políticas, socioeconómicas, geoestratégicas– entre los miembros de la coalición triunfante. Bajo la amenaza real de un posible enfrentamiento nuclear, dos modelos bien diferenciados de sociedad –la occidental capitalista, encabezada por Estados Unidos, y la soviética comunista, abanderada por la Unión Soviética– trataron de imponer sus criterios en un mundo sometido a un intenso proceso de cambio tras la sangrienta conflagración mundial y el nacimiento de la descolonización en los países del llamado Tercer Mundo. ROBERT McMAHON realiza una detallada síntesis de este periodo en LA GUERRA FRÍA: UNA BREVE INTRODUCCIÓN, mostrando no sólo la evolución en sí de la contienda, con sus diferentes periodos y crisis (Berlín, Corea, Cuba, Vietnam...), sino atendiendo a las repercusiones y fisuras que hubo dentro de cada bloque, y a la íntima relación que la política interior tuvo en las decisiones tomadas por norteamericanos y soviéticos en el ámbito internacional.

ISBN 978-84-206-4967-2



El libro de bolsillo

Humanidades
Historia

